CRITERIO



Nº 1169

14 de Agosto de 1952

Año XXV

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Lucas F. Arrayagaray
ABOGADO
DIAGONAL R. S. PEÑA 760 — T. E. 34 - 3135

Dr. Américo A. M. Barassi
ABOGADO
CANGALLO 466 - 4º Piso — T. E. 33 - 1526

Dr. Conrado Carlos Beckmann
ABOGADO
CANGALLO 524 - 3er. Piso — T. E. 34 - 6784

Carlos A. Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605, 2º piso — T. E. 35 - 2192

Dr. César Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605 — T. E. 2192

Dr. Juan Carlos Benedit
ABOGADO
AYACUCHI 1176 — T. E. 42 - 3922

Dr. Luis Botet
ABOGADO
25 DE MAYO 267 — T. E. 30 - 1736

Dr. Oscar María Ferrari
ABOGADO
Avda. Pte. R. S. PEÑ 651 — T. E. 34 - 3809

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 — PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Estudio Lafaille
TALCAHUANO 395 - 1er. Piso — T. E. 35 - 1260

Roberto H. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Dr. Jorge Morixe
ABOGADO
CORRIENTES 222 - 11º Piso — T. E. 31 - 2538

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3º D) — T. E. 30-6835 — Buenos Aires
COLONIA 1554 (3º 6) — U. T. E. 40-1249 — Montevideo

Eduardo A. Roca
ABOGADO
SARMIENTO 643 — CAPITAL

Dr. Francisco E. Trusso
ABOGADO
LAVALLE 1394 - 6º Piso — T. E. 37 - 2983

ARQUITECTOS

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
ARQUITECTOS
RECONQUISTA 637 — T. E. 32 - 3987

Roberto Juan Cardini
ARQUITECTO S. C. de A.
POZOS 238 — T. E. 38 - 9311

INGENIEROS

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 — T. E. 35 - 9941

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
MORELOS 17 — T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 — T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
PAMPA 5654 — CAPITAL

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
PIEDRAS 383 — T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
YERBAL 176 — T. E. 60 - 3646

Sabas Luis Gracia
ING. MECANICO Y ELECTRICISTA
ARENALES 1149 — T. E. 42 - 2704

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Javier M. Laurenz
INGENIERO CIVIL
Avda. CORDOBA 1351 — T. E. 41 - 8141

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 — T. E. 30 - 3179

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 — T. E. 38 - 4349

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 — T. E. 62 - 4393

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 — T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 — T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 — T. E. 33 - 3730

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Bdo. DE IRIGOYEN 128 — T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
5 DE JULIO 1953 — T. E. 741 - 0560
OLIVOS

M E D I C O S

Dr. José Daniel Aráoz
ESPECIALISTA EN OIDO, NARIZ Y GARGANTA
Ex Jefe del Servicio del Hospital Bosch
CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001
Part. 44 - 4730

Dr. Iván J. L. Ayerza
MEDICO
Traumatología y Ortopedia
JUNCAL 2573 — T. E. 78 - 2533

Dr. Antonio Balcazar Morrison
CLINICA MEDICA
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 2538
Pedir hora — T. E. 71 - 9453

César Cardini
MEDICO
CHARCAS 788 — CAPITAL

Juan Domingo Cirio Malbrán
MEDICO
AYACUCHO 1541 — T. E. 44 - 1596
Pedir hora — 83 - 4025

Alejandro M. Braceras
MEDICO
Enfermedades de la Piel
ARENALES 1611 — Pedir hora — T. E. 44 - 1705

SANATORIO FLORES
INSTITUTO DE CLINICA NEUROPSIQUIATRICA
Director: Prof. Dr. GONZALO BOSCH
Tte. Gral. DONATO ALVAREZ 330 - T. E. 63-0027
BUENOS AIRES

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
SARMIENTO 839 — T. E. 35-0257 — Part. 44-3380
Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
MEDICO DE NIÑOS
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 946
Pedir hora — T. E. 42 - 5602

Dr. Juan Agustín Etchepareborda
CLINICA MEDICA
JOSE E. URIBURU 1267 — T. E. 41 - 7634
Solicitar hora

Dr. Jorge Galarraga
MEDICO CIRUJANO
Ginecología y Obstetricia
Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
ESMERALDA 634, 4° Piso — T. E. 35 - 3720

Juan Layera
ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE GARGANTA - NARIZ Y OIDO
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 17 hs.
CALLAO 1618 — T. E. 44 - 1796

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
MELO 1994 — T. E. 73 - 5152
Pedir hora

Dr. Carlos A. Llambías
MEDICO
Avda. CALLAO 569 — T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Miguel F. Méndez Trongé
MEDICO OCULISTA
ARENALES 2117 — T. E. 44 - 5997

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
MEDICO DE NIÑOS
VIAMONTE 1716 — T. E. 35 - 5557
Pedir hora

Dr. Germán C. Rillo Cabanne
OCULISTA
Martes, Jueves y Sábado - Pedir hora
CANGALLO 1968 — T. T. 48 - 0258

Dr. Aurelio E. Serantes Lasserre
UROLOGO
Lunes, Miércoles y Viernes, de 14 a 16 hs.
SOLIS 1361 — T. E. 23 - 5265

Dr. Rafael Sitler
MEDICO OCULISTA
BILLINGHURST 2084 — T. E. 78 - 0606

V A R I O S

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

Rosario Estrada
TRADUCTORA PUBLICA NACIONAL
Inglés - Francés
CALLAO 1046 — T. E. 42 - 4365

Federico R. Lanusse
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
SAN MARTIN 232 — T. E. 30 - 0061

CRITERIO

APARECE DOS VECES AL MES

Año XXV | Buenos Aires, 14 de Agosto de 1952 | Nº 1169

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

"CRITERIO"

DE ACUERDO CON LA ORIENTACION MARCADA

POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

ADHIERE

AL DUELO NACIONAL

DECRETADO CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO

DE LA

SRA. ESPOSA DEL EXMO. SR. PRESIDENTE DE LA NACION

DOÑA MARIA EVA DUARTE DE PERON

A 26 DE JULIO DE 1952

OREMOS POR EL ETERNO DESCANSO DE SU ALMA

LOS HOMBRES ANGUSTIADOS

GUSTAVO J. FRANCESCHI

EN una conferencia dada hace pocos días sobre "la literatura profunda", hacía observar una evolución importantísima que viene efectuándose en la novela. Prescindamos, decía, de las obras puramente descriptivas, que toman en cuenta nada más que el aspecto exterior de la anécdota, sin remontar hasta sus causas hondas, por ejemplo las de Pierre Benoit, y que constituyen la parte menos interesante de las modernas realizaciones literarias. Dejemos de lado también la escuela crudamente naturalista, la que tiene su modelo más acabado en Emilio Zola, ya que de toda evidencia no puede hacer intervenir factores espirituales en los que no cree. Pero si nos reducimos a los escritores de las dos generaciones anteriores a la que hoy está en pleno vigor, y entre ellos consideramos sólo a los que por diversas puertas escapan al estrecho cerco naturalista y no están dispuestos a considerar únicamente los estímulos fisiológicos del individuo o los impulsos irrazonados de la muchedumbre, vemos que los tales, si bien analizan a veces con acierto lo propiamente psicológico de la persona, no van hasta esotros elementos que pertenecen a un orden más elevado Refiérome a la relación del alma con Dios y a los efectos que ejerce sobre la existencia el que tenga aquélla un carácter de amistad o de aversión. Esa noción de pecado se halla del todo ausente en los literatos de hace sesenta u ochenta años, salvo quizás en alguna página de Barbey d'Aurevilly, en *Le démon de Midi*, de Bourget, y, aunque torcidamente entendida, en *Il Santo* de Fogazzaro. Pero si venimos a nuestra época, echamos de ver cómo esa misma noción, que ensancha inmensamente la visión del hombre y del mundo, está invadiendo de manera triunfal la literatura. Compárese el suicidio de Madame Bovary en la conocidísima novela de Flaubert y el de Scobie en *El revés de la trama*, de Graham Greene, y se comprenderá hacia qué apunto. No hablo ya sólo de este último autor, o de Mauriac, Claudel, Julien Green y otros marcadamente católicos, sino también de los que militan abiertamente en el banco opuesto, como un Sartre por ejemplo, o un Camus, y de los que al parecer escapan a toda preocupación espiritual, como un Hemingway o un Faulkner. Hay entre estos escritores quienes resolvieron el problema, como los católicos, y quienes solamente se lo plantean, vacilando acerca de la solución que pueda dársele. Pero de todos modos existe en esa literatura, que es muy extensa, una profunda insatisfacción acerca del estado humano, y una búsqueda, —casi desesperada por momentos—, para salir del atolladero creado por un materialismo colectivo aburguesado, negador de todo instrumento de progreso que no sea racionalista, y confiado en la bondad suprema de la tecnología que se está convirtiendo en tecnocracia.

He recordado estas palabras mías de ha poco al leer detalles acerca de la muerte de Emile Brehier, quien constituye puede decirse que el prototipo del historiador racionalista de la filosofía. Desde el punto de vista de la vida privada, pertenecía a esa categoría de santos laicos de entre los cuales se destaca Littré: austero, desinteresado, pobre, consagrado completísimamente a la ciencia, no teniendo más mira que el estudio, la enseñanza, y una modesta existencia familiar. Como doctrina personal fué el racionalista en estado puro, en el sentido de que creía que la razón era el instrumento supremo de toda investigación y la norma irreemplazable y suficiente de toda vida. Miembro del "Institut", profesor de filosofía en la Sorbona, estos títulos puramente intelectuales bastaron para colmar todas sus ambiciones; figuraba entre esa especie de maestros que aborrecía León Bloy, pero que representaba acabadamente la mentalidad de la pasada generación filosófica. Pues bien, este hombre, que consagró tantos años a describir las conquistas de la razón, comenzó a mostrar su angustia interior cuando en un debate sobre "ciencia y humanismo", efectuado a 29 de diciembre de 1945 por la sociedad *Amigos de Bergson*, señaló hasta qué punto la ciencia *deshumaniza* al hombre, y agregó: "nada más claro hay hoy que la imposibilidad en que se encuentra la humanidad, si quiere sobrevivir, de prescindir de una sabiduría distinta de las ciencias positivas". A este indicio se suma esotro, recogido en su último libro: *La transformación de la Philosophie Française*: "la cuestión suprema consiste en saber si no nos veremos obligados a defender la civilización occidental continuando el gesto del luchador que no espera un éxito feliz, o si debemos proseguir nuestro trabajo sin fiebre, para mantener y promover lo que da valor a aquélla". Brehier revelaba de este modo cuán poco fiaba de las fuerzas interiores de una civilización que, a pesar de verla apoyada en la razón, a sus ojos se estaba derrumbando. Y como Brehier piensan muchos filósofos que, luego de haber creído que la dicha individual y colectiva, y la posesión de la verdad completa, podían lograrse a fuerza de raciocinios, van dándose cuenta de que la inducción y la deducción ni abarcan toda la vida, ni responden a la totalidad de las preguntas que la humanidad se formula.

Esa contenida pero intensa angustia que se percibe en los postreros escritos de Brehier, se encuentra bajo otra forma en estudiosos que cultivan un campo científico completamente separado, al parecer, de ese filosófico que era propiedad de aquél. Tengo ante los ojos una conferencia de Antonio C. Capocaccia, uno de los más eminentes profesores de mecánica de las universidades italianas, que con el título de *Da Galileo all'era atomica*, después de haber recordado la historia de las teorías mecanicistas, que podrían resumirse en el postulado de Laplace: "un observador que conociese perfectamente la velocidad inicial de todas las partículas de un sistema aislado podría, integrando las ecua-

ciones diferenciales que expresan la ley del movimiento, prever con perfección infinita toda la evolución del sistema"; después de mostrar cómo a fines del siglo pasado se arribó a una filosofía de las ciencias cuyo ideal consistía en aproximarse lo más posible a una construcción matemática, llega, no más que en virtud de comprobaciones de índole científica, a la conclusión de que el estudioso "debe honestamente reconocer lo inadecuado de la razón humana para penetrar y poseer la esencia de la realidad". Y agrega: "por las razones que hemos expuesto, el progreso de la ciencia no reduce ni empobrece lo sobrenatural, antes bien lo revela y exalta". Y ascendiendo más aún en el campo de la ciencia pura, encontramos a Francisco Severi, Presidente del Instituto Nacional de Altas Matemáticas de Italia, sabio universalmente conocido, quien el año 1947 da término a un trabajo de síntesis admirable sobre "Las ciencias y las fronteras del misterio", aludiendo a sí mismo con las siguientes palabras: "la ciencia no desemboca en la nada, sino en el misterio. La responsabilidad de los hombres de ciencia es grande en este grave momento de la civilización: ellos han recibido mucho con la posibilidad de subir a los escalones más altos del conocimiento; ahora bien: a quien mucho fué dado mucho le será exigido. El hombre de ciencia, luego de haber recorrido en tantas direcciones las trabajadas vías del saber, y de haberse encontrado por doquiera en severo coloquio con su propia alma que, angustiándose a sí misma, le preguntaba ¿dónde está eso que tú no comprendes de mí? y le aseguraba que más allá no se pasa con la sola razón sino con la fe, ese hombre de ciencia, en su atardecer de cansado viandante, pide que éste sea iluminado por la plena luz que otorgue paz completa al alma, y le haga ver allí donde hasta ahora no ha visto claramente, sino sólo entrevisto". Aquí también la angustia es clara: la ciencia no ha podido satisfacer la sed de saber del espíritu, ni otorgar la dicha al alma que la ansía, ni establecer en el mundo la concordia sin la cual toda civilización se derrumba en el abismo.

Fácil me sería acudir a otros campos de la actividad intelectual más elevada, y mostrar cómo ese fenómeno de la angustia, bajo formas variadísimas, se encuentra por ejemplo en un filósofo tan penetrante como Gabriel Marcel, en un crítico tan agudo y delicado como Charles du Bos, en fisiólogos tan sagaces como Alexis Carrel o Lecomte de Noüy. Cabría prolongar indefinidamente la lista, de hombres pertenecientes a las naciones más diversas y a los sectores intelectuales más distintos, que venidos desde opuestísimos orígenes y a través de disímiles caminos, desembocan en el mismo campizuelo cercado de bosques impenetrables. Comparar por ejemplo *Les mains sales* de Sartre con *La montaña de los siete círculos*, de Merton, parecerá un disparate. Y sin embargo, cuando se miran a fondo las cosas, se comprende que ambas obras no pueden haber sido escritas más que dentro de un mismo ambiente humano de insatisfacción e incertidumbre, dentro de un estado de civilización que amenaza derrumbarse.

A esa angustia de los intelectuales, que se traduce en mil síntomas harto significativos, responde otra, no menos notoria, en capas mentalmente más humildes de la colectividad. En los hombres que de alguna manera dan importancia al pensamiento es el temor a un totalitarismo absorbente, como acaba de mostrarlo ese Congreso Internacional de la Libertad de Cultura celebrado ha poco en París, que reivindicaba el derecho de los escritores a expresar sin trabas sus puntos de vista. Y en estos hombres, y en todos los demás, aun los ribereños al analfabetismo, es el temor a una tercera guerra mundial, simbolizada para las gentes en la bomba atómica. Algunos viajeros han venido a decirme que en Europa oyeron hablar muy poco de una futura contienda. No hay peor sordo que el que no quiere oír. Es verdad que allí muchas personas, en virtud de un explicable pudor, ocultan su miedo. Pero la mayor parte de las discusiones sobre los Estados Unidos y la U. R. S. S. que se leen en los periódicos, y los diversos movimientos en favor de la paz, que gozan de auspiciosa acogida, tienen por fundamento real aunque escondido ese pavor a las consecuencias de una nueva guerra, que previsiblemente será de consecuencias infinitamente más desastrosas que la pasada. Y las varias corrientes emigratorias que se notan en toda Europa, ese afluir de gentes a los países más alejados de los probables campos de batalla, confirman la inquietud, la zozobra, la angustia de esos hombres que en el decurso de treinta años han visto asolados dos veces países enteros, y temen lo sea una tercera. Nadie tendrá valor para echarles en cara ese sentimiento: basta haber recorrido las comarcas heridas por la guerra para encontrarlo muy justificado.

En los hombres que piensan más, a ese temor en cierto modo animal ya que se lo experimenta sobre todo en el cuerpo, se agrega un sentimiento de profundo desengaño: el dolor de una esperanza fallida. ¡Se había creído con tanto entusiasmo y sinceridad en la promesa formulada hace menos de cien años por los jefes del movimiento intelectual de entonces! No había uno solo entre ellos que no afirmara la dicha para las generaciones inmediatamente venideras. Todos ellos, desde los filósofos hasta los matemáticos, desde los historiadores hasta los sociólogos, de Hume a Kant, de Rousseau a Hegel, de Adam Smith al primero de los Leroy Beaulieu, de Comte a Renán, a pesar de divergencias secundarias, coincidían en esa visión optimista del porvenir: habían laborado para crear un ambiente ideológico a la par que práctico, una cultura total, en realidad una humanidad nueva, en que la paz interna quedaría afianzada, la guerra internacional sería imposible, la inteligencia mutua llegaría a ser completa, el progreso continuo, y en que el progreso técnico sería tal que el trabajo perdería su índole de pena para transformarse en amena distracción. Estas no son simples afirmaciones mías, pues basta frecuentar un poco los escritores del siglo XIX para comprobar la exactitud de lo que adelanto. Nada más significativo al respecto que *El porvenir de la ciencia* de Renán, o las múltiples lucubraciones del químico Berthelot, y aun los escritos de Sarmiento, Eduardo Wilde y la generación argentina de 1880. En ese mundo que todos ellos nos describían, mundo sin misterios porque ninguno quedaría sin haber sido descifrado por la inteligencia humana, mundo sin Dios porque ya no haría falta eso que Laplace calificaba de *hipótesis*; mundo en que la razón gobernaría las ideas y los pueblos, ya no habría lugar para el padecimiento. Esa euforia la he conocido muy bien porque reinaba en los años de mi juventud, simbolizada en lo que podríamos llamar "la era victoriana" porque su expresión más perfecta fueron los últimos años

de la reina Victoria de Inglaterra. Los contados hombres que se atrevían a no aceptarla, y señalaban las resquebrajaduras de esa civilización tan brillante y sólida, eran objeto de la reprobación general: se los consideraba como rancios sobrevivientes de una época dominada por *los terrores medievales*. ¿Qué queda de ese optimismo satisfecho?... El día 2 de agosto de 1914, en que estalló la primera guerra mundial, marcará en la historia la fecha en que se produjo la ruptura entre un ayer ya no prolongable, y un mañana preñado de amenazas o por lo menos de incertidumbres: la unidad ideológica se ha hecho pedazos, y la técnica, muy lejos de infundir esperanzas despierta temores, ya que por una parte sirve para crear tiranías peores que todas las pasadas, y por otra torna infinitamente más inhumanas las contiendas.

A ese desengaño profundo se suma una especie de resignación: se está persuadido de que la catástrofe es inevitable, que la ruina de la civilización contemporánea es segura, y que no logrará la humanidad llegar a un nuevo estado de organización estable más que a través de sufrimientos cuya previsión pone espanto en el alma.

¿Cómo podría ser de otra manera? Tomo sencillamente la página de telegramas publicados en un diario de hoy, 10 de agosto. Veo que la situación de Persia preocupa a las potencias occidentales porque facilita una intervención soviética en los campos petrolíferos y en la política general del país; que la aviación de la O. N. U., institución destinada a afianzar la paz en el mundo, estuvo activa en Corea; que se está buscando penosamente la manera de suprimir los obstáculos surgidos en el plan de rearme europeo; que la pasada huelga siderúrgica de Estados Unidos dificulta la fabricación de armas; que en Francia la economía se viene abajo tornando ardua la preparación militar; que se han observado raras maniobras aéreas en Noruega; que Inglaterra reservó en las costas de Australia una inmensa zona de treinta mil millas para experimentar armas atómicas. Comprende cualquiera que la lectura cotidiana de noticias como éstas acaba por persuadir al más optimista de que la tranquilidad mundial hállase en peligro. Y si se recuerda además la lista ya interminable de las asambleas, reuniones ministeriales, congresos de peritos y conferencias de diplomáticos celebradas con el propósito, vano al parecer, de establecer relaciones menos agrias entre los pueblos de la tierra, es evidente que tantos y tan continuados fracasos confirman al "hombre de la calle", y también al que no lo es, en un pesimismo radical, del que no alcanzan a arrancarlo algunos discursos cuyo tema es "todo va perfectamente en el mejor de los mundos posibles".

Se me objetará que siempre hubo series de acontecimientos adversos que por su coincidencia y gravedad podían inducir a los hombres a negro pesimismo. Respondo que en primer lugar no eran de carácter mundial como al presente; en segundo término la dificultad de comunicaciones impedía la difusión de su conocimiento; y por fin en algunos casos, como el del declinar del imperio romano y la multiplicación de las invasiones bárbaras, se produjeron efectos similares a los actuales. También entonces muchas gentes se resignaron a la destrucción de lo conocido y no opusieron resistencia al enemigo, considerado con frecuencia como agente del castigo divino. Tan sólo grupos pequeños, y que merecen el calificativo de heroicos, dominaron su angustia, y pensaron que la obra de aquella hora, más aún que resistir activamente a los bárbaros, exigía el preparar, a veces en el fondo de los monasterios, los elementos que servirían para las reconstrucciones futuras. ¿Será ésta también la tarea que ahora se impone?

Un punto es claro en mi sentir: todo proyecto de reconstrucción basado en el materialismo está destinado al fracaso, porque lleva en sí los mismos gérmenes de autodestrucción que están empujando hacia la muerte el estado de civilización contemporáneo. Cuando los individuos que componen una sociedad, o por lo menos sus dirigentes, llegan a persuadirse de que la única recompensa que puedan lograr sus esfuerzos se conseguirá en este mundo, siendo así que los bienes del mundo existen en cantidad limitada y que el tiempo para disfrutarlos es corto, necesariamente se lanzarán a conquistarlos sin tener en cuenta a sus competidores, o mejor dicho teniéndolos en cuenta nada más que para aplastarlos. Entonces adquiere su pleno valor esa fórmula tan divulgada: *la lucha por la vida*. Toda colectividad materialista lleva en sus entrañas el principio de anarquía que ha de matarla. Será necesario echar por otro camino.

La única base para mantener desde el punto de vista social nuestra esperanza finca en estos hombres, —que ya constituyen grupos—, y que no sólo sienten la angustia sino que buscan resolver el problema que plantea. La sienten, pero quieren arrojarla de sí como aspira el enfermo a expulsar de su organismo la dolencia. Y no contentos con ello, procuran llevar a los demás hombres el remedio: su caridad va más allá del cuerpo, y atiende a los espíritus. Constituyen el núcleo en que se fundarán las reconstrucciones de mañana, y que opone ya desde ahora una valla firme a la ola de barbarie que amenaza sumergirnos. La angustia, considerada desde este punto de vista, no es un mal, sino un bien, como lo es el dolor cuando se trata de la enfermedad. Lo peor que puede ocurrir es la insensibilidad, y el vivir como si ningún peligro amenazara. Los hombres angustiados podrán salvarnos, los satisfechos nunca.

Desdichadamente los que no son conscientes del mal que nos aqueja son muchos, y no es fácil despertar en ellos la inquietud. Este es, sin embargo nuestro deber. Si medio siglo atrás se hubiera escuchado a los que entonces clamaban, muy otra sería la situación en que la humanidad se encuentra. Creo sinceramente que ahora es tarde para apuntalar todo lo caduco, pero no lo es para mirar más allá de las ruinas, y "esperar contra toda esperanza" en que aun han de sobrevenir días bonancibles para los hombres. Mas será necesario, según la palabra de la Biblia, "dejar que los muertos entierren a sus muertos"...

Los hombres angustiados constituyen un supremo aviso del peligro, pero también una suprema esperanza de salud. ❖

El existencialismo contemporáneo

Loss and gain

REGIS JOLIVET

Buenos Aires

QUERRIA ensayar definir, en algunas palabras, los alcances del existencialismo como doctrina o conjunto de doctrinas filosóficas. Por diferentes que estas doctrinas sean entre sí, tienen no obstante, suficiente relación como para que se pueda hacer sobre ellas un juicio general. Las cuestiones, a las que desearía responder, son las siguientes: ¿cuál es el sentido de las experiencias de angustia y de desesperación, como presupuestos del existencialismo? ¿Cuáles son los elementos positivos del existencialismo?

I

SABEMOS qué lugar ocupan en el existencialismo las experiencias de la angustia y de la desesperación. Creo que si se quiere comprender su sentido, por una especie de psicoanálisis, es menester admitir que esas experiencias revelan, a la vez, la confusión que nace de un mundo vacío de Dios y el orgullo del hombre que pretende bastarse absolutamente a sí mismo.

En efecto, vemos nacer bajo nuestros ojos, de la muerte de Dios, un nuevo estoicismo. Habiendo fracasado en toda tentativa de explicación, el hombre existencialista debe afrontar a un mundo positiva, total y definitivamente absurdo que, no solamente nunca dá sino respuestas afligentes a las preguntas que se le plantean, sino, peor todavía, que ni siquiera responde porque no tiene nada que responder. Frente a esta noche racional y teológica, el existencialismo nos propone una nueva religión, la religión del absurdo y de la nada, y pretende fundar un nuevo heroísmo sobre la aceptación de esta absurdidad y de esta nada. En realidad, mucha literatura y mucho malo romanticismo se encuentra en este estoicismo del absurdo, y algunas veces los monjes de la nada parecen tener cierta tendencia a la "pose". Suele sucederles carecer de firmeza, pero cuando son sinceros y serios, la idea que propagan es la idea nietzchiana, que la capacidad de soportar un mundo privado de toda especie de sentido es la absoluta medida de la energía espiritual.

Esta posición es absurda y contradice lo que hay de más profundo en el hombre —lo hemos visto cuando estudiamos a Kierkegaard y a Gabriel Marcel—. No reabriré la discusión. Lo que deseo es subrayar solamente las implicaciones, a la vez, materialistas y ateas de algunas doctrinas existencialistas, que se nos presentan como centradas sobre una orgullosa desesperación. Imagen de la confusión, reflejo de un mundo en el que nada está en su lugar, el existencialista se prohibe restituir en el plano de las ideas un orden que tanta falta hace a la existencia cotidiana. No es que uno haya de construirse sistemas en el aire para consuelo de su vida, pero si ha de comprenderse como se es, en el horizonte limitado de las obligaciones que se imponen a cada hombre en particular. Aparece entonces como "el mundo quebrado" (que dice G. Marcel). Toda existencia revela alguna cosa de incompleto, una unidad quebrada. Quebraduras, fallas que impiden al hombre reconciliarse consigo mismo y con las cosas. El hombre, víctima del mundo, que lo sobrepasa, se debate en él como puede, cuando no termina por perderse en él.

De hecho, el hombre no alcanza a reconocerse en esta tentativa. Pues desea vivir en la paz y, aunque más no fuera en esperanza de ella; escaparse de sí mismo, fundarse en una verdad externa, liberadora y consoladora, una verdad tangible y concreta y capaz de volver a poner orden en el desorden establecido y, ante todo, en él mismo. El hombre no puede vivir sin Dios.

II

LOS ELEMENTOS POSITIVOS DEL EXISTENCIALISMO

A pesar de todo, hay en el existencialismo contemporáneo elementos positivos, que es menester sean integrados por una filosofía humana.

1. Ante todo, el existencialismo me parece un valor negativo, donde la negación envuelve una afirmación rica de sentido. Tomo aquí el ejemplo del sartrismo, anotando que prosigue la obra de una crítica que puede ser infinitamente útil. Dialéctica de limpieza de las lujosas suciedades del alma moderna, en la áspera línea de nuestros moralistas, que ya ha producido vivos retoños en Nietzche y en Carlos Marx. El sartrismo colabora en el mismo trabajo de desinfección.

Esta tarea, finalmente, no será beneficiosa sino cuando se entienda que el universo no es un ovillo sin sentido y el hombre una masa de maldiciones. El drama de Heidegger y de Sartre consiste en que ellos pretenden constituir un acoplamiento del tipo "maldición-grandeza", encontrar la grandeza en la aceptación de la maldición. A este paradojal acoplamiento sería necesario oponer el acoplamiento pascaliano "miseria-grandeza". Una palabra cam-

Regis Jolivet, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Lyon, quien recientemente pronunciara conferencias en esta ciudad, nos ha conferido el honor, antes de su partida, de poder dar a nuestros lectores una CONCLUSION de las mismas.

ba todo. De hecho, lo que la sensibilidad francesa ha dado de tan accesible y permeable al sartrismo (y también, en general, a los apocalipsis germánicos de tipo heideggeriano), es el tono pascaliano que allí se descubre.

El mundo de Pascal, sin embargo, se abre sobre la nada fecunda del pecado rescatado, mientras que la nada sartriana no es sino el vacío estéril de una estructura indiferente del ser. Todos los temas parecen paralelos; pero de un lado, el camino está abierto; del otro, inexorablemente cerrado. El pensamiento de Sartre es, evidentemente, revolucionario; pero esta revolución, que obstinadamente quiere partir de la nada, es una revolución que a nada conduce.

2. La destrucción puede ser útil, sin embargo. Pero nunca es un fin y un término. Por ciertos aspectos, el existencialismo nos indica en qué forma es necesario reconstruir. Ante todo, anotaré el aspecto religioso que a menudo reviste. Por su carácter resueltamente realista, las doctrinas existencialistas tocan necesariamente el punto neurálgico donde se plantea la cuestión del sentido profundo de la vida y del fundamento último de los valores. En el mundo de las puras esencias, estas cuestiones no provocan ningún drama y, si el pecado encuentra allí lugar, es a título de concepto. Pero, observa justamente Kierkegaard, desde el momento en que interviene la libertad, con todo lo irracional que ella comporta, las cosas no son ya tan simples, ni posibles la sangre fría y la tranquila seguridad de la especulación, aislada de lo real y de la vida. De hecho, todos los problemas de existencia son apasionados, y la pasión que ellos determinan no es otra cosa que el drama de una libertad que debe ejercitarse en el riesgo y en la inquietud. Esto es lo que puede explicar también, el lugar y la función que ocupan y desempeñan en las doctrinas existencialistas, las ideas de pecado, de culpabilidad y de caída. Estas ideas, en efecto, son realidades vividas, que se imponen con una especie de fatalidad, desde que se las aplica a lo concreto existencial: de hecho, se hacen un cuerpo con la idea de libertad y —Kierkegaard mismo, lo ha establecido vigorosamente en los ricos análisis de su *Traité du désespoir*—, vinculan la angustia con el nacimiento de la libertad.

Ahora bien, ¿cómo sería posible decir que no tenemos nada qué retener de todos estos análisis? Comprometida por su inserción en teorías discutibles, la libertad existencial de Jaspers, de Sartre y de Heidegger nos parece rica de una profunda verdad, que trataremos de extraer y de explicitar. Para eso es menester, sin duda, admitir el valor de una noción universal y necesaria de la "naturaleza humana", que es lo absoluto por relación al cual nosotros apreciamos el valor del hombre y determinamos la significación moral de las situaciones existenciales que se nos presentan, con la ayuda de análisis de una extrema sutileza. Mas, si eso quiere decir que, efectivamente para nosotros, la esencia precede *lógicamente* a la existencia, ha de entenderse simplemente que el hombre no se hace tal hombre sino sobre la base de una naturaleza que primero lo define. Hay en ello una evidencia irrecusable. Pues si es cierto que no hay naturaleza humana "fuera" de los sujetos concretos que la realizan en forma singular, también es cierto que, en ese mismo sujeto, hay a la vez, componiendo una totalidad concreta, lo que lo hace hombre (y no caballo o ciruelo) y lo que lo hace tal hombre.

3. Por otra parte, empero, es eso mismo lo que nos permite, en otro sentido, convenir con el existencialismo en que la existencia precede a la esencia. Pues el ser singular y concreto puede y debe, sobre la base de la naturaleza que lo define, realizar como existente, es decir "existir" (en sentido activo) su esencia individual. Cada hombre tiene que realizarse por sí mismo, darse, por su libre esfuerzo, la existencia concreta que hace de él este hombre. El ser que es, contrariamente a lo que Sartre afirma, no se agota enteramente en ser, es decir no se reduce a su existir actual y presente, porque su existir es desbordado siempre por su esencia humana; es siempre, de algún modo, más de lo que existe, en tanto que su naturaleza envuelve todo lo que él se hace concretamente. No puede, en efecto, existir sino en el interior mismo de esta humanidad que lo define y que limita todas sus posibilidades, al mismo tiempo que las extiende más allá de todas las realizaciones que puede comportar. También se puede decir perfectamente: "Hazte lo que eres", como "Sé lo que te haces", porque el sentido de mi devenir existencial está implicado en lo que soy esencialmente, y este devenir no tiene valor humano sino en la medida en que, superando las fatalidades biológicas y las circunstancias de la vida, es dirigido por una libertad que hace más personal mi obra, más autétnico mi existir.

4. Por ahí, las nociones de libertad, de culpabilidad, de caída y de salvación, que los existencialistas han analizado con tanta sutileza, toman todo su sentido y todo su valor. En efecto, el hombre es libre y tiene en sus manos su propio destino. Como sujeto moral es el artesano de su propia esencia individual. A este título, le corresponde "existir su ser". Mas eso no puede hacerse sino en los límites definidos por una naturaleza o una esencia que primero le han sido dadas. Jaspers ha insistido justamente sobre este carácter de "dado" que hace invenciblemente una sola cosa con la existencia y la libertad. Pero límites o "dado" no son aquí, de ninguna manera, sujeciones que pesarían sobre la libertad: por lo contrario, no son sino los aspectos de una libertad que es, no libertad en sí o libertad pura, como lo quiere Sartre, sino libertad *de hombre*.

Es lo que explica que esta libertad se ejerza en el riesgo y en la angustia. Pues es constantemente consciente, cuando es real, a la vez del riesgo que implica y de la presión con que poderes extraños gravan su desarrollo. Ella se conoce, por un mismo movimiento, infinita y finita: hay en ella una especie de infinito, que Sartre ha visto bien, y que es su misma esencia de libertad; mas, por una paradoja que Kierkegaard ha subrayado, este infinito tiene límites y condiciones: nuestra libertad está sometida a servidumbres, nuestra autonomía es dependencia. ¿Cómo esclarecer este misterio? Pascal nos remite a la fe; y, en efecto, ninguna solución racional es adecuada. Pero ya, en el mismo plano de la razón natural, es lícito entrever que una libertad humana, infinita como libertad, no puede ser sino finita como humana y, que a este título, el conflicto, la angustia y la posibilidad de la falta están ligados al mismo ejercicio de la libertad.

Tal es la verdad que se puede descubrir en el existencialismo, expresada sobre un registro emocional que exige una interpretación, pero que se impone con una fuerza sorprendente, desde que se refieren las experiencias que la manifiestan sin esclarecerla, a los conceptos metafísicos de los que

ella secretamente se alimenta. El existencialismo nos conduce, pues, a la verdad humana y nos impone considerar los problemas reales que asaltan al hombre cotidiano. Creo que en ello hay un gran beneficio para la filosofía del hombre.

5. Otro, puede ser su insistir sobre la subjetividad, es decir sobre lo que diferencia al existente humano del mundo de los objetos o de las cosas. La búsqueda de la objetividad ha dominado a todo el siglo XIX y se la ha propuesto como la única forma posible y válida de conocimiento. Se sabe de qué prestigio ha gozado ese "cientifismo" o ese "materialismo" y cómo ha condicionado una multitud de ensayos para tratar según el método de las ciencias de la naturaleza todos los problemas de la vida y de la moralidad, de la psicología y de la sociología. Esta tendencia llevaba, nada menos, que a negar el sujeto en provecho del objeto, la conciencia en nombre del comportamiento, la vida en nombre del mecanismo, el individuo en provecho de lo colectivo. Recuérdese la fórmula de Augusto Comte, que resume todo el positivismo: "El individuo no existe; solamente existe la sociedad". El hombre, comprendido de esta manera, no era más que una cosa entre las cosas y todos los problemas humanos se reducían a cuestiones de estadística o a experiencias de laboratorio.

Contra esta reducción de lo humano a la objetividad de la cosa o del teorema, el existencialismo reivindica enérgicamente los derechos de la subjetividad y el valor absoluto e irreductible del sujeto y del existente. Hemos dicho con qué amplitud y con qué vigor el tema de la subjetividad ha sido desarrollado por Kierkegaard, por Jaspers y por G. Marcel. Por una necesaria reacción contra el materialismo cientifista, el existencialismo se ha propuesto revalorizar la realidad de lo subjetivo, conducir al existente al sentimiento de su inconmensurabilidad, de devolverle el sentido de la inalienable responsabilidad que debe asumir con riesgo de su compromiso personal. Son, me parece, magníficas conquistas y las condiciones más esenciales de un nuevo humanismo, por el cual el hombre sería, al fin, un ser trascendente al mundo de la objetividad pura o al mundo de las cosas, que lleva al mismo tiempo y solidariamente, el peso de su propio destino y el peso del mundo.

La reacción, por otra parte, ha sobrepasado en el existencialismo la justa medida. Heidegger y Sartre tienen razón, sin duda, cuando afirman que "el mundo es humano". Pero es un error decir que no es más que humano. La subjetividad, por un movimiento inverso al del materialismo, absorbe y devora a la objetividad. Esos excesos, sin embargo, no nos harán desconocer los beneficios ciertos que se pueden esperar de un retorno a la subjetividad. Deberá realizarse un nuevo equilibrio entre las nociones y las realidades indisolubles de lo objetivo y de lo subjetivo. Si es verdad que, para el pensamiento humano, ese equilibrio es una permanente conquista, no se puede dudar que las doctrinas existencialistas, a pesar de los graves errores a donde se han deslizado, habrán contribuído, sino a crearlo, al menos a aconsejar su búsqueda.

6. No podemos hacer las mismas observaciones con respecto a la experiencia del otro, tan descuidada por las filosofías clásicas y tan desconocida por las teorías positivistas, para las cuales el individuo se reduce a un objeto en un mundo de objetos.

La importancia que reviste la experiencia del

otro en el existencialismo está, evidentemente, ligada al descubrimiento de la subjetividad. En efecto, si el existente es esencialmente un sujeto, ¿cómo concebir la relación entre sujetos o, si se lo quiere, la comunicación de las conciencias? Hemos visto cómo para Heidegger y Sartre, es imposible esta comunicación. Las subjetividades, dice Sartre, están absolutamente fuera de alcance y radicalmente separadas. Todas las relaciones entre conciencias son resumidas en el conflicto.

Mas los análisis de Heidegger y de Sartre, por verdaderos que puedan ser en el estrecho marco de sus aplicaciones, tienen el grave defecto de ser parciales, en ambos sentidos del término (1), de descuidar todo un aspecto capital de las relaciones entre sujetos. Tienen, al menos, el mérito de atraer la atención sobre el dominio tan abundante de las relaciones interpersonales y de provocar, por su misma insuficiencia, una investigación más profunda por un camino hasta ahora muy abandonado. Mas altas, las vistas que desarrollan Jaspers y G. Marcel y que corrigen las deficiencias y colman las lagunas de los análisis de Heidegger y de Sartre, son vistas de gran interés.

Gabriel Marcel ha mostrado cómo yo no estoy verdaderamente en mi presencia sino poniendo la realidad del otro, es decir estando, con relación al otro, resueltamente abierto y disponible. "El otro en tanto que otro, escribe (*Etre et Avoir*, pág. 155), no existe para mí sino en tanto que yo estoy abierto para él (que él es un tú), pero yo no estoy abierto para él sino porque yo ceso de formar conmigo mismo una especie de círculo, en el interior del cual yo alojaría, en cierto modo, al otro, o más bien a su idea; pues por relación a este círculo el otro viene a ser la idea del otro, lo que no es más el otro en tanto que otro, es el otro en tanto que relacionado a mí, que desmontado, que desarticulado o en curso de desarticulación". Yo estoy indisponible, cerrado sobre mí, cercado y, como tal, me transformo en objeto. Paso al plano de las cosas. Me poseo como una cosa. Pero, por el mismo golpe, me cierro y me enajeno, no solamente para otro, sino hasta para mí mismo. Estar indisponible es, exactamente, según la expresión tan acertada del sentido común, "estar ocupado de sí", es decir estar "pleno de sí".

En realidad, yo no accedo al sentido completo y verdadero de mi persona sino por los conductos de la generosidad y del don. Por ellos, la presencia del otro viene a ser para mí principio de profundización y de enriquecimiento. Cada vez que las relaciones interpersonales y las relaciones sociales se establecen sobre el plano de la amistad, que profundamente es diálogo y transparencia a la mirada del otro, cada vez que, por consiguiente, renunciamos a las reticencias que una pasión obstinada del tener no cesa de aconsejarnos, realizamos misteriosamente el uno por el otro, y cada uno en el olvido de sí, el más alto grado de nuestra personalidad. También aquí, conforme a la palabra del Evangelio, no nos encontramos sino consintiendo en perdernos.

CONCLUSION

DIREMOS, para concluir estas conferencias, utilizando las vistas de G. Marcel, que no hay ninguna razón para considerar a Sartre como el jefe de fila del existencialismo contemporáneo. De hecho, su doctrina es casi irresistiblemente atraída por concepciones que se sitúan en las antípodas del existencialismo propiamente dicho.

Es absurdo, pues, sorprenderse de que un existencialismo pueda ser cristiano. Ante todo, el motivo inicial en Kierkegaard está vinculado inmediatamente con una concepción específicamente cristiana. Y, de hecho, este motivo ha obrado como un fermento en toda la teología protestante (K. Barth). Si ha obrado más lentamente entre los católicos, es en razón de la solidez y de la consistencia de una teología de dirección tomista.

Mas allá de estas razones de hecho, "estoy convencido, escribía Gabriel Marcel, que se estaría muy cerca de la verdad si se dijera que el existencialismo es, en sí, de esencia cristiana y que no puede hacerse ateo sino por accidente y engañándose sobre su propia naturaleza" (*Témoignages*, mayo 1947, pág. 157-158).

Puede decirse, efectivamente, que cualquiera sea la respuesta que dé al problema de la existencia, toda filosofía que lleve la exploración del ser hasta el nivel de la existencia, alcanza por lo mismo la capa profunda de donde brota el llamado del hombre a Dios. "En este sentido, escribe Gilson, me parece verdad decir que las filosofías de la existencia son las únicas cuyo fundamento último sea el mismo que el de la religión". (Gilson, *L'existence*, Ga limard, pág. 79-80).

Finalmente, tal como es y en lo que tiene de realmente existencial, el existencialismo abre el camino a una investigación destinada a definir, a la vez, las condiciones absolutas de un obrar auténticamente humano y la finalidad última del hombre. Muestra el valor de esta libertad que hace del hombre el artesano de su propio destino, y también, ilumina la finitud esencial del existente y su dependencia, en la existencia misma, que él recibe y no se da, de un Existente supremo, sin el cual ni la existencia, ni su impulso fundamental más allá de su finitud, serían inteligibles. De allí se sigue claramente para el hombre la necesidad de abrirse a esta Trascendencia, de la cual, todo en él, como todo en el universo, y el universo todo entero, está suspendido.

Pues es cierto, como Sartre lo dice, que la aspiración más definidora del hombre es el deseo de ser Dios. Si esta gran verdad, en el existencialismo es ejercida, vivida o representada (2), más que expresada, y con frecuencia, como en Sartre, de una manera que la traiciona, no se puede impedir que ella trabaje, aun desconocida o negada, y en virtud de su propia fuerza, en reconquistar su verdadero rostro, en recuperar la plenitud de su sentido.

El existencialismo contemporáneo aparecerá, al fin de cuentas, como la corriente filosófica que ha revelado con plena claridad esta necesidad y esta exigencia de Dios, que es la verdad más profunda y, en suma, pues todo se reduce a ello, la única verdad del hombre. ❖

(1) El término **parcial** en cuanto se opone a imparcialidad y en cuanto no encara más que parte de la cuestión. (N. del T.)

(2) En el sentido teatral del término **mimée**.

15 de agosto

..."*Porque ha hecho en mi grandes cosas el Todopoderoso*"...

(Magnificat)

AMBROSIO ROMERO CARRANZA

Buenos Aires

TRANSCURREN los siglos; se suceden las generaciones; desplómanse grandes imperios; mueren y son olvidados reyes y potentados que fueron ídolos de sus pueblos; y los seres humanos pasan con rapidez dejando tras de sí más ruinas que recuerdos. Pocas, muy pocas, son las personas que dejan rastros duraderos de su paso por la tierra. La mayoría pasa sin que de su vida hable la Historia universal. Y menor es aún el número de personas que siguen siendo amadas mucho tiempo después de su muerte. Porque el amor humano es flor de un día: nace, crece, se desarrolla, brilla, perfuma y pronto, demasiado pronto, se marchita y muere.

Pero esa regla humana tiene excepciones, y por sobre todas una sublime excepción: existió en la tierra una humilde mujer que nunca es olvidada y cuyo culto y cuyo amor nunca tendrán fin. Esa mujer fué esposa de un carpintero y luego madre que, silenciosamente, vivió dedicada a los menesteres de su hogar durante más de treinta años. De ella poco se habló mientras transcurrió su existencia mortal. Sin embargo, ha permanecido a través de veinte siglos, y seguirá permaneciendo por todos los tiempos, en el sitial que le corresponde de pleno derecho y del que jamás será desposeída: el de la mujer más grande de la Historia universal.

Grande, porque Dios la eligió, entre todas las mujeres de la Creación, para que fuera Madre del Verbo encarnado.

Grande, por haber sido concebida sin pecado original.

Grande, por haber conservado su virginidad aun siendo Madre.

Grande, por las virtudes que la adornaron durante su vida mortal y que fueron sus únicas joyas.

Grande, por haber aplastado la cabeza de la serpiente tentadora.

Grande, por no haber pasado por la descomposición del sepulcro.

Y grande porque su nombre está en los labios de todos los cristianos del orbe, y el amor y la veneración que engendra en los corazones perdurará hasta la consumación de los siglos.

Esa mujer, la más grande de la Historia universal, es María, la Virgen Madre, la Inmaculada Concepción, a quien las generaciones cristianas han dado el calificativo de "Madonna", abreviación de "mia Donna" (mi Señora).

Las innumerables advocaciones bajo las cuales ha sido presentada por la Iglesia a la veneración de los fieles, son otras tantas pruebas de su grandeza. Y si el nombre de la capital de la República del Paraguay recuerda su elevación a los cielos, el de nuestro propia capital también se relaciona con la gloria de la Santísima Virgen, pues procede de una advocación mariana: Nuestra Señora de los Buenos Aires.

Reina de grandes capitales del orbe, ha inspirado en todas las épocas las obras de arte más bellas y maravillosas. Las catedrales levantadas en su honor se han multiplicado con el correr de los años. Desde el románico hasta el gótico y el barroco, todos los estilos fueron puestos a su servicio para glorificar su memoria. Y los hombres, tan inclinados siempre a dejarse llevar por la ley del mínimo esfuerzo, no vacilaron en trabajar durante siglos enteros, por propia voluntad sin que nadie los obligase a ello, arrastrando carros cargados de grandes pesos y levantando con sus propios brazos piedras inmensas, para poder edificar iglesias que llevaran su nombre. "Por amor a María Santísima, los hombres se volvieron tan pacientes que no contaron las centurias con tal de cincelar estupendos portales, galerías y flechas; y tan audaces que la altura de sus basílicas dejó bien atrás la de los más ambiciosos edificios del Imperio romano; y, al mismo tiempo, ese amor los volvió tan castos que sus grandes creaciones arquitectónicas, con su pueblo de estatuas, no respiran sino pureza y sentimientos inmateriales. Hasta los castellanos, que aborrecían el trabajo por considerarlo una servidumbre, trocando la espada por la llana y el cincel, se transformaron en albañiles por espacio de

tres siglos, a fin de poder levantar en Burgos una catedral tan bella como las que a María habían edificado los alemanes, franceses e italianos. Nuestro Señor recompensó así la humildad de su Madre haciendo que, en reemplazo de la pobre vivienda de Nazareth, los hombres le construyeran casas admirables en todas las ciudades del mundo" (1).

PRECISAMENTE, en estos días la Cristiandad celebra la fiesta dedicada a rememorar la Asunción de María, que hace dos años fué proclamada y definida como dogma de fe por S. S. Pío XII. Esa proclamación constituyó un nuevo florón para la corona inmarcesible de María, y un nuevo triunfo universal del amor que inspira y del culto que se le rinde en los cinco continentes.

Desde la colina del Capitolio —cuna del Imperio romano— hasta la colina Vaticana —corazón del mundo cristiano—, marchó, durante la noche del 31 de octubre de 1950, una inmensa procesión llevando la imagen antiquísima de María —atribuída a San Lucas— que es venerada bajo el título de "Salus Populi Romani". Y —como dijo una peregrina argentina que presenció aquella procesión— "cuando la multitud cubrió de bote en bote la plaza de San Pedro, las estatuas que adornan la columnata de Bernini —al reflejo de las luces de los faroles encendidos— parecieron animarse, y hubiérase dicho que esos santos y santas, despertando de un largo sueño, se incorporaban también ellos a la marcha de aquellos cristianos venidos de los cinco continentes para glorificar a María. Esa noche preludiaba el día radiante del 1º de noviembre de 1950".

En efecto, ese día la Cristiandad pudo contemplar, una vez más, la parte terrestre y temporal de la gloria de María, ya que existe otra parte —eterna y celestial— lejos del alcance de nuestra vista.

Ochocientos mil peregrinos, colmando la plaza de San Pedro, desbordaban por la Via della Conciliazione hasta más allá del castel Sant Angelo. Y S. S. Pío XII hizo su entrada precedido por un cortejo de cardenales, arzobispos, obispos y otros altos dignatarios de la Iglesia, cortejo tan largo e imponente que su desfile duró una hora. Entonces, en medio del recogimiento general, el Santo Padre leyó, con voz clara y firme, los fundamentos en virtud de los cuales proclamaba como dogma una verdad que ya era admitida desde tiempos muy remotos: la Asunción a los cielos de María en cuerpo y alma, libre de toda mancha, sin haber experimentado la corrupción del sepulcro.

EN el Concilio universal de Efeso (año 431) María fué proclamada Madre de Dios (Theotocos). Esa proclamación se hizo para aclarar la Tradición que —como dice Fulton J. Sheen— "es la memoria viviente del Cristo Místico", y para rechazar las negaciones de Nestorio, quien enseñaba que María fué tan sólo madre de un hombre (Christotocos) pero no Madre de Dios (Theotocos). Y en la Roma del Año Santo de 1950 se definió la Asunción de María, también para aclarar la Tradición en lo que a ella respecta, y asimismo, para rechazar nuevas negaciones anticristianas. Estas provienen hoy día, no ya del nestorianismo, sino del más crudo materialismo que se empeña en denigrar a la persona humana. Por eso, en momentos en que —al decir de S. S. Pío XII— "la dignidad humana se encuentra trágicamente baja en todas las naciones", la Asunción de María constituye una afirmación rotunda de esa dignidad, pues "arroja una luz vivísima sobre el destino eterno de cada persona humana, la cual no tiene un fin temporal ni puede ser convertida en instrumento de ninguna institución, ni en medio para obtener el triunfo de ningún poder terrestre; pero que, en cambio, tiene esencial e irrevocablemente una existencia, una dignidad, un valor y un fin eternos, inviolables e intangibles" (2).

El triunfo personal de María no redunda, pues, en menosprecio de nadie; por el contrario, trae como consecuencia el triunfo de la dignidad de cada uno de los seres humanos. Todos, sin excepción, somos sus hijos. Todos, por igual, somos amados por ella. Y por todos intercede ante Nuestro Señor Jesucristo, implorando misericordia para los hombres sufrientes y pecadores.

Corredentora del linaje humano, medianera de todas las gracias, vaso de elección, tabernáculo de Gloria, puente entre la Divinidad y la humanidad, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, María es, al mismo tiempo, mujer en toda la acepción del término; mujer y no diosa ni semidiosa, a la que ha de rendirse tributo de respeto, amor y veneración, mas en ningún caso de adoración, pese a ser ella Madre de Dios y la única criatura preservada de la mancha del pecado original. Pero si el culto que se le rinde no es el de latría (reservado a la Divinidad), en cambio se diferencia y es superior al que se tributa a los mismos santos. Lleva en lenguaje teológico el calificativo de "culto de dulía". Y a ninguna persona se le puede tributar el que sólo a ella corresponde.

VEMOS, por lo expuesto, cómo en este siglo había sonado la hora apropiada para llamar la atención del orbe sobre la verdad de la Asunción. En la bula "Munificentissimus Deus", dada con motivo de la proclamación del dogma, S. S. Pío XII manifestó: "Tenemos la firma confianza de que esta proclamación será de gran provecho para la humanidad entera". Y, al enumerar los diversos motivos que fundamentan su esperanza, dice: "mientras el materialismo y la corrupción de las costumbres derivadas del mismo amenazan sumergir toda virtud y hacer estragos de vidas humanas suscitando nuevas guerras, este dogma pone ante los ojos de todos, de modo luminosísimo, a qué alto fin están destinados los cuerpos y las almas. Es de esperar, además, que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de la Santísima Virgen se persuadan cada vez más del valor de la vida humana y que la fe en la Asunción corporal de María al cielo haga más firme y más activa la fe en nuestra propia resurrección". Tal la gran lección que se desprende de la definición pontificia: favorecer el valor creciente de la existencia terrena en la que se forja el destino eterno del hombre. Consideración de la dignidad del cuerpo, llamado a resucitar al final de los tiempos y a ser, para los justos, co-partícipe de su goce inalterable en la eternidad.

Tanto el materialismo de fines del siglo pasado como el existencialismo ateo de nuestra época, habían concluido por inculcar en muchas mentes que el hombre sólo tiene por finalidad al hombre, es decir, que la humanidad no tiene un futuro tras-

(1) Federico Ozanam. **Una peregrinación al País del Cid.**
(2) Jos. Cardjin. **La proclamation du dogme de l'Assomption**, en "Notes de pastorali jociste", diciembre de 1950.

cendente ni existe un más allá real; por tanto, los seres humanos quedaban prisioneros de su vida presente.

Pues bien, rechazando con fuerza ese inmanentismo moderno, el dogma de la Asunción proclama que nosotros tenemos por encima de la Historia de la Humanidad, por encima de nuestra propia historia y de toda Historia, un fin que trasciende nuestra vida temporal y terrestre. Al definir que la Virgen María fué elevada a los cielos en cuerpo y alma, la Iglesia declara "urbi et orbi" que la Historia de la Humanidad y de la Naturaleza posee un significado que la trasciende.

La Historia no es, por tanto, un drama de tan sólo dos actos (pasado y presente); además tiene un tercer acto (el futuro) y un epílogo: la resurrección de la carne y el juicio final.

Como muy bien lo explica Fulton J. Sheen (3), cuando en el siglo pasado los hombres se dejaban llevar por un ciego optimismo, considerando que ellos eran naturalmente buenos y capaces de deificarse con su propio esfuerzo, la Santísima Virgen se apareció en Lourdes para decir: "Yo soy la Inmaculada Concepción" ("Quá soy l'Inmaculada Councepcou"). Y la Iglesia, al definir ese dogma confirmado por María misma en la gruta de Massabielle, afirmó que sólo un ser humano había sido íntegramente bueno por encontrarse, desde su concepción, libre de la mancha del pecado original. Y que ese ser humano inmaculado, único en el mundo, era la mujer que fué Madre de Dios.

Pasó un siglo desde la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, y cuando, por consecuencia inevitable del falso optimismo novecentesco se pasó al negro pesimismo existencialista, nuevamente un dogma marianc puso las cosas en su lugar: la doctrina de la Asunción enseñó, contra la desesperanza y el hastío de este tiempo, la belleza del Amor y de la Vida. En momentos en que los filósofos y los literatos existencialistas cantaban a la náusea, a la sexualidad, al vicio y al suicidio, la Iglesia cantó, en la Asunción de María, la derrota del pecado y de la muerte, y cantó que la muerte es más vida que la misma vida. Y en este siglo en que los "sindiós", se reúnen alrededor del cadáver de Lenin, periódicamente llenado de cera para dar ilusión de inmortalidad a quienes no creen en la existencia del alma inmortal, el Cuerpo Místico de Cristo invita a todos los hombres a rendir los dos cultos que nacieron en dos tumbas vacías: la tumba vacía de Cristo y la tumba vacía de María.

Dos sepulcros vacíos constituyen la mayor gloria del cristianismo y el fundamento de nuestra fe y nuestra esperanza. Vayamos en busca del Amor y la Vida que proceden de esas dos tumbas vacías, las cuales atestiguan la verdad de la Ascensión de Jesús y de la Asunción de María.

BUSQUEMOS, asimismo, en el sepulcro vacío de María, el ejemplo de las virtudes y privilegios que motivaron su elevación a los cielos en cuerpo y alma, prerrogativas por las cuales Dios la eligió, entre todas las mujeres, para ser su Madre en la tierra.

Nosotros, los que tenemos una madre anciana clavada en el lecho del dolor después de haber sacrificado su vida entera en bien de su esposo y de sus numerosos hijos, nietos y bisnietos, y nosotros

los que hemos sido favorecidos por Dios con la dicha de tener por inseparable compañera una tierna esposa dedicada a presidir la felicidad de nuestro hogar y atender la educación de nuestros hijos, vemos en María la glorificación de las virtudes que constituyen el prototipo del eterno Ideal femenino.

¿Y cuáles son esas virtudes? Abramos el Evangelio y vayamos apuntando las que van surgiendo del relato sagrado:

Modestia.

"El ángel Gabriel fué enviado de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazareth, a una Virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. *Y cuando ella esto oyó, se turbó con las aplabras de él, y pensaba qué salutación fuese ésta.* (Luc. I, 26 a 29).

Pureza.

"Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin. *Y dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, pues yo no conozco varón?* (Luc. I, 30 a 34).

(3) Ib., **La Asunción y el mundo moderno**, en CRITERIO, Nº 1125.

Humildad.

"Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y por eso lo Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Elizabeth tu parienta, que en su vejez también ha concebido un hijo, y este es el sexto mes de la que es llamada la estéril, pues no hay cosa alguna imposible para Dios. *Y dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*". (Luc. I, 35 a 38).

Sabiduría y piedad.

"Y en aquellos días levantándose María, fué apresuradamente a la montaña, a una ciudad de Judá; y habiendo entrado en casa de Zacarías, saludó a Elizabeth. Y cuando Elizabeth oyó la salutación de María, la criatura se estremeció en su seno; y llena Elizabeth del Espíritu Santo, exclamó en alta voz: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre. Bienaventurada tú que creíste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.

Y dijo María:

"Mi alma glorifica al Señor:

"Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

"Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

"Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquel que es todopoderoso y cuyo nombre es santo.

"Y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.

"Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios.

"Destrozó a los poderosos, y ensalzó a los humildes.

"Colmó de bienes a los hambrientos: y a los ricos dejó vacíos.

"Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

"Según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos". (Luc. I, 30 a 55).

Confianza en la Divinidad de Jesús

"Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús. Y fué también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas. Y llegando a faltar vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Y Jesús le contestó: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no es llegada mi hora. *Dijo la Madre de él a los que le servían: Haced cuanto él os dijere.* (Juan II, 1 a 5).

Después de haber narrado cómo la Virgen María pidió a Jesús que hiciese el milagro de transformar el agua en vino, los Evangelios ya no estampan ninguna otra frase de ella. Pareciera como si hubiese querido guardar silencio una vez que su Hijo comenzó su vida pública. Su misión de Madre está cumplida. Ahora toca el turno al Hombre-Dios de cumplir la suya. Y, en su modestia y humildad, no considera que debe figurar al lado del Verbo Encarnado cuando las multitudes lo siguen con entusiasmo para ver sus milagros y oír su maravillosa doctrina. En cambio, cuando llega el momento del suplicio y de la muerte, allí está ella junto a la cruz donde, clavado, agoniza su Hijo.

"Estaba al pie de la cruz. Nada dijo. No lanzó un grito ni un gemido. No lloró No se desvaneció. Parecía que una invisible cruz la mantenía en pie. Ella debía sufrir punto por punto, momento por momento, la Pasión de Jesús. Sin necesidad de palabras hablaba con el Hijo. Lo ayudaba a sufrir. Sufría, moría con El, unida a El en la muerte como lo había estado en vida. No se sabe de una palabra suya; no se sabe de un suspiro; no se sabe de un grito. Los poetas han imaginado llantos y lamentos; pero el Evangelio nada dice. Dice que ella estaba al pie de la cruz. Nada más. Con eso basta" (4).

Con esas pocas pinceladas los evangelistas proporcionaron a la Cristiandad el sublime retrato moral de la Madre de Jesús; y en ese retrato brillan las virtudes que ella poseyó en grado heroico y eminente, virtudes que configuran un ejemplo que la mujer de todos los tiempos debe tener presente para tratar de imitar.

Pasan los siglos, cambian las costumbres, las sociedades se transforman... pero la mujer más grande de la Historia universal siempre seguirá siendo el paradigma del eterno Ideal femenino. ✥

(4) Piero Bargellini, Jesús y María, Emecé Edit., S. A.

"Darwin no es para los niños"

EMILIANO J. MAC DONAGH

La Plata

EN la Biblioteca del Instituto Cultural Argentino-Británico de La Plata, pequeña pero muy al día en las ediciones británicas, me prestaron un libro de Vera Barclay, "Darwin is not for children", editado por Herbert Jenkins Ltd., de Londres, en 1950. No lo ofrecieron los libreros o no lo consiguieron, acaso por el tema, o si no por el ttíulo; pero, de todas maneras, apenas se hojea el volumen, se cae en la cuenta de su originalidad. La tesis, en substancia, es que el darwinismo no debe enseñarse en las escuelas, por varias razones: por no estar probado como ciencia, por ser peligroso como moral, por no ser de sentido común, por no ser creacionista. El presente ensayo quiere examinar la validez de tales razones, exponiendo el alegato del libro. Que es un libro inesperado en el ambiente científico-teorizante.

En el prólogo, Kenneth de Courcy asume una posición intelectual antidarwinista coincidente con la del libro, pero como glosa y no como aporte de pruebas. Escrito el prólogo algo después del libro, trae una interesante referencia apenas mentada por Barclay: se trata del discurso que pronunció el profesor A. C. Hardy, presidente de la sección Zoología de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias, en la reunión de Newcastle en 1949, donde dijo que "Las afirmaciones dogmáticas de los biólogos mecanicistas (sobre evolucionismo), expuestas como si estuvieran respaldadas por la autoridad de la verdadera ciencia, yo creo que serán extremadamente dañinas para la civilización...". Alude Hardy luego a la posible existencia de fuerzas semejantes a la telepatía, inconscientes, y que fueran el factor modelador del comportamiento de los individuos de una especie. "Nos engañamos si imaginamos que nuestras ideas presentes sobre la vida y la evolución son más que una minúscula fracción de la verdad que todavía está por descubrirse". El testimonio resulta más significativo por tratarse de un científico de la zoología, la ciencia que dió origen a las teorías de la evolución y en cuyo campo se expandió por un siglo, simultáneamente con la invasión de los otros: biología, filosofía, etc.

En cambio, el prologuista se nos presenta como un profesional de la crítica, y manifiesta que basándose él en la lógica, de ningún modo puede aceptar la teoría darwinista. "Aun cuando uno encontrara (dice) que la interpretación religiosa de la existencia fuese imposible de aceptar...". Cosa que no reza para él. Dice bien que no hay tal antinomia: el ateísmo no es darwinismo, ni vice versa. Agrega, más adelante, que el hombre de ciencia dedicado a la física está cada día más convencido que existe un supremo Creador. "Tanto se está descubriendo de tan augusto esplendor que todo ello es claramente parte de un plan ordenado, que el físico ya no puede por más tiempo acompañar al biólogo escéptico". Si se acepta al Creador no hay más dificultades. "El relato bíblico, si se lo lee cuidadosamente, no contiene las dificultades que han declarado sus enemigos".

Vera Barclay declara francamente que debe a varios autores el permiso para citarlos, sin que ellos supiesen cuál era su propio punto de vista; pero no los ha adulterado. Además, en un apéndice da las citaciones que pueden apoyar su tesis, para cada capítulo, y allí trae los argumentos contra el darwinismo, no el debate, pues señala (y ello es muy cierto) que el común de los libros sobre el tema trae solamente los argumentos *a favor* de Darwin. Su libro ataca la versión "popular" del darwinismo, que campea en el periodismo, y en muchos libros de texto, atrasados de información, y ediciones baratas de libros que enseñan teorías hoy obsoletas, desacreditadas. Reconoce que no podría exponer la última teoría evolucionista sino que su tarea es refutar aquellas, populares hoy, pero erróneas y anticuadas. El apéndice es de citaciones muy nutridas y se nota que algún biólogo muy al día le ha suministrado la bibliografía pertinente, cosa que Barclay da a entender, agradeciendo la ayuda.

Barclay se propone exponer como uno del público, ese que escucha por radio la conferencia de un entendido, el cual, dice, siempre se mantiene como tal y no se pone al alcance del común de los interesados; Barclay reconoce haber creído en el evolucionismo en cuyo favor escribiera un libro para la enseñanza primaria: de su arrepentimiento nace este de hoy, con su significativo título: Su oposición, afirma, no nació de razones religiosas sino de "razones de sentido común", y las expone; después de escrito el libro agregó la documentación del apéndice.

En el primer capítulo el libro ya está enfocado a demostrar que entre los hombres de ciencia *no hay tal unanimidad* respecto de la evolución, mientras los vulgarizadores (por ejemplo, la radio inglesa o B. B. C.) y los maestros de escuela la dan como la cosa más probada. Luego, una larga citación de Julián Huxley, puesto como el más grande biólogo por la propaganda que llamaremos oficial, ex Director de la Unesco, permite a Barclay demostrar que entre los hombres de ciencia hay mucho apasionamiento, que las razones del corazón influyen hasta sobre el científico empeñado en convencernos de su imparcialidad: la negativa de Pearson a publicar en su revista la réplica de Bateson que le contradecía, es un cuento al caso. Así Barclay se siente bien con su espíritu batallador, de acuerdo a precedentes de científicos, en busca

de la verdad. Aquí cabe advertir que la sentencia de Huxley se refiere a que (para él) hoy se acepta generalmente que la evolución biológica se puede explicar, principalmente o quizás del todo, por la acción de una selección natural de tipo darwiniano sobre un mundo viviente mendeliano. Barclay parece entender que el "quizás" sea una confesión de duda. Barclay reconoce (pág. 11) que leyó pocos de los libros que cita: se lo debe al "calificado científico (a quien nunca identifica) con muchos años de profundo estudio de la cuestión" (pág. 17). En esta misma página confiesa que no desea parecer con exceso de celo contra la rama darwiniana de las teorías de la evolución; para eso la cita de Huxley. A mí me parece que esta cita, por el contrario, muestra a Huxley firme en sus trece, bien o mal. ¿Qué otra posición podía esperarse?: pues él asegura estar en la verdad.

Para Barclay los científicos "del Continente" creen poco en el darwinismo; a favor de él están los de Inglaterra, Estados Unidos y... Rusia. La cual queda excluida "del Continente" (Eso está bien). Pero aun los científicos de los dos primeros países pueden tener disidencias. Donde hay unanimidad es en los "enseñantes" ya sea en la escuela o la radio, que ahora parece modelar tantas opiniones como aquella. Las opiniones de los que necesitan la ajena para decidirse, comentaríamos nosotros.

Pero, entonces, *¿a qué llamamos darwiwnismo?* Barclay empeña su segundo capítulo en aclararlo. Aprovechemos estas páginas. La gente cree vagamente que la evolución darwinista es algo así como lo que llamamos "evolución" desde el huevo de la rana o el sapo, luego el renacuajo, y finalmente el adulto; o la mariposa, que proviene de un huevo, pasa por la larva, luego la crisálida y emerge como mariposa. Estas son metamorfosis obligadas o "inevitables": la evolución de los seres a través de las eras geológicas sería tan "inevitable" como esas. Pero el darwinismo es una tentativa de explicación de esa evolución, que se da por probada; y se basa en la selección natural, es decir por la supervivencia del más apto o capaz. Diría que la mayor parte de los animales no mueren de vejez: son matados, por los que hacen presa, (los predatores). Luego expone alguno de los argumentos del propio Darwin; aquí vemos a Barclay afectado por el incorregible "aislacionismo" de los británicos pues los da como si todo naciese con su autor; el cual, precisamente, usa el argumento de la jirafa, que fué primero inventado por Lamarck, un "continental", predecesor que sostuvo el otro proceso para la evolución, el ambiental. Falta la visión de la historia de las ciencias, pero eso demuestra que la crítica científica debe dejarse a los entendidos en las ciencias y Barclay con toda sinceridad dice no serlo. Anota que Darwin es el sostenedor de las variaciones fortuitas o casuales, sobre las cuales la selección natural ejercería una acción separadora, esto es, evolutiva. Contra ello Barclay agrupa como finalistas (solamente por creerlos opuestos a la casualidad) a Nägeli, Eimer, Driesch y Bergson, a los cuales agrega como del presente a Sir D'Arcy W. Thompson, W. R. Thompson, Lucien Cuénot, Austin H. Clark y Leo Berg. Cuénot ha fallecido hace poco, lleno de años meritorios. Señala acertadamente que son independientes y no forman "escuela"

Como una muestra de la objeción "de sentido común" que para Barclay es la más valiosa, y la favorita, veamos el caso de las jirafas, cuyos largos cuellos tendrían origen (según el darwinismo) en variaciones casuales con individuos de cuellos más largos, y estos individuos, en caso de sequía prolongada, sobrevivirían como más aptos porque alcanzarían las hojas de los árboles; esto sería heredado y nuevas variaciones casuales favorecerían a los más longícolos, y así sucesivamente. Barclay pregunta cómo las crías destetadas y necesitadas de alimentación vegetal podrían arreglárselas, pues tienen cuellos más cortos hasta tanto lleguen a la estatura de la adultez. Por sentido común, se piensa que la selección natural las eliminaría, y allí terminaría la "creación natural" de la jirafa. Aprobado.

Luego pasa a tratar brevemente el viejo argumento (no parece estar al tanto de lo mucho que ya se lo ha discutido) de que las variaciones han de ser *útiles* desde un principio; no puede ser un modesto comienzo, sin función o ventaja, pues no sería preservado; la selección natural tiene que ejercerse "desde afuera" sobre algo que represente un valor, un valor selectivo. En esto debió mencionar a Romanes.

La teoría opuesta, de Lamarck y luego Cuénot, etc., que supone una tendencia interna a variar, la cual sería heredada y preservada hasta ser útil, lo que llamaríamos una ventaja prospectiva, esa no entra en el concepto darwiniano, que aquí se muestra netamente antifinalista. Una curiosa acotación da más valor al argumento de sentido común: el macho de la jirafa es en término medio más de un pie (30 cms.) más alto que las hembras; luego, hubiesen perecido antes éstas, y adiós especie.

Como lectores, hemos de señalar lo peligroso del entusiasmo en disputas científicas por el uso eficaz del sentido común, pues Barclay pasa luego a tratar el ejemplo darwiniano del topo y su vista deficiente y acumula los otros casos en donde los animales cavernícolas pierden del todo los ojos: al final del argumento avisa que ha leído de nuevo a Darwin y que éste no dice cuanto le atribuía... ¿Por qué, entonces, no eliminó los párrafos errados de puntería? ¿Por qué estaba escrito? Uno se recuerda de aquel historiador que recibió tarde los documentos para su historia militar y contestó: "Ay, mi asedio ya está escrito". En cuestión de crítica de las ciencias no hay otro camino que el de ellas: la verdad en la realidad. Más acierto muestra en el comentario sobre *la utilidad del mimetismo*: el instinto que lo acompaña de origen ha de ser simultáneo con los caracteres miméticos; aspecto y comportamiento van juntos, y si no, no son útiles. La teoría de la selección natural no logra salvar este punto con sus "variaciones casuales". El argumento ya era conocido. A su vez, los casos de simbiosis en donde cooperan dos especies animales completamente separadas que necesitan una de otra para cumplir su ciclo vital, sería para Geoffrey Taylor (en "The Irish Monthly" de abril 1948, citado en pág. 34) un mazazo en la cabeza para la teoría del proceso automático materialista y que sucediera como el resultado de variaciones al azar y sin dirección. En cambio, según J. Huxley serviría para demostrar la falta de un designio en la naturaleza, o mejor, de una Inteligencia creadora, con un plan. Barclay cita a este autor en su "Evolución, una síntesis moderna", y comenta, con razón, que se trata de un antropomorfismo de lo

más crudo, atribuyendo a los animales la moral y la inmoralidad. Estamos, otra milésima vez, en la disputa de qué cosa es el instinto, y por allí a la encrucijada de siempre: las conclusiones finales de los científicos en las "cuestiones disputadas" en el plano filosófico se orientan según su filosofía. Ahondando, se comprueba que su filosofía suele ser implícita, no examinada y elaborada, y a su vez es una simple manifestación de su fe o de su falta de fe. Grasset decía que la biología no debía ser ni esclava ni señora, recordando aquello de que la filosofía era esclava o sierva (ancilla) de la teología, según antiguo y peligroso decir... Todo esto es "lo que debiera o no debiera ser", pero en la práctica recogemos esta experiencia que ilustramos más arriba: el antifinalista niega que una adaptación comprobada sea un argumento en favor del finalista; y viceversa. Lo cual prueba que así, por esos caminos, no debe buscarse la verdad de plano filosófico.

El paso siguiente del argumento es el de *las comunidades de animales*, especialmente los insectos, a saber las abejas, avispas, hormigas y termites. Sobre la equiparación de la colonia a un individuo, me remito a mi artículo anterior en CRITERIO (1). Pero lo común en los darwinistas es compararlas a la sociedad humana. Se puede intercalar el comentario que no todos los autores de la asimilación son evolucionistas. Nuestro viejo Marcos Sastre en su "El Tempe argentino" publicado en libro en 1858, ya comparaba las "sociedades" de abejas con las "dolorosas" sociedades europeas y el camuatí o "república de las avispas" con las "venturosas" sociedades americanas. Pero es lo cierto que nuestro naturalista islero fué un creyente manifiesto, un poco al modo de la época, pero siempre alabancioso del Creador cuyas huellas percibía en la naturaleza. Barclay trae la sincera advertencia sobre el peligro que constituyen las obras de Maeterlinck, con su difuso animismo, y suscribimos la condena. En cambio, alaba una interesante citación de Eugene Marais, el tratadista de las termites u hormigas blancas, quien compara la colonia con un organismo, sus aparatos y tejidos; suponemos que compara y no identifica, pues sería el cuento de nunca acabar. Escuchemos a Barclay: "Eso es, pues, lo que sucede cuando la teoría de la evolución cae en manos de un poeta popular: se inicia con una hormiga blanca y termina en un desesperado arrastrarse lejos de la eternidad. *Por eso* Darwin no es para los niños; por eso la teoría evolucionista debiera permanecer dentro de los laboratorios y estudios; y permanecer, como teoría, para aquellas gentes que pueden jugar con ellas por estar entrenadas para el juego —bombas atómicas espirituales que aparentan ser bastante inofensivas, pero que ya han hecho mucho daño a la Cristiandad" (pág. 40).

De paso, Barclay transcribe las palabras del traductor inglés de Marais quien revela un casi probado robo de la idea de aquel autor por parte de Maeterlinck, mucho peor que un plagio; el original estaba en afrikaans o boer, cosa fácil de entender para un flamenco. Se trata de la idea central del "alma" de la colonia, residente en la reina. El belga no cita en su bibliografía a Marais, pero intercala su idea en un capítulo, con todo el aire de un agregado ulterior. Marais era evolucionista aunque no mecanicista; de ahí su noción de un "alma" de la colonia. Veremos qué dice el futuro sobre este asunto de apropiación silenciosa.

Encontramos luego algunos de los temas debatidos durante *el desarrollo de la teoría darwiniana*, las lúcidas objeciones de Mivart, anatomista y zoólogo; el conocido cambio de Carlos Darwin entre la primera concepción que podía admitirse como respetuosa del concepto de creación y luego la aserción cruda de tipo mecanicista (aunque él no era un ateo); y finalmente los continuadores darwinianos, de los cuales, con todo acierto, elige a Julián Huxley, autor de tantos trabajos sobre el tema, donde por ejemplo, se lee que "en vez de *propósito consciente* ahora podemos decir *función adaptada* y la vieja teleología teológica puede ser reemplazada por una pseudo-teleología". Aquel considera que los anti-evolucionistas son sólo finalistas. Sorprende al lector argentino la revelación que la B. B. C. ha rehusado sistemáticamente que nadie exponga argumentos antievolucionistas; rechazó los pedidos de debate; las revistas y diarios (salvo los pocos católicos) jamás publican las cartas o artículos enviados por opositores a las teorías de la evolución. Y a eso también lo llaman libertad de prensa...

Muy significativo es el capítulo sobre "*La Creación*" donde defiende, enseñando, la buena doctrina; el tono usado es el de periodismo y vulgarización, por eso mismo más vastamante eficaz; transcribe un magnífico párrafo de Newton que habla del conocimiento de Dios por medio de las cosas naturales, y hasta le anota como falla el que diga "solamente" por ellas, lo cual excluye la Revelación; admite la acción de las causas segundas; pero, infortunadamente, Barclay se hace un lío con el acto de la Creación, del cual parece negar que sea un milagro, por no hablar derecho viejo de la creación *ex nihilo*, y habla de una cuarta dimensión, no se

(1) "El individualismo y la persona", en CRITERIO, 11 octubre 1951, año 24, nº 1149. Los textos originales de Hans Driesch y W. Wheeler sobre el "Estado" de abejas, etc., los di en resumen en mi artículo de "Signo", tomo I, págs. 246-250, Buenos Aires, 1922.

sabe para qué; y por último dice así: "El (Dios) hizo varios grupos de hombres que también (como antes dijo de los animales fósiles) se extinguieron, sobreviviendo solamente los descendientes de Adán (*Homo sapiens*)". Esto es poligenismo, a saber, un error condenado por la reciente Encíclica *Humani generis*. Aunque en muchos otros puntos el libro esté dentro de la doctrina católica y cite continuamente a autores católicos de estos días, no encuentro en sus páginas una manifestación concreta de fe católica. Sólo se dice de ideas cristianas.

En el capítulo del *hombre y la teoría de la evolución*, Barclay se lanza peligrosamente en el laberinto de las designaciones de hombre-simio y simio-hombre, con la nomenclatura extraordinariamente compleja, no sólo en sí misma, sino porque debe ir acompañada con la clasificación del terreno y por lo tanto del tiempo al cual se atribuye la vida de ese ser, hombre o no, quién lo sabe. Aquí sus argumentos resultan muy flojos porque el tema es para especialistas y no hay dos que estén de acuerdo, y cada pocos años cambian de dictamen. Lo único que se destaca de este galimatías es un concepto bien aprovechado por Barclay: los restos de *Homo sapiens* del tipo moderno son muchísimo más antiguos que se los creyera en los años del furor transformista, más antiguos que muchos de los supuestos predecesores del hombre. En algunos casos son contemporáneos con éstos. Menos satisfactorio es su planteo de la faz teológica, en la cual los legos debieran atenerse a lo explicado por los teólogos, quienes tienen la base segura de un Magisterio sin fallas... ¿Cuándo se les hará entender a los legos que cuando decimos *Homo sapiens* y *Homo neanderthalensis* estamos simplemente usando *designaciones* de restos materiales, anatómicos, para poder distinguirlos, para *saber de qué estamos* hablando?, y *no* estamos diciendo que sean *especies* verdaderas, separadas, no aptas para cruzarse entre ellas, en el caso que sean contemporáneas. Ahí están los hallazgos de Palestina, en Monte Carmelo y Nazaret, que parecen evidenciar un cruzamiento entre ambas "especies" y sin embargo *nomenclatorialmente* se llama *Paleanthropus palestinus*. Se da por entendido que *todos* son seres humanos, tanto como Pascal o como Sarmiento. Así, pues, buscar una explicación de los hallazgos fósiles en una teoría de la existencia de pre-adamitas o de "otros" hombres, etc. etc. y que sólo habría llegado a nosotros la especie del "hombre sabio", bueno, todo eso es mala ciencia y mala teología.

La mente: este es el nuevo campo de exploración acogido entusiastamente por Vera Barclay, y que se siente triunfante con el testimonio del Profesor Hardy, ya mencionado; la telepatía en los animales sería una nueva prueba antidarwiniana. Lo mismo la "percepción que no es por los sentidos", que da por cierta. Y otra vez caemos en el tembladeral de las cuestiones planteadas en dominios distintos, que deben afrontarse por disciplinas diferentes, y advirtamos que algunas carecen de toda disciplina: dice que la idea de una cuarta dimensión "ilumina", y que la prueban la dicha "percepción" y "parece" que también los "milagros cristianos, especialmente aquellos que involucran la materia"; como también los poderes de los místicos tibetanos. Agrega que esa cuarta dimensión ayuda a la gente a aceptar la ideal del alma; lo cual es empedrar con buenas intenciones porque según eso solamente los grandes matemáticos podrían creer en la existencia del alma. Preferimos la fe del carbonero. Pero no, de ninguna manera, que en un libro donde abundan las citas de autores católicos, y de algún tratado tomista, etc. se nos diga que: "En el estado presente de la existencia se requiere el don de la fe para saber algo sobre las almas". Eso es destruir la inteligencia y renegar de la filosofía; como quien dice, quemar la biblioteca de Alejandría por un renunciamiento a pensar.

Pocas líneas después, dice así: "Aparte la fe, la existencia de un alma como la parte más importante del hombre puede ser deducida por la razón..." pero esto no como un retorno a la sana filosofía sino para sostener que se puede "experimentar" (sentir, diríamos nosotros) las almas tan bien como lo hacemos con los cuerpos, y de ahí a entender al hombre "y a los milagros". Como se ve, una tragedia de enredos.

Concluye ese capítulo con una admisión científica de la caída original de la humanidad, que estaría probada, aparte de la revelación, por la observación de la conducta diferente de los animales y el hombre; al progenitor de éste le pasó "algo" que no a los de los otros. Es un argumento de buena voluntad.

El capítulo siguiente, sobre *Darwin como antropólogo* (mejor sería decir etnólogo) y *psicólogo*, es todo un acierto. En ese terreno de la crítica, Barclay va en firme. Comenta las observaciones de su autor durante el viaje del "Beagle" por Tierra del Fuego, tan despreciativas para los indígenas fueguinos, luego aprovechadas en la "Descendencia del hombre", que llegan a decir cómo entre un hombre civilizado y un fueguino había más diferencia que entre un fueguino y una bestia; pues bien, la gigantesca obra del Padre Gusinde y las observaciones del Padre Koppers (2), complementadas por los vocabularios y otras notas del misionero protestante Bridges, demuestran el enorme error; son muy inteligentes, su lenguaje es riquísimo, creen realmente en un ser supremo, tienen religión ritual, etc. Barclay hace amplio uso de esos datos y rebate con gran eficacia la parte psicológica humana de la obra darwiniana. Freud es el tema del siguiente capítulo, que también es acertado, porque se muestra la estricta base darwiniana en las teorías del vienés, hasta un grado de penetración insospechado; señala que Freud se basa en Darwin como en un etnólogo de la más sólida ciencia; pero sucede que Darwin, aparte del episodio fueguino, basaba sus conclusiones sobre el hombre primitivo en sus datos sobre los monos del presente, que nunca había observado, sino que se apoyaba "en lo que un cierto Dr. Savage decía que los nativos le habían dicho". Total, que un moderno, Eugene Marais, después de dos largos años de observación en plena naturaleza de los monos babuinos, dice lo contrario: no hay dominio del macho sobre un grupo de hembras; son estrictamente monógamos. "Así que se desinfla hasta esto: el cuento de que un complejo de Edipo pertenece a la raza humana depende de sucias historias sobre simios contadas por indígenas a viajeros crédulos del último siglo", y pregunta si esto es leal a la humanidad, y a la ciencia de la psicología.

Todo esto lleva a una nueva clasificación de la influencia de Darwin, a una apreciación de su pe-

(2) Creo que fuí el primero en nuestro ambiente en hacer notar el artículo de Koppers en "Etudes" (París, 1922). Véase mi artículo "Sobre un estudio de Darwin por su "Voyage", en "Arx", año I, nº 1, Córdoba, 1924.

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Radiomensaje de S.S. el Papa al XXXV Congreso Eucarístico Internacional

(1 JUNIO 1952)

SEA por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural.

Venerables hermanos y amados hijos, representantes de todo el orbe católico, que en estos momentos clausuráis en Barcelona las grandiosas jornadas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional:

¿Quién hubiera podido pensar, cuando en la tibia primavera de 1938 dirigíamos nuestra palabra, en la tan hermosa como desdichada Budapest, al XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, que en el siguiente íbamos a hacer oír nuestra voz desde esta Sede Apostólica y después de un paréntesis tan largo como doloroso? Cargado estaba el horizonte, y las expresiones que allí se escuchaban eran ya para ponderar lo dichoso que el mundo sería si quisiera seguir las exhortaciones del sucesor de Pedro en favor de la paz.

Pero la voz fué desoída, el turbión descargó con estruendo y con estrago, y hoy, de nuevo, el grito angustioso que escapa de todas las gargantas es el mismo de entonces: la paz.

¡Cuánto se habla hoy de paz y de cuán distinta manera! Para algunos no es más que una formalidad exterior, hecha de palabras, impuesta por una táctica ocasional y constantemente contradicha por sus gestos y sus obras, tan contrarios a todo lo que dicen. Para nosotros, no; para cosotros no hay más que una paz verdadera y posible: la de Aquel cuyo nombre es "Princeps Pacis" (Is. 9, 6) y cuyo reino no consiste en goces terrenales, sino en el triunfo de la justicia y de la paz; "Non est enim regnum Dei esca et potus, sed iustitia et Pax" (Rom., 14, 17), una paz que se deduce como imperativo ineludible de la fraternidad y del amor que brota de lo más profundo de Luestro ser cristiano y que es el supuesto indispensable para otros bienes mayores y de un orden superior.

Os hablamos desde lejos, pero nos parece que os vemos y que nuestro espíritu se regocija al contemplar vuestra asamblea, porque en torno de la Eucaristía todo habla de paz: el ágape fraterno, el ósculo previo y hasta el mismo símbolo de muchos granos de trigo. La paz es unidad; pues ¿dónde ir a buscarla sino en este sacramento "totius eclesiasticae unitatis"? (S. Th. 3, p. q. 83, art. 4, ad 3). Es fruto de la caridad; pues entonces, ¿dónde encontrarla sino en este "Sacramentum charitatis, quasi figurativum et effectivum"? (ib., q. 7, art. 3, ad 6). Y si, como bien sabemos, los enemigos de la paz son la soberbia, la codicia y, en general, las pasiones desordenadas, ¿qué mejor remedio podremos anhelar que esta medicina celestial con la cual crecen la gracia y las virtudes, somos preservados del pecado, se complementa nuestra vida espiritual (ib., q. 79 et passim) y, aumentando en el alma la caridad, son enfrenadas las pasiones? (cfr. Leo XIII, encycl. "Mirae caritatis", die 28 maii 1902. Acta Leonis XIII, vol. 22, 1903, pág. 124).

España ha tenido el alto honor, justo reconocimiento a su catolicismo íntegro, recio, profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna asamblea, que añadirá a sus fastos religiosos una página que ha de contarse entre las más brillantes de su fecunda historia; y en nombre de la vieja madre España, le ha tocado hacer los honores a la espléndida y próspera Barcelona, de la que no querríamos en estos momentos recordar ni la belleza de su situación, ni su clásica hospitalidad, ni su espíritu abierto siempre a todas las iniciativas grandes, sino más bien su tradición eucarística, cifrada en tres nombres: el Santo de la Eucaristía, que fué San Ramón Nonnato; un apóstol de la comunión cotidiana ya en el siglo XIII, que es Santa María de Cervelló, y un alma que subió a todas las alturas de la mística nutriéndose algunas veces tan sólo de Eucaristía, San José Oriol.

España y Barcelona, o mejor dicho el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, pasará al libro de oro de los grandes acontecimientos eucarísticos por su perfecta preparación y organización, por la amplitud y acierto de sus temas de estudio, por la brillantez y riqueza de sus exposiciones y certámenes que lo han adornado, por la imponente concurrencia presente, por el sentido católico que lo ha inspirado, especialmente recordando a los hermanos perseguidos, y por el contenido social que se ha querido dar, tan en consonancia con nuestros deseos. Pero Nos deseamos mucho más: Nos queremos proponerlo al mundo entero, para que al veros tantas naciones, tantas estirpes, tantos ritos —"cor unum et anima una" (Act. 4, 32—, pueda comprender dónde está la fuente de la verdadera paz individual, familiar, social e internacional; Nos esperamos de vosotros mismos que inflamados en este mismo espíritu salgáis de ahí como antorchas encendidas que propaguen por todo el universo tan santo fuego. Nos confiamos que tantas oraciones, tantos sacrificios y tantos deseos no serán inútiles; Nos, reuniendo todas vuestras voces, todos los latidos de vuestros corazones, todas las ansias de vuestras almas, queremos concentrarlo todo en un grito de paz que pueda ser oído por el mundo entero.

¡Oh Jesús amorosísimo, escondido bajo los tenues velos sacramentales; Cordero Divino, perpetuamente inmolado por la paz del mundo: oye finalmente las ardientes plegarias de tu Iglesia, que por boca de su indigno Vicario te pide para el mundo el fuego de la caridad, para que en él

---

iigrosiaad. Porque ese es el darwinismo, no el de la mera teoría de la evolución sino el de la lucha por la existencia, el de la supervivencia del más apto, bajo la cruda, implacable selección natural. Ese pensamiento fué alborozadamente recibido por Carl Marx y ha inficionado todo el socialismo. Por eso no es de extrañarse que en los campamentos rusos soviéticos era obligatoria la enseñanza del darwinismo, que hoy es la ciencia biológica oficial de la U. R. S. S.; y, en el otro extremo, un libro norteamericano, típico entre otros, pide otra concepción de Dios, no ya la "europea" de un hombre que es nada y un Dios omnipotente, sino de una religión "que no esté basada en la sumisión".

Vera Barclay tiene razón. Este darwinismo agresivo, desbordado de la ciencia que le dió origen, "no es para los niños". ◆

se enciendan la unión y la concordia y al calor de éstas florezca en nuestra tierra árida y desolada el blanco lirio de la paz!

Que la unción de tu gracia —bálsamo escondido, fármaco suavísimo— sane en las almas las desgarraduras producidas por el odio, para que todos se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre, que se nutren en una misma mesa con manjar celestial.

Que tus palabras de paz, que el amor que siempre rebosa de tu Corazón inspiren a los regidores de las naciones, a fin de que sepan conducir a los pueblos que tú les has confiado por los caminos de la auténtica fraternidad, base indispensable de toda felicidad y todo progreso.

Hágalo así esa "Moreneta" de Montserrat, Patrona del Congreso y Madre de Cataluña, a la que desde aquí nos parece ver en su nido de águilas volviendo sus ojos maternales hacia vosotros y bendiciéndoos con todo amor; háganlo San Pascual Bailón y todos vuestros santos y ángeles protectores, mientras que Nos, rebosando de gozo por haber podido ver en tan calamitosos tiempos un espectáculo tan hermoso como el que habéis ofrecido, os bendecimos a todos: a nuestro dignísimo Legado, a nuestros hermanos en el Episcopado, con su clero y pueblo; a todas las autoridades presentes, a cuantos han colaborado generosamente en la preparación y organización del Congreso, a cuantos en este acto final de tan solemne asamblea y fuera de él oyen nuestra voz; a la ciudad condal, a España y al mundo entero, cuyas ansias pacíficas hallan siempre completa correspondencia en nuestro corazón de padre.

Radiomensaje del Sumo Pontífice sobre la conciencia cristiana como objeto de la educación

(23 de marzo de 1952)

La familia es la cuna donde nace y se desarrolla una nueva vida, la cual, para no perecer, necesita cuidados y educación; éste es el derecho y el deber fundamental dado e impuesto inmediatamente por Dios a los padres.

Cometido y fin de la educación en el orden natural es el desarrollo del niño para llegar a ser un hombre completo; es cometido y fin de la educación cristiana la formación del nuevo ser humano, renacido en el bautismo, con objeto de que sea perfecto cristiano.

Esta obligación, que fué siempre usanza y timbre de gloria de las familias cristianas, está solemnemente sancionada en el canon 1.113 del Código de Derecho Canónico, que dice así: "Parentes gravissima obligatione tenentur prolis educationem tum religiosam et moralem, tum physicam et civilem pro viribus curandi, et etiam temporali eorum bono providendi". (Los padres tienen obligación gravísima de procurar con todo empeño la educación de sus hijos, tanto la religiosa y moral como la física y civil, y de proveer también a su bien temporal).

Las cuestiones más urgentes de tema tan vasto han sido tratadas ya en distintas ocasiones por nuestros predecesores y por Nos mismo. Por tanto, no intentamos ahora repetir lo que ya está ampliamente expuesto, sino más bien reclamar la atención hacia un elemento que, a pesar de ser la base y el punto de apoyo de la educación, especialmente de la cristiana, parece, sin embargo, a algunos, a primera vista, como extraño a ella.

Deseamos, pues, hablar de aquello que hay de más profundo e íntimo en el hombre: su propia conciencia. Nos ha inducido a ello el hecho de que algunas corrientes del pensamiento moderno comienzan a tergiversar su verdadero concepto y a impugnar su valor. Trataremos, por consiguiente, de la conciencia como objeto de la educación.

La conciencia es como el núcleo más íntimo y secreto del hombre. Allá dentro se refugia con sus facultades espirituales en absoluta soledad: solo consigo mismo, o, mejor, solo con Dios —de cuya voz la conciencia es un eco— y consigo mismo. Allí dentro se determina por el bien o por el mal; allí dentro escoge entre el camino de la victoria o el de la derrota. Aunque alguna vez quisiese, jamás lograría el hombre quitársela de encima; en su compañía, ora apruebe ora desapruebe, recorrerá todo el camino de su vida, y siempre con ella, como testigo veraz e insobornable, se presentará al juicio de Dios. La conciencia es, por tanto, para expresarla con una imagen tan antigua como bella, un "aditon", un santuario ante cuyo umbral todos deben detenerse, incluso el padre y la madre, cuando se trate de un niño. Sólo el sacerdote tiene allí acceso como médico de las almas y como ministro del sacramento de la penitencia; pero ni aun por eso deja la conciencia de ser un santuario reservado del cual Dios mismo quiere que esté guardado el secreto con el sigilo del más sagrado silencio.

¿En qué sentido, pues, se puede hablar de la educación de la conciencia?

ESENCIA DE LA CONCIENCIA CRISTIANA

Es menester partir de algunos conceptos fundamentales de la doctrina católica para comprender debidamente que la conciencia puede y debe ser educada.

El Salvador divino ha traído al hombre ignorante y débil su verdad y su gracia: la verdad, para indicarle el camino que lo conduce a su fin; la gracia, para darle la fuerza de poderlo alcanzar.

Recorrer este camino significa prácticamente aceptar la voluntad y los mandamientos de Cristo y conformar a ellos la vida, es decir, cada uno de los actos internos y externos que la libre voluntad humana escoge y determina. Ahora bien, ¿cuál es la facultad espiritual que en cada caso particular orienta a la voluntad misma para que ella escoja y determine los actos que son conformes al querer divino, sino la conciencia? Ella es, por tanto, eco fiel, nítido reflejo de la norma divina de las acciones humanas. Y así, expresiones como éstas: "el dictamen de la conciencia cristiana", o esta otra: "juzgar según la conciencia cristiana" tienen este significado: la norma de la decisión última y personal para una acción moral está tomada de la palabra y de la voluntad de Cristo. El es, en efecto, camino, verdad y vida, no sólo para todos los hombres tomados en conjunto, sino también para cada uno de ellos en particular (cfr. Io. 14, 6); lo es para el hombre maduro y lo es para el niño y para el joven.

De aquí se sigue que formar la conciencia cristiana de un niño o de un joven consiste ante todo en instruir su inteligencia acerca de la voluntad de Cristo, su ley, su camino, y, además, en obrar sobre su alma, en cuanto puede hacerse desde fuera, con el fin de inducirlo al libre y constante cumplimiento de la divina voluntad. Este es el deber primordial de la educación.

Mas ¿dónde podrán encontrar el educador y el educando, concretamente y con facilidad y certeza, la ley moral cristiana? En la ley del Creador, impresa en el corazón de cada uno (cfr. Rom. 2, 14-16), y en la revelación; es decir, en el conjunto de verdades y de preceptos enseñados por el divino Maestro. Ambas, lo mismo la ley escrita en el corazón que es la ley natural, que las verdades y preceptos de la revelación sobrenatural, las ha dejado Jesús Redentor, como tesoro moral de la humanidad, en las manos de su Iglesia, para que ella las predique a todas las gentes, las explique y las transmita intactas y libres de toda contaminación y error, de generación en generación.

ERRORES EN LA FORMACION Y EDUCACION DE LA CONCIENCIA CRISTIANA

Contra esta doctrina, por largos siglos no impugnada, surgen al presente dificultades y objeciones que es preciso aclarar.

Lo mismo de la doctrina dogmática que de la ordenación moral católica se querría hacer una revisión casi radical para deducir de ella una nueva determinación de valores.

El primer paso o, por mejor decir, el primer golpe al edificio de las normas morales cristianas debería ser el de separarlas —como se pretende— de la vigilancia estrecha y oprimente de la autoridad de la Iglesia, de modo que, liberada de la sutileza sofística del método casuístico, la moral vuelva nuevamente a sus moldes primitivos y se remita sencillamente a la inteligencia y a la determinación de la conciencia individual.

Todo el mundo ve a qué consecuencias tan funestas conduciría semejante trastorno de los fundamentos mismos de la educación.

Omitiendo el subrayar la manifiesta ignorancia y falta de madurez de juicio del que sostiene semejantes opiniones, será conveniente poner en evidencia el error central de esta "nueva moral". Ella, al remitir todo criterio ético a la conciencia individual, celosamente cerrada en sí misma y hecha árbitro absoluto de sus determinaciones, lejos de facilitarle su cometido, la desviaría del camino real que es Cristo.

El divino Redentor ha confiado su revelación, de la cual forman parte esencial las obligaciones morales, no directamente a los hombres en particular, sino a su Iglesia, a la cual ha encomendado la misión de conducirlos a que abracen con fidelidad aquel santo tesoro.

Del mismo modo, la divina asistencia ordenada a preservar la revelación de errores y deformaciones fué prometida a la Iglesia y no a los individuos. Sabia providencia también ésta, con la cual la Iglesia, organismo viviente, puede así, con seguridad y agilidad, lo mismo aclarar y profundizar las verdades, aun morales, que aplicarlas, manteniendo intacta su sustancia a las condi-

ciones variables de los lugares y de los tiempos. Mírese, por ejemplo, a la doctrina social de la Iglesia, que, nacida para responder a necesidades nuevas, no es en el fondo más que la aplicación de la perenne moral cristiana a las presentes circunstancias económicas y sociales.

¿Cómo es posible, pues, conciliar la providente disposición del Salvador, que encomendó a la Iglesia la tutela del patrimonio moral cristiano, con una tal autonomía individualista de la conciencia?

Arrancada ésta de su clima natural no puede producir más que frutos venenosos, que se reconocerán como tales con sólo compararlos con algunas características de la tradicional conducta y perfección cristiana, cuya excelencia está probada por las incomparables obras de los santos.

La "moral nueva" afirma que la Iglesia, en vez de fomentar la ley de la libertad humana y del amor e insistir en ellos como digna propulsora de la vida moral, se apoya, al contrario, casi exclusivamente y con excesiva rigidez, sobre la firmeza y la intransigencia de las leyes morales cristianas, recurriendo a menudo a aquel "tenéis obligación", "no es lícito", que saben demasiado a envilecedora pedantería.

LOS PRECEPTOS MORALES DE LA IGLESIA PARA LA EDUCACION DE LA CONCIENCIA

La Iglesia, en cambio, quiere —y lo manifiesta expresamente cuando se trata de formar las conciencias— que el cristiano sea instruído en las riquezas infinitas de la fe y de la gracia de un modo tan persuasivo que se sienta inclinado a penetrar en ellas profundamente.

La Iglesia, sin embargo, no puede abstenerse de advertir a los fieles que estas riquezas no se pueden adquirir ni conservar sino a costa de determinados deberes morales. Lo contrario terminaría por hacer olvidar un principio fundamental sobre el cual insistió siempre Jesús, su Señor y Maestro. El, en efecto, enseñó que para entrar en el reino de los cielos no basta decir "Señor, Señor", sino que ha de cumplirse la voluntad del Padre celestial (cfr. Mat. 7, 21). El habló de la "puerta estrecha" y del "camino angosto" que conduce a la vida (cfr. Mat. 7, 13-14), y añadió: "Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no lo lograrán" (Luc. 13, 24). El puso como piedra de toque y señal distintiva del amor hacia sí mismo, Cristo, la observancia de los mandamientos (Jo. 14, 21-24). De un modo parecido, al joven rico que le interroga, le responde: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Y a la nueva pregunta "¿Cuáles?", responde: "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falsos testimonios, honra al padre y a la madre y ama al prójimo como ti mismo". El puso como condición al que quiera imitarle la renuncia de sí mismo y que tome su cruz de cada día (cfr. Luc. 9, 23). El exige que el hombre esté pronto a dejar por El y por su causa cuanto tiene de más querido, como el padre, la madre, los mismos hijos y hasta el mayor de los bienes, la propia vida (cfr. Mat. 10, 37-39). Y por eso añade: "A vosotros, mis amigos, os digo: no temáis a los que matan al cuerpo y después no tienen ya más que hacer. Yo os diré a quién habéis de temer: temed al que después de haber dado la muerte tiene poder para echar al infierno" (Luc. 12, 4-5).

Así hablaba Jesucristo, el divino Pedagogo, que sabe ciertamente mejor que los hombres penetrar en las almas y atraerlas a su amor con las infinitas perfecciones de su corazón, **bonitate et amore plenum** (let. del Sagrado Corazón de Jesús).

¿Y predicó, acaso, de otro modo San Pablo, el Apóstol de las Gentes? Con su vehemente acento de persuasión, descubriendo el místico atractivo del mundo sobrenatural, ha manifestado la grandeza y el esplendor de la fe cristiana, las riquezas, el poder, la bendición, la felicidad encerradas en ella, ofreciéndola a las almas como objeto digno de la libertad del cristiano y meta ineludible de puros impulsos de amor.

Pero no es menos verdad que son igualmente suyas las amonestaciones como ésta: "Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación" (Fil. 2, 12), y que de su misma pluma han brotado otros preceptos morales destinados a todos los fieles, bien sean de una común inteligencia o almas de elevada sensibilidad. Tomando, por consiguiente, como estricta norma las palabras de Cristo y del Apóstol, ¿no se debería tal vez decir que la Iglesia de hoy está inclinada más bien a la condescendencia que a la severidad? De esta manera, la acusación de oprimente dureza lanzada por la "nueva moral" contra la Iglesia va a herir en primer lugar a la misma adorable persona de Cristo.

Conscientes, por lo tanto, del derecho y de la obligación de la Sede Apostólica de intervenir, cuando sea necesario, autoritativamente en las cuestiones morales, Nos en el discurso del 29 de octubre del pasado año nos propusimos iluminar las conciencias en lo referente a los problemas de la vida conyugal. Con la misma autoridad

declaramos hoy a los educadores y a la misma juventud: el mandamiento divino de la pureza del alma y del cuerpo vale también sin disminución para la juventud de hoy. Ella del mismo modo tiene la obligación moral y, con la ayuda de la gracia, la posibilidad de conservarse pura. Rechazamos, por consiguiente, como errónea la afirmación de aquellos que consideran inevitables las caídas en los años de la pubertad, las cuales no merecerían así que se haga gran caso de ellas, como si no fueran culpas graves, porque ordinariamente, añaden ellos, la pasión quita la libertad necesaria para que un acto sea imputable moralmente.

Por el contrario, es una norma obligatoria y sabia que el educador, aun sin dejar de presentar a los jóvenes los nobles méritos de la pureza, de manera que los convenza a amarla y desearla por sí misma, les inculque, sin embargo, claramente el mandamiento como tal, en toda su gravedad y seriedad de precepto divino. El estimulará así a los jóvenes a evitar las ocasiones próximas, los fortalecerá en la lucha, cuya dureza no les ocultará, los inducirá a afrontar valerosamente aquellos sacrificios que la virtud exige y los exhortará a perseverar y a no caer en el peligro de dejar las armas desde el principio y sucumbir sin resistencia a los perversos hábitos.

Más aún que en el campo de la conducta privada, hay hoy muchos que querrían excluir el dominio de la ley moral de la vida pública, económica y social, de la acción de los poderes públicos en el interior y en el exterior, en la paz y en la guerra, como si aquí no tuviese Dios nada que decir, al menos en sentido definitivo.

La emancipación de las actividades humanas externas, como las ciencias, la política, el arte, de la moral, viene motivada a veces, bajo el aspecto filosófico, por la autonomía que les compete, en su campo, de gobernarse exclusivamente según leyes propias, aunque se admita que éstas coincidan ordinariamente con las morales. Y se pone como ejemplo el arte, al que se niega no sólo toda dependencia, sino también cualquier relación con la moral, diciendo: el arte es sólo arte, y no moral ni otra cosa, y se ha de regir, por consiguiente, por las leyes de la estética únicamente, las cuales, por lo demás, si son verdaderamente tales, no se adaptarán a servir a la concupiscencia. De un modo semejante se discurre en la política y en la economía, que no tienen necesidad de tomar consejo de otras ciencias y, por consiguiente, ni de la ética, sino que, guiadas por sus verdaderas leyes, son por esto mismo buenas y justas.

Como se ve, es un modo sutil de substraer las conciencias al imperio de las leyes morales. En verdad, no se puede negar que tales autonomías son justas en cuanto manifiestan el método propio de cada actividad y los límites que separan sus diversas formas en el aspecto teórico; pero la separación de método no debe significar que el científico, el artista, el político está libre de cuidados morales en el ejercicio de sus actividades, especialmente si éstas tienen inmediatos reflejos en el campo ético, como el arte, la política, la economía.

La separación neta y teórica no tiene sentido en la vida, que es siempre una síntesis, ya que el sujeto de toda especie de actividad es el mismo hombre cuyos actos libres y conscientes no pueden escapar a la valoración moral. Continuando a observar el problema con mirada amplia y práctica, que se echa de menos a veces en los filósofos aun insignes, tales distinciones y autonomías están dirigidas por la naturaleza humana caída para representar como leyes del arte, de la política o de la economía aquello que en cambio resulta cómodo a la concupiscencia, al egoísmo y a la codicia. De este modo, la autonomía teórica de la moral se convierte en rebelión práctica a la moral misma, y se rompe también aquella armonía connatural en las ciencias y en las artes, que los filósofos de aquella escuela sutilmente encuentran, pero que llaman casual, mientras que, en cambio, es esencial, si se la mira por parte del sujeto, que es el hombre, y de su Creador, que es Dios.

Por esto, nuestros predecesores y Nos mismo, en el desorden de la guerra y en las turbulentas alternativas que le sucedieron, no hemos cesado de insistir sobre el principio de que el orden establecido por Dios abraza la vida entera, sin excluir la vida pública, en cada una de sus manifestaciones, persuadidos de que en esto no hay ninguna restricción de la verdadera libertad humana ni intromisión ninguna en la competencia del Estado, sino una seguridad contra errores y abusos de los que la moral cristiana, si se aplica rectamente, puede proteger. Estas verdades deben ser enseñadas a los jóvenes e inculcadas en sus conciencias por quien en la familia o en la escuela tiene la obligación de atender a su educación, dpositando así la semilla de un porvenir mejor.

He aquí cuanto deseábamos deciros hoy, queridos hijos e hijas que nos escucháis, y en el decirlo no hemos ocultado el ansia que nos oprime el corazón por este formidable problema que toca el presente y el porvenir del mundo y el eterno destino de tantas almas. ¡Cuánto consuelo nos daría la certeza de que vosotros compartís esta nuestra ansia por la educación cristiana de la juventud! Educad las conciencias de vuestros hijos con tenaz y perseverante cuidado. Educadlos en el temor y en el amor de Dios. Educadlos en la veracidad. Pero sed veraces primeramente vosotros mismos y desterrad de la obra educativa todo lo que no es claro ni verdadero. Imprimid en las conciencias de los jóvenes el genuino concepto de la libertad, de la verdadera libertad, digna de una criatura hecha a imagen de Dios. Es cosa muy distinta de la disolución y el desenfreno; es, en cambio, probada idoneidad para el bien; es aquel resolverse por sí misma a quererlo y a cumplirlo (cfr. Gal. 5, 13); es el dominio sobre las propias facultades, sobre los instintos, sobre los acontecimientos. Educadlos en la oración y preparadlos a sacar de las fuentes de la penitencia y de la santísima Eucaristía lo que la naturaleza no puede dar: la fuerza para no caer, la fuerza para levantarse. Sientan ya desde jóvenes que sin la ayuda de estas energías sobrenaturales ellos no conseguirían ser ni buenos cristianos ni simplemente hombres honestos, los cuales tengan como herencia un vivir sereno. Pero preparados de esta forma podrán aspirar también a lo mejor, esto es, podrán darse a aquel grande empleo de sí mismos, cuyo cumplimiento será su gloria: actuar Cristo en su vida.

Para conseguir este objetivo Nos exhortamos a todos nuestros hijos e hijas de la grande familia humana a estar estrechamente unidos entre sí: unidos para la defensa de la verdad, para la difusión del reino de Cristo sobre la tierra. Destiérrese toda división, aléjese cualquier disensión; se sacrifique generosamente —cueste lo que cueste— a este bien superior, a este supremo ideal, toda mira particular, toda preferencia subjetiva: "si una

ENTREVISTAS

Bruce Marshall y los novelistas católicos

Por J. B. PENCO

Milán

DE paso para Roma en donde, entre otras cosas, debía ser recibido por el Santo Padre, ha estado por breve tiempo, aquí en Milán, el conocido novelista inglés Bruce Marshall. Invitado por la Universidad Católica del Sagrado Corazón a dar una conferencia sobre la novela católica, he tenido la oportunidad de hablar personalmente con él, en los minutos que precedieron a su disertación.

Sus libros, traducidos ya a los principales idiomas europeos, han suscitado gran interés y sincera admiración. Prueba de esto era el gran número de periodistas que lo asediaron juntamente con su editor italiano, Leo Longanesi, y una fila de admiradores y admiradoras que insistentemente solicitaban un autógrafo como recuerdo; sin contar el numeroso público de personalidades, profesores, estudiantes, etc. que llenaban la sala.

Conocido personalmente Bruce Marshall, con su amplia y acogedora sonrisa, su infaltable bastón que lo ayuda a suplir su pierna mutilada (trae el recuerdo del inolvidable abbé Gastón de "**Every Man a penny**") con sus humorísticas respuestas, no deja de atraer menos que sus novelas y de confirmarnos la sinceridad de su arte y del espíritu apostólico que informa todos sus escritos.

A su lado estaba su esposa que, cual solícita compañera, prestaba a su esposo su hombro como apoyo, para ayudarlo a subir la gran escalinata de la Universidad. Ella se sintió muy contenta al encontrar una persona con la cual poder hablar en inglés, mientras su marido se expresaba en un buen italiano, a pesar de las infiltraciones de origen español, idioma éste que aprendió durante su estada en Barcelona.

El italiano lo aprendió en Milán, en donde trabajó algunos años en el barrio industrial de Bovisa, como inspector-contador de una gran firma americana.

Esto tuvo lugar después de la primera guerra mundial en la cual combatió en calidad de teniente del ejército inglés y en la que perdió su pierna derecha, en los campos de batalla de Bélgica —ya casi a la víspera del armisticio— el 5 de noviembre de 1918. En la ultima guerra no dejó de prestar su colaboración como coronel del Estado Mayor inglés.

Mientras esperaba la hora de iniciar la conferencia y después de intercambiar los saludos de práctica, hice mención, para monopolizar su atención por algunos minutos, por lo menos, del derecho que podía hacer derivar por haber escrito sobre sus novelas en CRITERIO y "Señales" de Buenos Aires.

Bruce Marshall, me resumió su historia en pocas palabras. Nacido en Edimburgo (Escocia) —hace cincuenta años— en una familia acomodada y temerosa de Dios, pero de religión protestante, tuvo desde joven una gran pasión por los números, tanto es así que aprendió a hacer cuentas antes que a escribir. Pero a medida que maduraba su mente, fué persuadiéndose de que en la matemática del espíritu existen otras cuentas que no siempre salen bien. Se sintió por tal cosa impulsado a hacerse pastor. Pero esta idea no lograba satisfacerlo completamente. Encontraba que en la iglesia protestante algo faltaba: la unidad y la base segura sobre la cual construir y medir la verdad y el error. Leyendo libros católicos y especialmente las páginas de R. H. Benson, tercer hijo del arzobispo anglicano de Canterbury, también convertido al catolicismo, Marshall toma —a 18 años— la heroica decisión de entrar en la Iglesia Católica.

Juntamente con la pasión por los números poseía la de escribir, así no obstante el paréntesis impuesto por

---

mala codicia otra cosa os sugiere", vuestra conciencia cristiana venza cualquier prueba, de manera que el enemigo de Dios "entre vosotros de vosotros no se ría" (Par. 5, 79, 81). El vigor de la educación sana se revele en toda su fecundidad en todos los pueblos, los cuales tiemblan por el porvenir de su juventud. Así el Señor derramará sobre vosotros y sobre vuestras familias la abundancia de sus gracias, en prenda de las cuales os impartimos con paternal afecto la bendición apostólica.

JULIAN MARIAS en Buenos Aires

A fines de setiembre del corriente año vendrá por vez primera a Buenos Aires, el filósofo español Julián Marías, quien con Ortega y Zubiri, entre otros, figura entre los de mayor prestigio e interés universal en el presente.

Durante su estada, a más de varias conferencias, tendrá a su cargo un Curso continuado y completo sobre la Filosofía Actual, a desarrollar en 8 clases consecutivas, cuyo temario se detalla a continuación. Dicho Curso permitirá un contacto íntimo y suficientemente prolongado como para conocer de manera más viva e intensa el pensamiento del filósofo y sus posiciones para la discusión y el diálogo.

CURSO sobre CUENTA Y RAZON DE LA FILOSOFIA ACTUAL con los auspicios de CRITERIO y del Centro de Estudios Religiosos

1. La figura de la filosofía al mediar el siglo XX.
2. La aventura fenomenológica y sus sorpresas.
3. Analítica existencial y ontología fenomenológica (Heidegger). El existencialismo de la primera generación. (Jaspers, Marcel, etc.).
4. Conciencia y vida humana: de la mera teoría a la realidad radical Literatura y filosofía existencial: Unamuno, Marcel, Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, etc.
5. El ser del hombre: la pregunta y las respuestas.
6. Situaciones extremas y cuestiones últimas: horizonte y sentido de la vida humana. La muerte como tema filosófico. La pregunta por el fundamento: ateísmo y teísmo.
7. La razón y sus adjetivos. La historia de la razón. Los problemas de la lógica.
8. Teoría analítica y razón narrativa: teoría general de la vida, estructura empírica, novela, drama, historia La historización del conocimiento. Tradición e innovación. El horizonte de la filosofía actual.

El lugar y fecha exactos en que tendrá lugar el Curso de Julián Marías será dado a conocer oportunamente. Mas los intelectuales interesados en seguirlo podrán reservar desde ya su entrada o abono en Alsina 840, 1er. piso o en Avda. Alvear 1640 (T. E. 41-0426) de 14 a 16 hs., pues será limitado el número de oyentes.

Abonos $ 80 el curso completo. (Basta el pago de una seña de $ 30; lo restante, al iniciarse el Curso). Entrada $ 15 por clase.

Cuota especial para personas o instituciones culturales que deseen propiciar el Curso: mínimo, $ 150.

la guerra, primero y por su trabajo administrativo en Italia, después comenzó a los 17 años a editar —con el dinero de su padre— el primer libro de cuentos al cual siguieron sus primeras novelas, las cuales no tuvieron inmediatamente una buena acogida.

Mientras tanto se había casado. Su esposa, mujer comprensiva e inteligente, lo alentó en su trabajo de escritor y se convirtió en la infatigable compañera de sus viajes. Tienen una hija de casi veinte años, estudiante en Oxford pero que vive habitualmente en París o en la Costa Azul en el Cap d'Antibes.

Le manifesté luego mi deseo de conocer en particular cuál era su concepto del escritor y de la novela católica, tema también de su conferencia.

—Sería mejor que se lo dijese en inglés —observó la señora interviniendo—, no se puede imaginar el temor que experimentó pensando que va a hablar en italiano, mientras habla tan bien su propio idioma, como cuando escribe...

—Si lo prefiere hablaré también en español —agregó Marshall en seguida—. Lo importante es la idea y no el idioma en la cual nos expresamos. Pero lo grave del caso es que no sé si podré darle un concepto ortodoxo del asunto o una serie de herejías...

—¿Por qué herejías? —le pregunté—. ¿Sus libros no son ya una garantía que Ud. es un católico ortodoxo?

—En realidad no todos, y especialmente los sacerdotes, son de su opinión. Pero dejémoslo de lado; para limitarnos a los laicos le citaré el caso de una lectora de Boston, la cual, cuando apareció **"El Mundo, la carne y el P. Smith"**, me sugirió cambiarle el título por el de **"El Polo, la tierra y la hermana Marshall"**. Y un amigo de Glasgow, leyendo: **"El milagro del P. Malaquías"** en el cual había escrito: "Dedico a mi señora estos pensamientos, así como se me presentaron en un ómnibus", me hizo esta recomendación: "Por favor, si éstos son los pensamientos que te vienen en ómnibus es mejor que en lo sucesivo vayas siempre a pie!".

—Me parece —agregué yo— se trata de excepciones, en relación con los innumerables comentarios favorables y sus muchos admiradores, una parte hoy reunidos aquí para escucharlo y pedirle autógrafos y dedicatorias.

—¡Oh! yo no me lamento, no he creído jamás ser un gran escritor, como A. Manzoni por ejemplo, para poder contar con la aprobación unánime. La crítica me muestra que mis novelas son leídas y discutidas y esto me consuela porque cuando publiqué **"El mundo, la carne y el P. Smith"** creía no poder vender más de dos ejemplares, comprendido el que yo mismo habría adquirido...

—Vamos al grano —continué yo— ¿dígame cómo concibe Ud. el escritor católico?

—Para responder debo pedirle el permiso de decir alguna herejía por lo menos. Le explico enseguida qué es lo que quiero decir: cuando era joven y apuesto —o al menos creía serlo— intervine en Oxford en un congreso de estudiantes católicos y un sacerdote muy grave y muy docto, antes de hablar nos pidió el permiso de decir 7 herejías por lo menos. Y era sacerdote y docto, mientras yo soy laico y no docto. Entonces nadie se puede maravillar si pido permiso para decir 18 herejías como mínimo!!

Como puede verse, el escritor humorista no se desmiente, ni aun cuando habla privadamente.

Díjele por lo tanto: "Hable, hable con toda libertad y veremos si se trata exactamente de una herejía".

—Ante todo, como buenos escolásticos, tratemos de definir bien lo que significa **novela** y con precisión **novela católica**. Una primera hipótesis podría ser la de llamar **novela católica** cualquier escrito de un católico. Pero entonces, aun el **Mein Kamf**, de aquel católico romano que fué Adolfo Hitler, podría ser libro católico, mientras me parece que muchas de sus ideas eran otra cosa que católicas! Una segunda hipótesis podría hacernos denominar "novela católica" cualquier obra escrita por personas católicas sobre argumentos católicos, pero en este sentido, los libros sobre Lourdes y Roma de Emilio Zola no me parecen propiamente novelas católicas.

No queda más que una tercera hipótesis: cualquiera que sea la religión del autor, la novela puede ser escrita **por un hombre pleno de fe**, el cual mira todas las cosas "sub specie aeternitatis". En tal caso aun un libro escrito por un hebreo, como F. Werfell —"Bernardette" por ejemplo— puede decirse verdaderamente católico o por lo menos escrito por un alma naturalmente cristiana, como existen tantas aun fuera de la Iglesia Católica.

—Hasta aquí me parece que no ha formulado ninguna herejía.

—Entonces tomaré aliento y trataré de decir alguna otra... — continuó B. Marshall. Mirar todas las cosas, cada acontecimiento a la luz de la gracia y de la fe no significa que el escritor deba tratar sólo argumentos sacros. Puede hablar de cualquier tema profano, incluso del pecado, siempre que el novelista que quiere ser católico, lo haga sin complacencias y sin aprobaciones para el mismo. R. H. Benson, por ejemplo, que tanta parte tuvo en mi conversión, en su obra "La cosecha" describe un católico, propietario de tierras y su modo de ver las cosas antes y después de morir, ya que por un singular privilegio pudo retornar nuevamente a la tierra y a su establecimiento de campo. Ahora bien, después que su alma se unió nuevamente a su cuerpo no miraba su dinero y su tierra con los mismos ojos de antes, a pesar de estar al frente de sus cosas; tanto que comenzó a considerar como una cosa muy útil el construir conventos para las monjas que rezarían por él. El escritor católico debería imitar a este propietario. Así conciben, por ejemplo, su misión, novelistas como León Bloy, F. Mauriac, dos verdaderos escritores católicos, lo mismo Maritain y, limitándome a mis colegas ingleses: Graham Green y Eveline Waugh. También ellos tratan argumentos mundanos y delicados, pero lo hacen "sub specie aeternitatis". En "La Roca de Brigton" por ejemplo, no se habla más que de ladrones y del bajo fondo, pero el jefe de la banda y su amante son católicos y sienten gran remordimiento por sus pecados. Así también, la escena, en la cual Eveline Waugh describe al apóstata moribundo que se reconcilia con la Iglesia, es digna de las mejores páginas apologéticas de un Mauriac! En cambio no logro encontrar un escritor católico en Cronin: cuando leí **"Las Llaves del Reino"**; el P. Chislon me pareció un sacerdote amante del prójimo pero no me pareció amante de Dios en igual medida. Por eso me decidí a escribir **"El mundo, la carne y el P. Smith"** o sea la historia de un sacerdote que ama a Dios tanto cuanto a su prójimo. ¿No sé si me he explicado bien?

—Maravillosamente. Y ahora Mr. Marshall tenga la bondad de satisfacer algunas de mis curiosidades. ¿Podría decirme cuáles son sus gustos, qué cosa prefiere?

—Amo muchísimo la liturgia y por eso me encuentro tan bien en Roma y estoy muy satisfecho de haber podido acercarme aquí en Milán al Cardenal Schuster, gran liturgista y de haber tenido la oportunidad de asistir en el Duomo a un pontifical en rito ambrosiano.

Prefiero escribir a mano, con la estilográfica y no con la máquina y si fuese dictador suprimiría la radio. Me agrada leer los periódicos, pero no me interesa su fecha y me divierto especialmente leyendo los avisos económicos. Me gustan los gatos a los cuales dedico una media hora cada día; aprecio a mis editores y como prueba de reconocimiento les he dado sus nombres a los tres gatos que poseo. Prefiero vivir en el continente donde me resulta más fácil escribir que en una isla como Inglaterra.

—Otra pregunta Sr. Marshall. ¿Después de **"Danubio Rojo"** ha escrito algún otro libro?

—Sí, he escrito **"Conejo Blanco"**. Es la biografía de un agente secreto y acabo de escribir **"La bella esposa"**, novela cuyo argumento se desenvuelve durante la guerra civil española, y que será publicada próximamente en América y en Inglaterra. La trama es la siguiente: un sacerdote abandona la fe católica porque cree que los comunistas tienen razón; porque tiene miedo; porque se ha escandalizado de los malos ejemplos de los católicos tibios. Pero, visto lo que hacen los comunistas y lo que los sacerdotes católicos han sufrido, retorna a la fe y busca el martirio. Su condena está en no hallarlo. En este libro he sido sincero. Tal vez seré criticado, pero no tengo miedo.

—¿Piensa escribir otras obras?

—Sí, la vida de un soldado escocés desde 1917 a 1952 y la vida de un contador de París. No serán sin embargo autobiografías: mi historia no tiene importancia.

—Y ahora una última aclaración. ¿Podría decirme Sr. Marshall cuál es la razón que lo impulsó a crear personajes tales como el P. Smith, el P. Malaquías o el abate Gastón?

—No tengo más que repetir cuanto he escrito. Tengo una idea y es ésta: **"en el mundo existen tantos santos que tienden invisiblemente a la virtud, cuanto pecadores que trabajan por el vicio. Los primeros deberían ocupar la atención del escritor al menos cuanto lo hacen los otros..."**.

—Tantos - cuántos!.. he aquí una ecuación: ¿reminiscencias del antiguo Inspector de contabilidad?..

Es ésta la magnífica tarea del escritor católico, el cual

DOCUMENTOS

UN CASO ILUSTRATIVO de la doctrina de la Iglesia sobre las relaciones entre la JERARQUIA y el PODER ESTABLECIDO*

"Ante el nuevo gobierno del Estado francés ¿cuál podrá ser la actitud de la Iglesia?
Tres soluciones posibles se presentaban espontáneamente al espíritu: **ignorar** al Estado, **enfeudarse a él o combatirlo**".

MONS. GUERRY

(Continuación del Nº 1168)

Caracteres generales de la acción de la Jerarquía en Francia bajo la ocupación: Su unidad, eficacia y nobleza

I

UNIDAD

EN el artículo, del que habláramos en el parágrafo precedente, publicado por la revista **La France Intérieure**, al día siguiente de la liberación(sobre "La Iglesia de Francia en las circunstancias actuales" —artículo que abrió la campaña contra el Episcopado—, el autor bajo la firma "un religioso", junto con un cierto número de errores, reprochaba a la Iglesia de Francia el haber "carecido de unidad".

Lo cierto es que la unidad de la Iglesia en Francia fué gravemente amenazada. Durante dos años, Francia fué dividida en dos zonas, con dos regímenes de vida muy diferentes. No solamente eran difíciles las comunicaciones de una a otra, sino prácticamente imposibles, al menos para el paso de documentos importantes y secretos; tampoco existía alguna seguridad para la correspondencia o las relaciones telefónicas.

A pesar de esos obstáculos muy reales, es notable la comprobación de que sobre los problemas esenciales, la unidad de acción ha sido salvada en su conjunto. Ciertamente, como lo hemos ya destacado, cada Obispo era dueño de sus decisiones y, de hecho, algunos tomaron, en tal o cual circunstancia, actitudes personales, diferentes de las de sus colegas, actitudes que, por otra parte, se explican perfectamente por las diferencias locales, sin contar los casos en los cuales cada Obispo debía intervenir personalmente y solo porque era en su propia diócesis que se planteaba un problema particular: por ejemplo, protestas contra represalias o intervenciones en favor de rehenes o de deportados.

Pero lo que hemos expuesto son las **posiciones del conjunto del Episcopado**. Es el Episcopado en su totalidad el que se levantó contra las tentativas de establecimiento de la Juventud única, según la modalidad hitlerista o fascista. Todo el Episcopado el que ha sostenido contra todo ataque a la Acción Católica. El Episcopado todo entero el que se ha opuesto a la movilización de las mujeres y de las jóvenes. Sobre los otros problemas, ya hemos citado **las actas de toda una Asamblea.**

Además, si esta unidad ha podido ser protegida contra peligro tan grave, es porque las Asambleas se han realizado con la constante preocupación de conservarla intacta: durante los dos primeros años, en la zona ocupada, la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos; en la zona no ocupada, la Asamblea Episcopal, bajo la presidencia del Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon —y aún, en la importantísima Asamblea de la zona ocupada en julio de 1941, el Cardenal Gerlier estaba presente, representando al Episcopado de la zona libre y haciendo de esta manera de vínculo entre las dos zonas. A partir de 1942 la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos se pudo celebrar en París hasta febrero de 1944, con la presencia de los representantes de cada provincia. Fué la última sesión. Durante todo el período de los desembarcos y de los combates liberadores, se hicieron muy difíciles las relaciones, no solamente de diócesis a diócesis, sino también en el interior de las diócesis bombardeadas.

En el intervalo entre las sesiones de las Asambleas, los contactos entre los Obispos de ambas zonas y los documentos transmitidos, pudo ser mantenido gracias al valor y la ingeniosidad de algunos militantes o capellanes de Acción Católica (1) y sobre todo, por la misión de relación que ha cumplido con celo esclarecido y gran sentido patriótico el delegado de la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos ante el gobierno, Monseñor Chappoulie.

II

EFICACIA

Un artículo de **Temps présent** del 29 de junio de 1945, hablando de la persecución de los judíos, afirmaba que en cuanto a protestas "no ha habido casi nada, aún de parte de las autoridades espirituales: las declaraciones ahogadas de tres Obispos de la zona libre" (2).

Esta grave acusación no habría sido nunca lanzada por un escritor, cuya preocupación de la verdad y lealtad reconocemos, si hubiera tenido conocimiento de los hechos relatados en el capítulo I de nuestra I parte: la protesta de toda una Asamblea y las que fueron presentadas al gobierno de Vichy, los violentos ataques de la prensa colaboracionista contra esta actitud de la Iglesia, el furor que provocó en el campo de los que se habían enfeudado a la política gubernista, los conmovedores testimonios de gratitud de las más altas autoridades del judaísmo francés y extranjero, presidentes de consistorios, grandes rabinos de Francia, de París, de Bruselas —este último rindiendo homenaje "a la benévola y heroica actitud de la Iglesia católica" en esta persecución de los judíos—, en fin la declaración del jefe del gobierno reconociendo el fracaso de las rigurosas disposiciones ejecutadas contra los israelitas y atribuyendo la responsabilidad de este decreto en su cruel aplicación a la posición tomada por el Episcopado.

Del mismo modo, hemos destacado las confesiones de la prensa pro-alemana, que acusaba al Episcopado de haber hecho fracasar el proyecto de la Juventud única. Los militantes de Acción Católica, que han sido detenidos, saben por los interrogatorios a que la Gestapo los sometió y por las declaraciones oídas entonces de parte de los oficiales o jueces de instrucción, que las autoridades nazis no perdonaron nunca al Episcopado francés el haberse opuesto a la gran empresa que tendía a la "nazificación" del alma de los jóvenes franceses.

Si las mujeres y las muchachas de Francia no fueron movilizadas para el servicio de colaboración con el vencedor, lo deben, en gran parte, a la negativa formal que el Episcopado opuso desde que apareció esta terrible amenaza. Porque la amenaza no se ejecutó, se está tentado a suponer que ella no ha existido y a olvidar que ya se había traducido en órdenes precisas. Que se haga una encuesta en los países ocupados, en los que fué una cruel realidad, que se interrogue a las familias del Norte de Francia, que han asistido, impotentes y aterradas, a la requisición de las muchachas durante la guerra 1914-18, se comprenderá entonces mejor ¡a qué terribles peligros escapó Francia en 1943-44!

Si tantos muchachos cristianos, ante la ley de movilización para el trabajo en Alemania, pudieron "burlarla" o tomar el "maquis", y entrar en la resistencia militar y activa, fué porque la decisión de una Asamblea total, transmitida por la carta de los Cardenales franceses, liberaba su conciencia y les enseñaba que la ley del Estado no los obligaba, en las circunstancias, al deber de obediencia.

Un eminente religioso nos decía un día: "Yo no he comprendido siempre los actos del Episcopado francés durante esta guerra. Pero le reconozco el haber salvado la vida religiosa en Francia bajo la ocupación. Cuando se

(*) Texto de las conclusiones del volumen **L'Eglise catholique en France sous l'occupation,** de Mons. GUERRY, Secretario de la **Asamblea** de los Cardenales y Arzobispos de Francia. **Flammarion**, 1947, París.

(1) En los comienzos de la guerra, el Padre Radenac desempeñó un papel precioso en este sentido.

(2) Raymond Aron, en **De l'armistice a l'insurrection nationale**, N. R. F. Gallimard, 6ª edi., 1945. "Las protestas solemnes del Cardenal Gerlier, primado de las Galias, de Mons. Saliége tuvieron un eco profundo y se difundieron ampliamente. Los Cardenales y Arzobispos de la zona ocupad dirigieron colectivamente, asimismo, una carta al Mariscal Pétain que M. Aron reproduce entera.

—como bien lo dijo el mismo Marshall en su conferencia— en una hora como la actual, debe tratar de aumentar el número de los cristianos que practican integralmente el cristianismo, haciendo de su arte un medio para difundir la visión católica del mundo y para ofrecer testimonios de vidas informadas por los principios del Evangelio.



viajaba por el extranjero y se volvia al suelo francés, se descubria mejor el inmenso beneficio que para la patria habia sido el mantenimiento indefectible de la religión bajo la dominación del ocupante, cuya doctrina nazi habia hecho tanto mal al Cristianismo en Alemania y en todas las naciones "ocupadas" por él". Esta confidencia recuerda a algunos muy olvidadizos, que la instalación del nazismo en el territorio de la patria ponia en peligro el alma cristiana de Francia. Comprueba un efecto y, muy lealmente, se remonta a la causa. No es por azar, ni sin un esfuerzo constante que se ha obtenido este resultado. Si la religión ha podido ser salvada en Francia es porque la Iglesia ha querido permanecer en su dominio religioso y se ha rehusado a dejarse arrastrar a la lucha de los partidos politicos. Se ha leido, como desde 1941, la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos se comprometia a conservar "el depósito de la fe". Si se estudia las Cartas pastorales de los Obispos, si se recorre simplemente la lista de los temas tratados por ellos, se comprenderá mejor como el recuerdo incesante de las grandes verdades del Cristianismo, por cada Obispo en su diócesis, por cada cura en su parroquia, sobre el Evangelio, la igualdad de los hombres y de las razas ante Dios, la caridad, la fuerza cristiana, era una protección eficaz contra las infiltraciones de las doctrinas nazis y la mejor salvaguardia del espiritu cristiano.

Que los adversarios de la Iglesia o los indiferentes o aún aquellos creyentes que no han entrevisto todavía lo que fueron, para la renovación del cristianismo auténtico, la creación y el desarrollo de la Acción Católica, consideren como un hecho sin importancia, la conservación a través de todo el país y durante los años de la ocupación alemana, la conservación de los movimientos de Acción Católica, no nos sorprende. Pero, todos aquellos que han visto la vida de miles y miles de jovenes iluminada y transformada por la Acción Católica; todos los nuevos hogares, que han descubierto gracias a su movimiento el esplendor del sacramento del matrimonio y sus responsabilidades apostólicas; todas esas almas que, alejadas de Cristo y de la Iglesia, en particular en los medios populares, han sido conquistadas a la verdad del catolicismo por el ejemplo de un militante auténtico de la Acción Católica; todos los franceses que toman a pecho la reconstrucción de la patria y que no ignoran que ella se hará por la restauración de las conciencias y de las virtudes fundamentales del cristianismo, todos esos si apreciarán en su justo valor la ventaja espiritual que significaron para Francia el mantenimiento y la protección de la Acción Católica contra las amenazas, las prohibiciones, las maniobras del ocupante, contra el odio que el nazismo alimentaba hacia la Acción Católica, contra su voluntad muy evidente desde su entrada en suelo francés de suprimir todos sus movimientos so pretexto de que eran organizaciones politicas.

Ahora bien, es muy cierto que, sin una resistencia espiritual, permanente, unánime y muy firme del Episcopado francés en este dominio, los movimientos de Acción Católica habrian cesado todos de existir desde el primer dia... años preciosos de desenvolvimiento se hubiesen perdido... no tendriamos hoy a la cabeza de los movimientos de juventud o familiares, esas "élites" de dirigentes masculinos y femeninos, que se han formado en ruda escuela y han sabido, en circunstancias muy dificiles, actuar con responsabilidad de jefes y de cristianos. No veriamos, tampoco hoy, venir a Francia esas numerosas delegaciones de naciones extranjeras, ávidas de estudiar, entre nosotros, los progresos realizados por la Acción Católica francesa durante la guerra. Ciertamente, la Acción Católica francesa sabe muy bien lo que ella misma puede aprender y recibir del contacto con movimientos extranjeros. Pero, es un hecho, que desde la Liberación, ella es una de las formas más puras de la irradiación de Francia sobre otras naciones.

III

NOBLEZA DE LA ACCION DE LA IGLESIA

Lo que en seguida llama la atención del observador atento e imparcial, es la noble misión que la Iglesia ha cumplido bajo la ocupación: misión de caridad y de justicia, misión integramente espiritual y social.

Su misión de caridad. Ya se ha visto a la Iglesia ejercerla en auxilio de todas las desgracias humanas; organizar, desde la iniciación de la guerra, comisiones parroquiales de ayuda, que debian paulatinamente extender a otros dominios sus intervenciones generosas: ayuda a los refugiados y evacuados, a los prisioneros, a las victimas de los siniestros, a las familias obreras, a los enfermos y a los heridos de los hospitales, a las mujeres de los prisioneros, a las viuda y a los huérfanos.

Los Obispos, en sus cartas pastorales y los curas, desde lo alto de la cátedra sagrada, han multiplicado sus llamados en favor de todas las miserias. Han aportado su colaboración leal y solícita a todas las grandes obras de la solidaridad nacional.

Jamás se dirá bastante cuán espléndido de generosidad, de espiritu de sacrificio, de más puro impulso patriótico fué el movimiento que llevó a unirse a todos los franceses para curar las heridas de la patria, ayudarla a levantarse y a socorrer a todos los afectados por la guerra.

Algunos politicos, que han vivido esos cuatro años fuera del suelo francés, han podido ignorar esas cosas y, volviendo triunfantes con la Liberación, lanzar contra los que habian conocido las pruebas y los peligros de la ocupación, una acusación general en la que se dejaba creer que el conjunto de los franceses habia tracionado a su patria. La historia hará justicia de esas calumnias y hará aparecer a la vista del extranjero el verdadero rostro de Francia bajo la ocupación, de una Francia dolorosa y moribunda, pero fiel a su ideal de humanidad, de justicia y de libertad y a su vocación de caridad. La Iglesia contribuyó, en gran parte, a guardar esta fidelidad y a animar sin cesar ese movimiento de solidaridad patriótica por su presencia activa, sus organizaciones de Acción Católica y social, su espiritu de amor y el recuerdo constante de la universalidad de la ley de amor frente al racismo hitlerista, que no tenia más que menosprecio para los débiles, los vencidos de la vida, de la enfermedad y de la ancianidad.

Contra la fuerza, la Iglesia ha defendido los derechos de la persona humana, por todas partes en que ésta ha sufrido algún atentado. La hemos visto cumplir su misión de justicia en favor de los israelitas perseguidos, de los trabajadores movilizados, de los rehenes y deportados politicos, de los prisioneros y victimas de los bombardeos. Ha intervenido con amplio espiritu de humanidad, sin preocuparse de saber si los beneficiarios de sus intervenciones eran judios o indiferentes. No veia sino seres que sufrian y su derecho de defenderlos. Las muchas señales de gratitud y de adhesión que Ella ha recibido de los que habia salvado o protegido la consolaban de los golpes que le venian de aquellos mismos que habrian debido defenderla y, mejor todavía, las conversiones de los que, a través de la solicitud maternal de la Iglesia, habian des-

cubierto la Bondad del Padre Celestial y la Verdad de Cristo.

Ya hemos mostrado cómo la Iglesia había cumplido esta misión de justicia, sea por las protestas que hicieron oír las Asambleas de los Obispos franceses, sea por intervenciones directas ante las autoridades responsables para impedir el mal antes de que se produjese (requisición de mujeres y muchachas), o para detenerlo, si era posible, cuando había comenzado su obra nefasta (persecución de los judíos y movilización de trabajadores). Todos los franceses conocían mejor las nobles y valientes intervenciones de algunos Obispos. El nombre del "Cardenal" Saliège es hoy universalmente célebre por su enérgica oposición al nazismo. Se citan sus palabras de orden, claras, directas, incisivas, plenas de luz y de pensamiento.

A través de toda esta historia se ha podido observar el considerable papel desempeñado por los tres Cardenales de Lille, París y Lyon.

En el mismo momento en que poblaciones enteras huían delante del invasor, los católicos franceses pudieron leer con altivez, en **la Croix** del 5 de junio de 1940, esta citación a la Orden de la Nación de S. Em. el Cardenal Liénart, Obispo de Lille, citación de fecha 3 de junio, firmada "Mandel" y que comportaba la elevación al grado de Comendador de la Legión de Honor:

"Prelado que honra a la Iglesia y a Francia. Se había consagrado a la acción social y había sabido adquirir la afectuosa veneración de toda su diócesis. A pesar de la invasión, ha permanecido en la sede de su diócesis, en la que ha prestado grandes servicios a las autoridades civiles y militares. Ha dado el más brillante ejemplo de valor, de abnegación, de caridad y ha confortado a todas las poblaciones del Norte".

Cuando el 27 de julio de 1940, el Cardenal Liénart se levantaba contra los oficiales alemanes, que investigaban en el Arzobispado y amenazaban con sus armas a Su Eminencia y exclamaba: "No tenéis el derecho de tocar esos papeles... en cuanto a las armas alemanas, no las temo, las he visto de frente en Verdun", era el primer grito de la resistencia moral que se lanzaba sobre suelo francés; no era en 1943 ó 1944, sino en julio de 1940; no era al abrigo de la clandestinidad, sino cara al vencedor.

Cuando en marzo de 1943, el Cardenal Liénart denunciaba "el yugo del trabajo que las autoridades ocupantes nos imponen con desprecio de la libertad de la persona humana, de los derechos de la familia y de las justas exigencias de nuestro patriotismo", no hablaba bajo el velo del anonimato ni en la sombra: era desde la cátedra de las iglesias de Roubaix, de Tourcoing, de Lille, en presencia de los representantes de las autoridades ocupantes, presentes para espiar sus palabras y atacarlo después en la prensa a sueldo. Cuando, después del crimen de Ascq, el Cardenal protestaba firmemente y exigía el castigo de los culpables, y no lo hacía desde un estudio de Radio, a miles de kilómetros: se dirigía en persona a los responsables y aceptaba de antemano con gran valor todas las consecuencias de su intervención.

No se conoce bastante lo que fué esta resistencia moral, de todos los días, que el Cardenal Suhard debió oponer a los ardides, a las amenazas, a las intimidaciones del ocupante: negativa de entregar la Catedral Notre-Dame de París, el Corazón de Francia —de permitir transformar en manifestaciones contra los aliados las ceremonias religiosas celebradas por las víctimas de los bombardeos—, negativa de pronunciar la menor palabra en favor de la "colaboración", a pesar de las incesantes solicitaciones—, negativa de prestarse a una titulada cruzada antibolchevique—, negativa a las insinuaciones e invitaciones de las autoridades ocupantes—, negativa de tomar la palabra en las exequias de Philippe Henriot, en las que le jefe del Estado estaba representado, lo que valió al Cardenal los ataques de la prensa parisiense de entonces—, negativa a recibir a M. Déat, a pesar de dos pedidos—, negativa de recibir en la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos al jefe del gobierno, que había reclamado el derecho de exponer allí su política, de la misma manera que lo había hecho ante otras asambleas... No mencionamos más que algunos ejemplos de resistencia pasiva, que frecuentemente hubo ocasión de manifestar. Habría que recordar también, las múltiples intervenciones del Cardenal contra los abusos de la autoridad ocupante —las hemos citado varias veces— y mostrarlo abriendo de par en par su diócesis a los sacerdotes evadidos o perseguidos por la Gestapo. En fin, todos los apóstoles de la Acción Católica nunca olvidarán las gestiones que el Cardenal debió hacer para impedir la ejecución de las amenazas contra sus movimientos: recordarán que en el mismo momento en que el capellán nacional de la J. O. C. acababa de ser encarcelado, el Cardenal Suhard dió abrigo en su propia residencia de campaña al secretariado de la J. O. C. y le dió orden de continuar su actividad, declarando a la Gestapo que era él mismo quien tomaba esta responsabilidad. Los deportados saben que el Cardenal ha multiplicado sus intervenciones para aliviar su suerte y proteger su vida.

En fin, sería necesario que fuesen conocidos los actos del Cardenal Gerbier, Arzobispo de Lyon, que condujo especialmente la oposición contra la persecución de los judíos, con un coraje tan intrépido que le ha valido junto con el odio de la Gestapo y de los grupos colaboracionistas, muchos testimonios de emocionada gratitud de familias israelitas, de autoridades judías o aun, simplemente de la buena gente del pueblo, cuando el Cardenal pasa por las calles de Lyon. Durante una velada de beneficencia, organizada en Lyon en diciembre de 1944 por personalidades americanas, cuando el solo nombre del Cardenal fué pronunciado por la oradora que saludaba a las autoridades presentes, el auditorio en su totalidad, se levantó de golpe, para expresar así de qué respetuosa admiración estaba rodeado el Cardenal de Lyon en los medios franceses y extranjeros donde su actividad ha sido conocida. Esos testimonios de simpatía eran una emocionante reparación del ultraje que había querido inferirle, bajo la ocupación, una manifestación organizada por "la Liga Francesa contra el bolchevismo" y en el curso de la cual el Cardenal de Lyon había sido violentamente atacado; en ambos casos, y por medios opuestos, el mismo homenaje a su valiente patriotismo. Se conoce también la enérgica protesta de S. Eminencia contra el crimen de Saint-Genis Laval: el Cardenal la hizo él mismo a la autoridad alemana responsable. Por último, desde lo alto de la Cátedra y a la luz, Su Eminencia ha protestado contra las ejecuciones de los rehenes, contra las deportaciones, contra la ley del trabajo obligatorio.

Declaración del Consorcio de Médicos Católicos

El Consorcio de Médicos Católicos considera que la prostitución reglamentada es inaceptable.

DESDE EL PUNTO DE VISTA MEDICO

No significa ninguna conveniencia en la profilaxis de las enfermedades venéreas. Por el contrario, a continuación del cierre de los prostíbulos en 1935 en la Capital y en 1937 en el interior siguieron disminuyendo las enfermedades venéreas (Datos oficiales en Archivos de la Secretaría de Salud Pública, Vol. IV, Nº 6, Nov. 1948, pág. 419). Durante la reglamentación de la prostitución argentina hubo asimismo períodos de exacerbación de las enfermedades venéreas entre las prostitutas (Obra citada, pág. 419).

2) La revisión periódica de las prostitutas no resulta ninguna garantía, pues aun en el caso hipotético de que pudiese hacerse después de cada contacto y en forma perfecta, la circunstancia de que la sífilis, que es la enfermedad venéreas de mayor trascendencia, tiene 25 o más días de incubación, invalida su utilidad, pues durante ese lapso es contagiosa y no hay síntomas externos.

3) El peligro venéreo no ha desaparecido con los antibióticos. La estadística nacional actual concuerda con las opiniones extranjeras. Hay países como Suecia donde después de la aparición de la penicilina se ha triplicado la sífilis (Dres. Ducrey y Levy-Luxardo, Congreso de prostitución de la Federación Abolicionista Internacional. Roma, 1950).

4) La prostitución reglamentada debe ser desechada porque con ella aumenta geométricamente la prostitución clandestina. En Buenos Aires en 1935, había 600 prostitutas que recibían la visita médica periódica y 25.000 clandestinas según la Inspección General de la Municipalidad.

5) La prostitución reglamentada no soluciona el problema de la homosexualidad, por el contrario las pupilas de los prostíbulos reglamentados son grandes maestras de desviaciones sexuales anti-naturales. En los prostíbulos italianos, que fueran suprimidos hace poco, se demostró que actuaban prácticamente siempre en forma frígida y que aunque el reglamento lo prohibía las prostitutas reglamentadas tenían frecuentes relaciones homosexuales (Dr. Dino Origlia, Actas del Congreso de Prost. de Roma de la Federación Abolicionista Internacional. Ginebra, 1950).

No puede enseñar educación sexual un Estado que organiza casas fundadas en un fraude sexual como es el convertir en placer exclusivo, el acto destinado a asegurar la continuidad de la especie.

DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL

1) Debe terminar la cruel explotación del hombre por el hombre, como dice el art. 35 de la Constitución, o de una persona por otra persona. Es inadmisible que las temibles organizaciones de proxenetas exploten ignominiosamente a nuestras hermanas, hermanas por la fe y por la patria, que han de ser madres de las futuras generaciones de argentinos.

2) Debe hacer reflexionar la experiencia de Italia, en que la mayor por parte de los clientes de los prostíbulos oficiales eran casados. Ello demuestra la falacia del argumento del "desahogo".

Pretendiendo acabar con los males morales se permite, pues, el adulterio diario de muchos maridos y la tragedia de muchas familias.

3) La proliferación de las prostitutas se debe a la inmoralidad ambiente y a la educación deficiente. La encuesta francesa Philippon sobre 18.376 muchachas delincuentes demostró que 81.88 % presentaban causas de orden familiar (Colini-Lombardi, Actas del Congreso de Prostitución de Roma, Federación Abolicionista Internacional, Roma, 1950).

4) Una verdadera profilaxis venérea debe incluir: el tratamiento antivenéreo constante y generoso, lo organización de servicios sociales con visitadoras que ayuden a las prostitutas asistiéndolas para que puedan regenerarse en lugar de castigarlas, la equiparación del hombre y la mujer ante la moral y la ley y la organización de institutos de readaptación social.

5) La única solución racional está constituída por una educación sexual que debe ser fundamentada en el ambiente familiar y de la que son responsables los padres. La castidad es la única garantía física y moral absoluta.

DESDE EL PUNTO DE VISTA MORAL

1) Es una cooperación a una cosa moralmente ilícita y como tal la moral cristiana la considera gravemente pecaminosa. No se puede admitir ni una cooperación formal —como sería p. ej. el conspirar mutuamente a un robo o a un homicidio— porque sería querer la violación del sexto mandamiento de la ley de Dios. Porque es querer directamente esta violación, el hecho de admitir la necesidad irreprimible de la función sexual y admitir la imposibilidad de la continencia. Tampoco se puede admitir una cooperación material, porque no se puede decir que uno permita o tolere aquello a lo que positiva y eficazmente contribuye para que exista. El que organiza una institución no la tolera, la hace. Reglamentar la prostitución de tal suerte que facilitara y diera garantía al vicio, que la constituyera un modo legítimo de lucrar, es lo mismo que si se diera garantías para el robo o el homicidio. ¿Quién puede sostener que esto sea lícito?

2) La dignidad de la mujer se ve reducida prácticamente a una abyecta esclavitud con la casi absoluta imposibilidad de regeneración dentro de un régimen de tolerancia reglamentaria. La Iglesia Católica por boca de sus Soberanos Pontífices, sobre todo en estos últimos tiempos, ha reivindicado esta dignidad de la mujer, llamada por Dios, sin distinción de razas, de estado, de condición social, a realizar en la tierra su vocación sobrenatural de hija de Dios y heredera del cielo.

3) La reglamentación susodicha es la confirmación y aprobación implícita de todo un problema de perversión y materialización del hombre.

En efecto es ella el último paso lógico de una actitud negativa —cuya responsabilidad jamás pretenderá asumir la autoridad— frente a la perversión de costumbres y a la inmoralización de las masas. Se empieza por negar la posibilidad de una responsabilidad frente a la mujer, se sigue por inculcar prácticamente la inexistencia de los fines espirituales del hombre inclinándolo hacia sus instintos inferiores, se continúa exacerbando la fuerza exclusiva del sexo por medio de la pornografía, del cine, del libro, del teatro, del espectáculo callejero y se termina naturalmente por la organización regulada del modo de satisfacer brutalmente esos instintos. La moral cristiana de la que ha hecho y hace gala actualmente nuestro pis, está en contra de un peligro semejante.

Buenos Aires, mayo 1952

Memorandum de la Corporación de Abogados Católicos

Contestando a la pregunta que se formula a la Corporación de Abogados Católicos San Alfonso María de Ligorio, ante el hecho de que se están recolectando firmas de profesionales para obtener la reapertura de los prostíbulo, se manifiesta:

Que la prostitución es un hecho sin ningún justificativo moral e inaceptable desde el momento en que viola disposiciones precisas de la ley divina puntualizados en el sexto y noveno mandamientos.

Si se argumenta que tal aberración es tan antigua como el hombre, debemos decir que ella tiene la misma antigüedad que cualquier enfermedad mental o física y en

TEATRO

LES TEMPS DIFFICILES Aún cuando sea ya lugar común protestar contra los repertorios de las compañías extranjeras que nos visitan, la Comédie-Française merece una enérgica censura por la representación de esta pieza, que si puede explicarse dentro de una temporada estable, como muestra de teatro decadente, no justifica, desde ningún punto de referencia, su inclusión entre las obras de una gira.

Es cierto que las elegantes **habitués** del Odeón tuvieron por primera vez en la temporada ocasión de ver modelos contemporáneos, y que algún lechuguino habrá anotado la dirección de la calle Saint-Honoré de donde procede la "robe de chambre" de **Robert Hirsch**, puntualmente recordada en el programa, pero los abonados que van a ver teatro, hubiesen preferido cualquier obra francesa importante, aún a riesgo (el espectador no ha sido hecho para el placer sino para el heroísmo) de ignorar que son Doris y Garabedian quienes calzan a las actrices del elenco.

Yendo a **Les temps difficiles** en sí, señalemos que se deja ver con la misma facilidad que cualquier comedia burguesa, aún cuando pretenda ésta —según el perspicaz reseñador de argumentos del programa— demostrar "cómo se derrumban los valores sociales que durante tanto tiempo han sido fuerza de la burguesía". En realidad (y con todas las disculpas debidas a quien sintetiza las tramas) lo que puede sacarse en limpio de esta obra es que es más bien contraproducente casarse por interés, por lo menos cuando el novio es retardado, tesis desarrollada en cuatro actos largos y no precisamente apasionantes.

Actrices y actores aparecen bien vestidos. Robert Hirsch, además, hace una creación de su papel. Buena la dirección y discreta la escenografía.

LE MARIAGE DE FIGARO Vieja e irreverente, esta comedia de Beaumarchais sirvió a la Comédie-Française para exhibir un decorado magnífico, verdadera fiesta para los ojos, de Suzanne Lalique, quien, además, diseñó un vestuario de deslumbrante colorido y acertadísima combinación de matices. En cuanto a lo demás, ratificó una impresión que ya puede expresarse sin rodeos: el elenco de la casa de Molière es de homogeneidad exacta, pero carece de grandes figuras. Pocas diferencias hay entre los principales intérpretes, comediantes de seguro oficio que dicen y se desplazan con autoridad, lo que asegura siempre un espectáculo bien montado; pero en ningún momento asoma la chispa del genio, como en Barrault; de la actuación perfecta, como en Gassmann; de la búsqueda de efectos nuevos con recursos eternos, como en Grenier-Hussenot; del matiz inigualable, como en Ruggeri. Escande, Meyer, Seigner, Charon y demás intérpretes masculinos, están varios codos por arriba de lo que suele verse por estas latitudes en los teatros nacionales, pero cuando se los compara con los artistas de las temporadas extranjeras recientes, no admiten competencia. El Fígaro de Meyer, por ejemplo, fué ágil y convincente, pero sin la picardía que le hubiera dado un actor con fuego interior; el Conde, de Escande, tuvo apostura y elegancia; el Bartolo de Seigner no estuvo mal, y el Bazile de Charon reveló cualidades sobresalientes en el intérprete. Pero ninguno de ellos —con la excepción, quizá, de Charon— dejó impresión perdurable. La plana femenina es bastante más floja que la masculina. El físico de Beatrice Bretty no la ayuda demasiado por exceso, y lo mismo pasa con el de Renée Faure por lo contrario. Sabido es que la tradición exige una mujer en el papel de Cherubin, pero cuando ésta debe hacer el amor a otras que le llevan metro y medio, piensa el crítico que hay concesiones que resultan ridículas, no obstante el argumento de que en teatro todo es ficción. Por lo demás, la puesta en escena de Mayer reveló buen gusto y la orquesta tocó bien una partitura que no exigía responsabilidad.

SPECTACLE POETIQUE ET LITTERAIRE Desde el día en que el director de una remota temporada francesa salió airosamente de un apuro con un espectáculo improvisado compuesto de poesías recitadas por todos los miembros de la troupe, el recital poético se ha convertido en el programa obligatorio de todas las compañías galas que nos visitan.

La idea no es mala en sí, aunque escamotea la mitad de un programa teatral —porque por lo general se integra con una pieza en un acto que no exija gran despliegue escenográfico— y halla buena acogida en el total del público, que en parte celebra la ocasión de escuchar las poesías de viejos y nuevos favoritos, y en parte se deleita en la contemplación de las suntuosas y llamativas toilettes femeninas, y de las últimas innovaciones de la etiqueta masculina. Mientras tanto el empresario se regocija igualmente por la economía que significa ahorrarse el transporte de un decorado y todos sus accesorios.

El recital de la Comédie-Française tuvo la originalidad de reunir obras de cinco poetas diversos ensambladas por un breve e interesante estudio de Jean Sarment sobre Victor Hugo. De esa manera, conmemorando el 150º aniversario del poeta romántico, escuchamos versiones buenas y regulares de éste, de Baudelaire, Verlaine, Heredia y Edmond Rostand. Entre los buenos se destacaron Robert Manuel en una elaborada y musical interpretación de **Les Djinns**; Jean-Paul Rousillon, con su fresca espontaneidad; Jacques Clancy en dos vibrantes y sobrias versiones de **Eviradnus** y **Les conquerants**; Ivonne Gadeau, muy musical; y Robert Hirsch, que con mucho gusto y una gracia finísima dijo **Le fete chez Therése** de manera inolvidable. Regulares nos parecieron las versiones de Germaine Rouer, Batrice Bretty y Mauric Escande, que pecaron de exceso de "bravura" y de evidente predominio del oficio sobre la expresión personal.

Musset es por lo general el complemento obligado de este tipo de recitales, y esta vez fué **Un caprice** la pieza que subió a escena dirigida por Escande. El poeta de las comedias y proverbios ha pintado en ésta, con extremada riqueza de matices y exquisitos aciertos psicológicos, una breve tormenta conyugal conjurada por los buenos oficios de una espiritual amiga de la esposa. Muy leve es la trama de la comedia, pero el diálogo brillante y ligero

---

consecuencia no se remediará con hechos tendientes a su propagación, sino con la adecuada represión qeu se establezca por medio de la mayor cultura religiosa, moral, médica y social.

Si se argumenta que se trata de un mal necesario, debemos decir que desde el pecado original acá todos los males que padece la humanidad (trabajo, enfermedades, guerras, desastres de todo género) son males necesarios y ellos no impiden que la humanidad trabaje incesantemente en evitarlos o reprimirlos. De otra manera no se justifica ninguna ley represiva.

La Constitución Nacional en su artículo 15 establece que el Estado no reconoce libertad para atentar contra la libertad; en su artículo 27 establece la abolición de la esclavitud y en el artículo 28 establece que todos los habitantes son iguales ante la Ley.

Estas disposiciones son incompatibles con el reconocimiento de la explotación que se pretende legalizar, pues es incongruente permitir la prostitución y pretender reprimir la trata de blancas y proteger la dignidad personal de los habitantes.

Por otra parte la familia, institución de derecho divino se encuentra reconocida por el artículo 37 punto 1º inc. 8 de los derechos del trabajador y por el punto 2º (de la familia).

La prostitución constituye un peligro para esta institución, pues tiende a su desintegración y pone en peligro su constitución.

J. O. Colabelli, Presidente
Bs. Aires, mayo 17 de 1952

C I N E

HASTA EL ULTIMO HOMBRE El "último hombre" es todo un batallón que se dirige cantando a voz en grito hacia una colina desde donde ya los japoneses no dispararán cohetes mortíferos porque Reginald Gardiner —en el último momento— deduce que pueblo tan contradictorio ha de tener sus depósitos en el lugar menos pensado, lo que permite a la aviación norteamericana —siguiendo el pálpito del inteligente actor inglés— liquidar a los enemigos.

Lewis Milestone no se muestra acá tan pacifista como en **Sin novedad en el frente**, pero no por ello se lo puede acusar de bélico "a outrance" como ha ocurrido en otras tierras. Su dirección es fluida, pero no logra sacudir el inconveniente de una trama demasiado conversada. Por lo demás, el tecnicolor cumple con su cometido de prestar vivacidad a la película, en la que no se han escatimado esfuerzos materiales.

Cinta de acción, con algo de policial y su adarme de boceto psicológico, **Hasta el último hombre** es interesante porque revela la tendencia actual con que se filman los temas guerreros en América del Norte. Mucha sobriedad, cuidadosa poda de toda truculencia, pero una firme aceptación de la inevitabilidad de una próxima contienda, para la que hay que estar preparados. Por otro lado, encara un problema que fué tabú en las producciones que siguieron a la primera guerra mundial, y que es hoy comentado con la máxima comprensión: el lógico miedo de los soldados antes de entrar en batalla. Hay frases adultas, por decirlo así. "Aquí no hay flores ni bandas de música esperándote en la estación", dice uno de los soldados. Esto demuestra que no se busca escamotear al pueblo de los Estados Unidos la verdad. Aquí los soldados son seres humanos que sufren, temen, se descomponen y mueren. Sin tener la fuerza de **I want you** —al que la crítica y el público de Punta del Este, con insoportable superficialidad, decidieron encasillar entre las películas B— **Hasta el último hombre** es un esfuerzo valiente y sincero en pro de una actitud inteligente y serena ante el horror de la guerra. Milestone, lo repetimos, no es el antiguo pacifista porque los tiempos han cambiado y actualmente no pueden caber titubeos ante problemas de conciencia, pero sigue odiando a la guerra, como no podía ser menos.

Desafortunadamente, la película carece de verdadera fuerza emotiva, y su lenguaje cinematográfico no es el mejor. Aquí y allá hay aciertos muy notables como la banda de sonido al recordarse la vida del adolescente perdulario, de precisa elocuencia, o en la creación del clima antes del desembarco. Pero la acción es desigual, y decae, lo que es pecado mortal en una cinta de guerra. Escenas de excelente calidad al promediar y finalizar la película hacen a ésta memorable por sus chispazos, pero olvidable en general, lo que es lástima porque se desdibuja el mensaje.

Richard Widmark es un actor excelente, pero aquí se lo desaprovecha al no diseñarse con nitidez su personaje. Reginald Gardiner coloca los toques humorísticos con su prestancia de gran actor y un grupo de figuras secundarias homogéneamente sobresalientes hacen del reparto de esta malograda película una reunión muy atractiva.

G R A G E A El Nº 12 de la **Revue International du Cinema** está dedicado a la técnica cinematográfica. Con este ejemplar termina su labor como secretario de redacción André Ruszkowski, quien ha comenzado a dictar cátedra de Economía Política en Lima... **Due soldi di Speranza**, de Renato Castellani, ganó el premio de la Oficina Católica Internacional de Cine en Cannes... La misma película obtuvo, también, el Gran Premio del Festival, y el de la prensa "Renaudot"... El 24 de agosto tendrá lugar la función de cine-debate de C.I.N.E., a las 10, en el Biarritz. Posiblemente vaya **Grandes ilusiones**... Del material de la **Revue International du Cinema** arriba nombrada, destacamos un artículo de Ruszkowski sobre el pasado Festival de Punta del Este... Apareció en Madrid la **Revista Internacional de Cine**, versión española de la homónima francesa, pero con material predominantemente nacional, según se informa, puesto que no se han enviado ejemplares a Buenos Aires... **Visa for Moscow**, de Michel Gordey, habla del teatro en Rusia. Hay en Moscú 25 teatros que cambian diariamente de programa. El 20 % de lo ofrecido, son clásicos rusos; el 28 %, obras de comediógrafos jóvenes, sobre problemas actuales, y otro 28 % sobre temas antinorteamericanos. Una de éstas "La voz de América", de Boris Lavrener, trata de "la brutalidad primitiva de los hombres de negocios norteamericanos, la inmoralidad de las mujeres norteamericanas y el oportunismo político de los soldados norteamericanos"... Cuando en alguna pieza aparece algún "americano bueno", está ahogándose en un país "militarizado, degenerado y pervertido por el alcohol, el gangsterismo y el capitalismo"... **Venus observed**, de Cristopher Fry, bajó del cartel por falta de público dos semanas después de recibir el premio de la crítica norteamericana a la mejor obra extranjera... **El pelele** de Suárez de Deza, fué prohibido en Madrid. Un crítico —Torrente Ballester— dijo que de representarse en España, "el público quemaría las butacas y quemaría al autor"... En "Correo Literario", Suárez de Deza contesta a Ballester con una carta más bien enérgica...

Vagabond Jim

---

a la vez que cargado de un fino sentimentalismo otorga a la obra su verdadera dimensión poética.

La puesta en escena de Escande no tradujo el verdadero espíritu de Musset. Yvonne Gadeau y Germaine Rouer dijeron sus partes indiferentes y atropelladas, con gestos convencionales y fría entonación, vaciando puntualmente de su contenido afectivo y psicológico todas las frases que sus bien timbradas voces pronunciaron. Escande, al hacer de su personaje un marido ridículo y caricaturesco, que el texto de la obra no sugiere en modo alguno, y que no es requerido en ningún momento para salvar la amenidad, dió un paso en falso que acentuó más aún lo confuso y desairado de esta versión que contó con vestuarios y accesorios escénicos sólo discretos.

El espectáculo se completó con **Le commisaire est bon enfant**, de Courteline, grotesco, desopilante y primitivo puesto en escena e interpretado sin ninguna originalidad por Robert Manuel, sobre un anónimo y horrible decorado, y con un maquillaje digno de la compañía del Variedades.

ESPECTACULO DE DESPEDIDA La Comédie-Francaise hubo de improvisar un espectáculo de despedida, pues los decorados de **Les fiancés du Havre**, de Salacrou, que figuraba en el abono, hubieron de ser devueltos a Francia perentoriamente. No intervinieron en el mismo Renée Faure, Louis Segnier, Hélene Perdriere ni Jean Meyer, y estuvo compuesto por una serie de poemas, el poema de Musset **La nuit d'octobre**, y **On ne saurait penser a tout**, también de este autor.

Al igual que en la jornada anterior, los mejores aplausos fueron para Manuel, Hirsch y Clancy, a los que se agregó Jacques Charon. Beatrice Bretty, de la que se nos informó un envidiable "record" durante la resistencia francesa, no logró lucirse, cosa que le ha pasado durante toda la temporada, y los demás cumplieron sólo correctamente. La soltura de Robert Manuel como maestro de ceremonias —un poco en el estilo de Robert Benchley— predispuso favorablemente, y comprobar que los intérpretes más jóvenes eran los que cosechaban la mayoría de las palmas fué detalle agradable.

La nuit d'octobre pasó sin pena ni gloria, y, en el último momento, cuando ya desesperábamos de encontrar un espectáculo que nos impresionara, **On ne saurait penser a tout** nos ofreció el momento más agradable del abono. Pieza chisporroteante, en la que casi todo es trabajo de director e intérpretes, tuvo en Robert Manuel un **metteur en scene** extraordinariamente ágil que dió a la comedia gracia y levedad exquisitas. La acción fué marcada con ritmo vertiginoso, y todo el encanto de la prosa de Musset lució deslumbrante. Detalles como el del contagio del Barón, tomado poco a poco por el ritmo de la música, revelaron un sentido muy moderno de la dirección, secundada, por otra parte, con insospechada agudeza por los intérpretes. De éstos se destacó netamente Jacques Charon en la mejor actuación de todas las vistas en la temporada. Su finísimo sentido del humor y su desopilante y medido desplazamiento revelaron a un actor sobresaliente. A su lado, Ivonne Gadeau estuvo deliciosa y Maurice Escande desconocido de bueno. En síntesis, el único espectáculo que justificó la expectativa por estos estudiosos comediantes europeos.

Vagabond Jim

MUSICA

La Danza de los Muertos, de Honneger

CON un concierto sinfónico-coral que se realizó en la sala del Teatro Colón los días 11 y 13 de julio, la Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Buenos Aires celebró el sexagésimo aniversario del nacimiento de Arthur Honneger, una de las figuras sobresalientes de la creación musical contemporánea. El programa integrado en su totalidad por obras del distinguido compositor franco-suizo comprendió en su primera parte la Suite Arcaica para orquesta, ya juzgada en estas páginas en ocasión de su estreno y dos obras para voz y orquesta, siguiendo en la parte final la primera audición de "La Danse des Morts", oratorio para recitante, solistas, coro y orquesta.

Arthur Honneger, nacido en El Havre en 1882, es en la actualidad uno de los compositores de más acusada personalidad. Tomó a Bach, Beethoven y Franck como modelos en el período de su formación artística y entre sus maestros a Charles Widor y el magnífico André Gedalge, cuyas obras didácticas gozan aún en nuestros días de merecido prestigio. Pronto Debussy y Strawinsky orientaron al joven compositor hacia nuevos caminos, lo que no le impidió una asimilación profunda del estilo wagneriano y de la producción de D'Indy, Fauré, Dukas, Caplet, Roussel y Ravel.

La necesidad de abandonar las características del arte impresionista impulsó a un núcleo de jóvenes músicos franceses a constituir un "equipo" cuyas tendencias originales fueron de oposición a las corrientes en boga. Así se constituyó el llamado "Grupo de los Seis", sobre el que ejercieron gran influencia Erik Satie y Jean Cocteau y que integraban Germaine Taillaferre, Francis Poulenc, Georges Auric, Louis Durey, Darius Milhaud y Arthur Honneger. Dotados de muy dispares talentos, los seis coincidían en la búsqueda de nuevas formas de expresión, pero la diversidad de sus tendencias individuales provocó años más tarde la desaparición del en especial manera Poulenc, Milhaud y Honneger se congrupo, a pesar de que cada uno de sus integrantes y solidaron como compositores de prestigio universal.

Este último ha compuesto al cumplir sus sesenta años, música de los más diversos géneros, pero brilla con particulares aspectos en su obra sinfónica y en el género religioso. La Orquesta Sinfónica de nuestra ciudad nos hizo conocer en un lapso no muy grande, sus últimas sinfonías (W. Castro condujo la Tercera y la Cuarta, y Manuel Rosenthal la Quinta) junto con la deliciosa Suite, "Un día de Fiesta en Suiza" que estrenara Baldi. Chant de joie, Pacific 231 y Pastoral d'eté, son sus obras orquestales más difundidas, pero indudablemente, Jeanne D'Arc au bucher y Le Roi David, junto con la Danse des Morts, son sus obras cumbres, de innegable importancia histórica y constituyen con Judith, la serie de oratorios más importantes compuestos en nuestro siglo.

La Danse des Morts, inspirada en los famosos grabados de Holbein, nació de la visita a los mismos que hicieron Paul Claudel y Honneger, invitados por Paul Sacher, el entonces director de la Orquesta de Cámara de Basilea y a quien fué dedicada posteriormente la partitura. Cuéntase que Claudel, que ya había colaborado anteriormente con Honneger, se detuvo ante uno de los grabados titulados "Los simulacros de la Muerte" (1538), diciendo: "¡Qué prodigioso pretexto para un oratorio!" Los mismos versos de Gille Corrozet, que impulsaron a Hans Holbein a la creación de su serie de grabados macabros (1), orientaron a Claudel y Honneger hacia la concepción de su nueva obra.

La Danse des Morts, de la misma manera que Jeanne D'Arc au bucher, debe gran parte de su perfección al hermoso poema de Claudel, quien profundo conocedor de las Sagradas Escrituras realizó una habilísima selección de diversos textos bíblicos, sugiriendo asimismo al compositor la división de la obra en siete partes.

La misma comienza con un trueno prolongado, confiado a un grupo de instrumentos de percusión (esto a pedido de Claudel) (2), y enseguida el Recitante relata el capítulo 37 de las profecías de Ezequiel: a la voz de Dios, los huesos secos de un campo de esqueletos son nuevamente dotados de sus nervios, carne y piel y luego, al infundirles el Espíritu, se ponen de pie, cual ejército numeroso.

Se registran efectos orquestales de curioso carácter, sobre todo al iniciarse el movimiento de los huesos, logrados con los instrumentos de cuerda que golpean con la madera del arco, junto a las notas agudas del piano, algunos instrumentos de batería y agrios acordes de los metales ensordinados. Igualmente espeluznante es el momento en que Ezequiel llama al Espíritu para que sople sobre los huesos, y donde la orquesta va conduciendo la obra hacia el segundo número, Danza de los Muertos.

Esta impresionante farándula, que se desarrolla en un rítmico y obsesionante crescendo, está animada por el coro y la orquesta y en ella Honneger superpone canciones populares como Sur le pont d'Avignon y la Carmagnole, a una obstinada salmodia con palabras del Antiguo Testamento, agregando en el momento culminante el Dies Irae presentado en forma de vals en la voz aguda de una trompeta.

Unicamente la mano maestra de Honneger consigue de este conglomerado de elementos de tan diverso carácter, un momento de fuerza extraordinaria y de una riqueza rítmica y contrapuntística que dicen de su técnica admirable.

El tercer número, Lamento, de conmovedor lirismo, confiado al barítono, contrasta eficazmente con el fragmento anterior y su serenidad nos recuerda algunas páginas de Juan Sebastián Bach, principalmente en su acompañamiento orquestal en el que el violín solista tiene una bella función concertante.

Sollozos, cuarto número, de magnífico tratamiento coral y agudos y penetrantes acentos es seguido por el quinto, La Respuesta de Dios, cuya palabra es nuevamente precedida por el efecto del trueno, tan salvaje como oportuno, y luego, el Recitante completa el capítulo citado de Ezequiel, anunciando la protección de Dios a su pueblo.

Sigue el sexto, Esperanza en la Cruz, por el que confieso una enorme admiración y que se caracteriza en su primera parte por una ternura singular; maravillosa la sonoridad de la orquesta de cuerdas y del coro, que canta a boca cerrada; siguiendo luego el texto claudeliano; esta página se transforma en un himno que culmina encadenándose al número siguiente, La Afirmación, final breve y conciso. "¡Acuérdate, hombre, que eres piedra y sobre esta piedra construiré mi Iglesia y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella!". Estas palabras, subrayadas por enérgicos acordes, son sorpresivamente interrumpidas por una dulce vocalización de la soprano sobre tenues armonías de la orquesta (su carácter pastoril denuncia una similitud de espíritu con algunos momentos de Jeanne D'Arc), cerrando Honneger la obra, con un procedimiento característico, eludiendo la conclusión a todo trapo, y provocando esa desorientación clásica en el público por lo inesperado.

En resumen, la Danse des Morts, que data de 1940, es una obra maestra y su estreno era largamente deseado por todos aquellos que sabían de su importancia.

La "première" se llevó a cabo con Felipe Romito (recitantes), Olga Chevaline, Noemí Souza y Angel Matiello (solistas), Coros del Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico "Carlos López Buchardo" y del Club Gimnasia y Esgrima, y la Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Buenos Aires, todos a las órdenes de Pedro Valenti Costa, destacado director argentino.

La versión ofrecida, en todo sentido ponderable, rayó en muchos momentos a gran altura. Valenti Costa no es un improvisador sino, que por el contrario, dirige con profundo conocimiento de su labor y de las obras, todo ello puesto al servicio de su seriedad artística. Acertada su concepción interpretativa, en todo ajustada al texto, aún cuando hubiéramos preferido el cuarto número, algo menos lento. Los coros, por él preparados, tuvieron un desempeño realmente excelente y el barítono Angel Matiello fué un factor importante en esta realización de tanta calidad. Olga Chelavine y Noemí Souza, fueron muy dignas colaboradoras junto a la orquesta, que brindó una ejecución inobjetable, destacándose su primer violín, Luis A. Caracciolo, por su hermoso sonido en el Lamento.

Pocas veces, un espectáculo de esta importancia se ha ofrecido con tan magníficos resultados y con un cuadro de artistas de nuestro medio, y deseamos destacar este hecho, pues aún se ignora que en nuestro país pueden obtenerse resultados artísticos como el que comentamos, con relieves dignos de los más afamados escenarios y agrupaciones.

El programa fué completado con las Tres Canciones (texto de René Morax, extraídas de "La Pequeña Sirena", de Andersen) y la Chanson, poema de P. de Ronsard, que cantó y dijo muy bien la mezzo-soprano Noemí Souza.

Jorge Fontenla

---

(1) "Jamais on ne fit mieux comprendre, jamais on n'exprima plus eloquemment et avec aussi peu de moyens comment la morte elle-même trouvera son maitre dans la persohne du Christ au jour du Jugement".

(2) "Voilà, me dit Claudel, ça commence par un coup de tonnerre formidable, par quelque chose de bien senti qui roule d'echos en echos d'un bout a l'autre d'un ciel d'orage" (relatado por Honnéger a José Bruyr).

PINTURA

Miguel Ocampo

MIGUEL Ocampo es un joven pintor argentino que —así como tantos otros de nuestra época—, pretende llegar a la expresión artística más acabada siguiendo las orientaciones antirrepresentativas del arte. Se asemeja al abstracto propiamente dicho porque ninguno de los dos trata de representar algo en especial, los dos abstraen. Pero en aquél se realiza la abstracción máxima de los elementos plásticos que son utilizados al margen de su funcionamiento normal. De allí esa tendencia inevitable a lo geométrico ya que no presenta cosas de suyo artísticas, sino quiere mostrar el equilibrio de figuras geométricas, líneas, espacios, inclusive colores; en cambio el abstracto saca las notas individuantes de las cosas comunes, hermosas que al ser descarnadas, pierden esa formalidad: "es una esquematización del mundo".

En ambos casos, ¿llegan a ser los mejores y comunicativos medios de expresión plástica?

En general, uno y otro no presenta base para la intuición, y aunque no se lo proponga, conduce por vías del razonamiento.

En este caso, no interesa al autor atenerse —por métodos— a la belleza objetiva, bien determinada, para responder de ese modo a las bellezas, que existen en grado infinito en Dios.

Si bien es cierto a M. Ocampo le conmueven y emocionan sinceramente las notas accidentales que interesan a esta corriente, ¿Es legítima su posición, solamente por exponer las intuiciones parciales del yo? ¿Llega al espectador? ¿La finalidad del arte debe equivaler a la emoción del matemático frente a la verdad de las proporciones exactas y razonadas?

Si esta esquematización permitiera la visión de una armonía superior, estaría justificada; pero no ha sido la intención del autor, tampoco se da independientemente de él y... ¿si nos deja pegados a la materia, cumple su misión tanto el artista, como la obra en sí?

Si el primero no busca lo trascendente, las armonías escondidas en la creación, y en sí mismo, que el hombre común no es capaz de intuir, y con su arte hacerle participar de esas bellezas, ¿Qué valor tiene esta orientación?

¿No ha llegado el yo a una expresión predominante que puede ser peligroso? ¿No se está tanteando demasiado, en el terreno de lo subjetivo, en detrimento de la belleza? El descartar ciertos elementos plásticos (formas) o el usarlos alternativamente (líneas y colores) no significa desdeñar aquello que serviría para una mayor armonización?

¿Acaso no son imprescindibles la sustancia y formas accidentales, para hacer intuir belleza? La pintura esencialmente debe "hacer inteligible lo sensible" y para ello son necesarios, como base todos los accidentes armonizados. El tamizar tanto, determina que se pierda mucho de lo bueno.

Si estamos de acuerdo que el arte tiene una finalidad que es ir más allá de la realización y exposición de la obra, ¿no queda trunca a través de este "arte" y sus cultores, que en un principio dejan de lado la causa final?, motivo que llevaría a la causa formal a positivos efectos.

¿Quedarse en el primer escalón, en el caso en que éste lo fuere, no permite suponer, que se desdeña la cuesta hacia la meta?

No discutimos la posición de artista sincero, de Miguel Ocampo, sólo que frente a la expresión convencional y particular de sus obras, se entiende que es el efecto lógico de causas proporcionadas, más profundas.

Sabido es que la época actual indica el final de un ciclo en la civilización, y en esta situación caótica pierde la cultura toda; también el arte que de un modo especial es el producto del equilibrio entre espíritu y materia del artista. En ningún momento esa armonización se da, al tampoco hay posibilidad de que surja, en el macrocosmos; y como el artista es resultado de su época, refleja buenamente lo que ha recibido y asimilado.

Mientras tanto el arte, está tentando y forcejeando para salir a la luz. Pero la solución, sólo aparecerá, cuando la revitalización profunda y sustancial, en todos los órdenes y la motivación por valores, sean una realidad (En la galería Bonino).

Lydia Gal

Luis Barragán

EN un modesto subsuelo de la calle Florida, el que ocupa la galería Antu, expone sus telas Luis Barragán.

Quizá no sea tarea fácil adentrarse en su pintura. Como toda tarea de amor exige esfuerzo, esfuerzo de superación.

A primera vista nos impresiona la fluidez de su pincel, la aparente facilidad de la obra; se requiere el examen detenido para percatarse de la elaboración trabajosa del empaste que sobrepone capas de color con la suavidad del pincel de marta dando la impresión de tenue donde en realidad hay espesor de materia. Aunque la pincelada es suave, se la adivina de tal modo que el ojo experto puede percibir la presencia de una mano maestra.

La línea se nos muestra elaborada como un elemento aparte, al estilo de los primitivos, tratamiento del dibujo que satisface al intelecto de modo especial y que no ha sido superado como pretende la crítica superficial por el empleo del claroscuro. La introducción del elemento luminoso antes distrae la atención y muestra incapacidad de volcar la personalidad entera dentro de los límites estrictamente pictóricos como lo quieren y entienden Holbein o Durero.

Esta línea es redescubrimiento de Barragán como lo fué de Van Gogh tras el estudio de los grabados japoneses y no hay duda que la misma llama a la meditación.

El artista no adopta esta o aquella modalidad porque sí y en esta actitud primitiva de Barragán hemos de ver una vuelta a la sensatez auténticamente clásica de los medievalistas. Aunque me refiero sólo a lo artístico nada me costaría admitir que esta verdad se extiende a todo el ámbito filosófico de esta visión espiritualista cuando comparada al sensualismo y materialismo moderno.

La creencia de que con el claroscuro se había descubierto un elemento de superación de la visión planimétrica de los primitivos no deja de ser ingenua. Sólo podría compararse al descubrimiento de que las estatuas se pueden pintar. Al respecto recuerdo la frase de un simple que encontraba inexpresivas las estatuas griegas porque tenían la pupila blanca, como si ello no redundase en la enorme majestad que a la imaginación brinda esta pureza de color que nos invita a reflexionar sobre el infinito. Tuvo que venir Modigliani para aplicar este hallazgo al arte del retrato.

"Hay que jugar con planos", me decía un arquitecto pero lo cierto es que para el pintor el juego debe limitarse a líneas y colores. La forma que brinda el empleo de las sombras es ámbito de la escultura y ajena al medio pictórico ya que introduce una dimensión que sólo puede lograrse como ilusión óptica, violatoria del límite bidimensional de la tela.

Lo que se gana así en extensión se pierde en profundidad, tomada esta palabra en su sentido espiritual. Los perspectivistas son como individuos que quisiesen jugar al truco con cuatro cartas en vez de tres. No jugarán al truco. En el mejor de los casos estarán jugando a otro juego, en el peor y más probable harán trampa.

Barragán se ajusta a las leyes del juego y logra ser de una originalidad aplastante. Nadie podrá confundir sus telas con las de un Brueghel o un Bosch cuya calidad tienen. Claro está que este camino de la autolimitación es el más arduo, el más lento en traducir resultados, pero tampoco cabe duda, es el que produce los frutos más duraderos.

A menudo la supuesta creación artística, no pasa de ser una simple extravagancia. El introducir nuevos instrumentos las más de las veces es debilidad antes que fuerza. Los resultados que así se obtienen guardan semejanza a los que obtendría un jardinero que deseoso de ver demasiado rápido los frutos de su labor, córtase un ramo de rosas y sin más, las plantase sobre el césped; el efecto sería bonito pero, ¡qué desencanto a la mañana siguiente cuando apareciese todo marchito!

La verdadera originalidad se encuentra sólo en el trabajo en el descubrimiento no de novedades, sino de profundidades, la propia escuela sólo se justifica en la medida que el hombre descubre su propio ser, y en este sentido todo artista auténtico es su propia escuela. Ello explica por qué entre tanta gente que pinta hay tan pocos artistas, es muy difícil ser dueño de un ser propio. Y así se nos revela Barragán, jardinero incansable, buceador en su rica personalidad, en un ser cuyas raíces llegan al centro mismo de la tierra. Barragán puede ser original porque puede encontrar un mensaje nuevo y auténtico dentro de la estrictez de límites que ha impuesto a su arte.

Apreciarlo desgraciadamente no es fácil. A más de los conocimientos técnicos que serían los menos importantes hay que tener una cierta disposición para lo sublime, en sentido kantiano, y esto es mucho pedir para nuestra época.

Por otro lado Barragán muestra en su tierra y sobre el particular ya se pronunció el Maestro de maestros cuando señaló la dificultad de ser profeta en tales circunstancias.

INFORMACION

CONGRESO INTERNACIONAL POR LA PAZ Y LA CIVILIZACION CRISTIANA Se realizó en Florencia, desde el 24 al 28 de junio ppdo., con asistencia de representantes de 34 naciones, informa **L'Osservatore Romano.**

Se inició con misa en la catedral. Al Evangelio, el cardenal-arzobispo, Monseñor Dalla Costa dijo: "Nunca se habla mejor de la paz que delante del altar y en la iglesia, pues el altar es el verdadero "Ara pacis" y la iglesia la "domus pacis".

En el salón de los "Quinientos" del Palazzo Vecchio tuvo lugar la primera sesión. El prefecto de la ciudad, Sr. La Pira, habló sobre la significación del congreso y sus objetivos y los títulos de Florencia para ser su sede. Piero Bargellini dió la bienvenida a los escritores de todo el mundo y, luego el subsecretario de Asuntos Extranjeros, hon. Taviani, entre otros conceptos, dijo que "este congreso quería proponer y profundizar el ardiente deseo de paz, de paz con seguridad, con libertad, con dignidad de la persona humana".

Gabriel Marcel (Francia) expuso en la sesión del día 25, el problema de las relaciones entre la civilización y el cristianismo. Sostuvo que el elemento esencial de la verdadera concepción de la civilización consiste en el valor y respeto de la persona humana, y que otros dos elementos están vinculados a éste: el respeto del derecho como armadura exterior de la persona y el respeto de la verdad como armadura interior de la misma persona".

Mons. Charles Journet (Suiza), desarrolló el segundo tema, sobre la esencia de la civilización cristiana. Después de haber afirmado que el cristianismo sobrepasa toda civilización, señaló que entre el Cristianismo y la civilización existen vínculos y que aquél puede operar y tener una profunda influencia sobre ésta porque se coloca por encima de ella. Prosiguió: "Una política cristiana, en las condiciones actuales del mundo, procura formar la unidad política de todos los habitantes de una región, de un país; acordarles todos los derechos del ciudadano, cualquiera sea su fe religiosa, para orientarlos a todos, a impulso de un auténtico espíritu evangélico, hacia fines temporales y políticos que el cristianismo no tiene que desaprobar, sino que puede, por lo contrario, reconocer como legítimos... La gran lucha por la civilización cristiana no se hará ya entre naciones cristianas o no cristianas, sino que se hará en el interior de cada nación entre la corriente cristiana que luchará por un verdadero humanismo y la corriente del Anticristo orientada hacia un humanismo ateo y ávido de establecer sobre la tierra, por todos los medios, un colectivismo en el cual la persona humana, con su alma inmortal, se convertirá en una hormiga dentro del hormiguero".

Hablaron también en el congreso, entre otros, Ch. W. Lowry, representante de Estados Unidos y M. J. D. Woodrod, director del "Tabled". En la sesión de clausura el Sr. La Pira leyó la siguiente declaración final:

"Por encima e independientemente de la voluntad de los Estados existe una justicia natural que todos los hombres, sin distinción de razas o clases, llevan impresa en la conciencia y que los Estados están absolutamente obligados a respetar.

"No es posible una verdadera paz allí donde no están aseguradas las libertades para el desenvolvimiento de esta vocación espiritual e infinita del hombre.

"La verdadera paz exige, en consecuencia, que sean igualmente aseguradas a la persona humana las condiciones propias para garantizar el trabajo y la dignidad social, que deben ser realizadas en el dominio del derecho y no de la violencia.

"Esta civilización y esta paz exigen que sean aplicadas esta unidad y esta solidaridad espirituales, sociales, políticas, culturales, económicas, étnicas, que asocian a los pueblos y las naciones en un solo organismo, cuyo bien común es superior al de cada nación.

"El Congreso se dirige a los pueblos y a las personas oprimidas por la violación de estos principios y formula el deseo de que resplandezca de nuevo para ellos la civilización cristiana y con ella la libertad y la paz".

Cuando convivimos con el genio nos cuesta creer en él; cuando podemos palmotearlo en la espalda, darle una changuita, echarlo de un puesto, nos cuesta creer que ese individuo pueda ser tan superior a nosotros. "Pero, si lo conozco de chico, cuando todavía andaba con la honda matando pajaritos". Es esta la causa por la que suele el primer enemigo del genio ser su propia familia.

Y así deben los creadores resignarse a su existencia de incomprendidos cuando no de menospreciados, pues a menudo, son torpes en el desempeño de esas ocupaciones bajunas en que brillan sus contemporáneos.

"Yo soy muy burro para todo lo que no sea pintura" es frase de Barragán que pasará a la historia. Se precisa profundidad de espíritu para exclamarla, aún cuando su autor la pronunciara para disculparse. Nos dice de esa limitación que constituye el privilegio de los creadores originales cuando les permite, como en este caso adentrarse en la esencia misma de un arte o de una ciencia.

Sus figuras están íntimamente ligadas al misticismo de su mensaje. Nos hablan de un profundo amor al prójimo y producen en el espíritu esa añoranza que es la meta específica del arte, añoranza que despierta la vocación del alma humana para unirse con lo trascendente; la pintura de Barragán nos dice de la existencia de Dios.

Rafael F. Squirru

LA IGLESIA EDUCADORA DE LAS CONCIENCIAS POR EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Con este tema, la Union des Oeuvres Catholiques, de Francia, celebró recientemente en Nancy su 66° congreso. **L'Osservatore Romano** informa que asistieron al mismo 2.000 delegados, de los cuales alrededor de un millar eran sacerdotes. Hubo delegaciones belgas, suizas, luxemburguesas e italianas. Concurrieron 23 obispos y las reuniones fueron presididas por el obispo de Nancy, Mons. Lallier y Mons. Courbe, secretario general de la Acción Católica francesa.

Relataron los temas, Joseph Folliet, secretario de las Semanas Sociales, que examinó la actitud de los no católicos frente al sacramento y el éxito del psiconálisis y otros sucedáneos de la confesión. Señaló que hay una baja entre los católicos en la estimación de este sacramento, cuyas causas son la desaparición de la idea de penitencia y la pérdida de la noción y sentido de pecado. El P. Sauvage habló sobre la teología de la penitencia, que analizó profundamente desde el punto de vista del pecador frente a la Iglesia; y el P. Bernaert, S. J., trató de la culpabilidad psicológica y de la situación del pecador ante Dios.

En las reuniones especializadas de este congreso, esencialmente de orden pastoral, se desenvolvieron temas propios del ministerio sacerdotal.

Algunas conclusiones se impusieron a la reflexión de los asistentes: 1) El sacramento es tanto más educativo cuanto mayor es la colaboración activa del penitente y del confesor y cuanto más libre de esas actitudes de automatismo que lo reducen a una distribución de absoluciones; 2) la parroquia, el confesor y el penitente contribuyen, por su parte, a hacerlo más educativo; 3) El confesor será un educador tanto mejor cuanto busque, con discreción y respeto de la libertad de las conciencias, dirigir las almas que se presentan a su confesonario.

El Santo Padre que en su radiomensaje del 23 de marzo último y que publicamos en este mismo número de **CRITERIO**, habló de la necesidad y la urgencia de una formación cristiana de las conciencias, envió al Congreso su bendición y sus alientos, deseando que en él se mostrara la importancia de la práctica frecuente de la confesión y el deber de revalorizar la virtud de la penitencia.

EL EPISCOPADO DEL AFRICA DEL SUR CONTRA LA POLITICA RACIAL Bajo la presidencia de Mons. Lucas, delegado apostólico para el Africa del Sur, tuvo lugar en la Ciudad del Cabo una importante reunión de 25 arzobispos y obispos, según informa la Agencia K.N.D. En la declaración final se repitió que la posibilidad de alcanzar un bienestar económico completo y la de participar en la vida cultural y política de la nación debe ser acordada también a los no-europeos.

Esta declaración, que habría pasado inadvertida en épocas normales, tiene suma trascendencia ante la política de discriminación racial encarada por el gobierno del Dr. Malan. Los obispos y arzobispos demostraron gran valor, pues en Africa del Sur la Iglesia Católica es minoría. **América** dice que "la "prudencia" común, que significa aplazar la decisión para un futuro indefinido, no se lee en la declaración de los obispos. Ellos hacen un llamado a los principios de la fe cristiana, para que tales enseñanzas se pongan en práctica inmediatamente".

LA IGLESIA ANGLICANA PIDE RESTRICCIONES EN EL DIVORCIO La Iglesia Anglicana pidió recientemente al gobierno inglés que en lugar del divorcio se concedieran separaciones legales, con el propósito de facilitar la reconciliación de las parejas. El Arzobispo de Canterbury, Dr. Geoffrey Fisher, sugirió que las pensiones que se asignen en las separaciones legales sean tan satisfactorias como en el caso de los divorcios.

El pedido fué hecho por escrito ante la Comisión Real sobre Matrimonio y divorcio que revisa los códigos británicos al respecto. (The Tidings).

LA BENEFICENCIA CATOLICA PREFIERE SER LIBRE

Con motivo de la bendición de unos pabellones nuevos en el Hospital Católico de San Andrés, su excelencia el Cardenal Griffin, Arzobispo de Wéstminster, dijo que se congratulaba de la resolución tomada para ésta y otras instituciones benéficas de no ingresar en el Servicio Nacional de Seguros de Enfermedad cuando en el año 1948 fué establecido para todos los ingleses. La razón es que su control había de ir a manos de entidades locales con sólo una minoría propia, lo que no garantizaba el espíritu que mantienen estas obras. "En la beneficencia oficial —añadió— existe el riesgo de que la caridad quede anulada por completo, dando paso a una mera estructura burocrática" (Ecclesia).

ANIVERSARIO DE "LOS RECORTES"

El 1º de agosto cumplió 20 años de vida la Agencia "Los Recortes" que ha atendido desde entonces con notable eficiencia el servicio de ofrecer a sus abonados el material informativo, de comentarios y de publicidad, que aparecen en diarios, periódicos y revistas sobre los más diversos tópicos de la actividad nacional y extranjera.

SECRETARIADO INTERNACIONAL DE LA PRENSA CATOLICA

A raíz de la decisión tomada en el Congreso Internacional de la Prensa Católica, celebrado en Roma, en 1950, ha sido creado el Secretariado Internacional de la Prensa Católica, que funciona provisoriamente en Ginebra, 7 rue des Granges.

Este secretariado es obra de la **Union Internationale de la Presse Catholique**, que preside el conde Dalla Torre, director de "L'Osservatore Romano" y agrupa la Comisión Internacional de Editores de Diarios Católicos, la Federación Internacional de Periodistas Católicos y la Federación Internacional de Agencias Católicas.

El fin de este Secretariado no es de dar consignas; es el de un organismo técnico encargado de tres funciones principales:

1º **Coordinación**: establecer y mantener relaciones de trabajo y de amistad entre todos los diarios católicos del mundo.

2º **Documentación**: establecer un registro de la prensa católica, reunir documentos concernientes a la prensa y a su apostolado, ayudar a diarios y periodistas católicos, por medio de encuestas sobre problemas técnicos; relaciones con los lectores, métodos de difusión, fuentes de información, fórmulas periodísticas, etc.

3º **Representación**: a la vez, ante la U. N. y sus organismos especializados, gracias al **estatuto consultivo** acordado recientemente a la Un'ón Internationale de la Presse Catholique, y ante las organizaciones internacionales católicas.

LA IGLESIA EN ESLOVENIA

Borba, el diario oficial del Partido Comunista Yugoeslavo, publica el texto de una carta enviada a todos los miembros del partido de Eslovenia, por el Comité Central del Partido Comunista Esloveno, en el que se hace un llamado para cerrar las filas y robustecer la ideología partidista. Pide en particular "una campaña permanente y sistemática" contra la jerarquía; aunque usa el disimulo familiar de señalar que esta campaña debe dirigirse solamente contra aquella parte de la Jerarquía Católica que usa de la religión con fines reaccionarios. La instrucción religiosa en las escuelas eslovenas fué suprimida el primero de febrero.

Es todavía más curioso que la agencia noticiosa oficial yugoeslava, **Tanjug**, en su boletín semanal del 8 de febrero al discutir "La Iglesia Católica en Eslovenia" no hace ninguna referencia a esta nueva restricción o al incidente del asalto al Administrador Apostólico de Ljubljana, para destacar, por otro lado, la libertad que gozaría, a su juicio, la Iglesia Yugoeslava. (The Tablet).

REVISTAS

SEPARATAS

Los lectores deseosos de ampliar la influencia de CRITERIO en diversos ambientes podrán solicitar a esta Administración "separatas" de tal o cual artículo o documento de la presente edición.

Los pedidos no podrán ser, momentáneamente, por menos de cien ejemplares y deben venir acompañados de su correspondiente importe.

Tampoco podrá darse curso a solicitudes que sean recibidas después de 20 días de la fecha de aparición de la revista.

El precio de las cien separatas podrá establecerlo el mismo lector de acuerdo con la extensión del artículo que solicita, a razón de 30 pesos por hoja (2 carillas) y por centenar.

El drama de los Intelectuales en las Democracias Populares

EN el número 211-212 de Sur (mayo-junio de 1952) Czeslaw Milocz firma un artículo titulado "La Gran Tentación" "El Drama de los Intelectuales en las Democracias Populares". Explica una nota de redacción que el autor, sobrino del poeta Milocz, después de participar activamente en la resistencia bajo la ocupación nazi, fué elegido por el nuevo régimen polaco en mérito de sus trabajos de ensayista y de crítico y sus traducciones de Shakespeare, como representante oficial de la cultura polaca en Wáshington y en París. Pero incapaz del obligatorio homenaje a Stalin y de todo lo que de ello se desprende, Milosz renunció al contacto con su país y permanece ahora en Francia.

El contenido del artículo es interesante. Milocz aclara que, como la mayoría de los escritores de la Europa central y oriental, jamás perteneció al Partido; se le consideraba "un buen pagano", es decir un no reaccionario y sin simpatías por las derechas en su pasado.

Milocz no quería convertirse en emigrado. Todos sus amigos, incluso los católicos fervorosos, opinaban que tal decisión debe ser individual, pero que es preferible no romper los lazos con su nación para obtener una libertad "puramente negativa", sin la posibilidad de ninguna realización artística o política. El intelectual que huye se libera del sufrimiento que le impone la presión del régimen, pero elige una duración puramente fisiológica. El olvido cubrirá su nombre y su fuga equivale a la muerte. El que huye pierde la función social de los trabajadores de la cultura, cara a los escritores, artistas y sabios de la Europa Central y Oriental y no puede liberarse de un sentimiento de traición con respecto a los que se quedan.

Es que los intelectuales ocupan un rol destacado en las democracias populares. Respetando la condición absoluta de obedecer siempre están en condiciones de constituir la nueva aristocracia. El designio del partido es que propaguen en el cuerpo social el materialismo soviético en su versión staliniana. Se los comprometió poco a poco. Al principio los intelectuales fueron beneficiados con grandes posibilidades para la realización de sus obras, sin que nada se les pidiese en cambio. Pero luego y poco a poco la presión vino. El intelectual comenzó un juego de concesiones al régimen para salvar tal o cual actividad que le parecía importante pero ese juego lo llevó paulatinamente a una producción cien por ciento ortodoxa, necesaria para sobrevivir.

Pero ello no implica —expresa Milocz— que el intelectual así al servicio del comunismo, viva convencido de la ortodoxia que profesaba en sus obras. En un plano paralelo advierte hasta que punto se ha apartado de su pensamiento íntimo, pero la ortodoxia le es necesaria para actuar, para ser útil, para "atrapar de nuevo" el ritmo de la vida lleno de un trabajo colectivo y afiebrado.

Busca tranquilidad en el razonamiento de que el determinismo histórico demuestra la necesidad del triunfo de Rusia en el mundo; los honores y el dinero que caen en la mano del convertido son, por otra parte, el signo externo de su utilidad en el organismo social y "no ponerse al paso" es perder su sitio en la escala social, encontrarse en la miseria, junto con los hombres de mentalidad decididamente reaccionaria, de los hombres de edad, los espíritus devotos o estrechos, que no podrían aunque lo quisieran seguir el pelotón.

El ciudadano de las democracias populares procede como un actor: una verdad se impone en el lugar público, otra existe para él en el circulito de amigos. Este método de comportarse que consiste en decir cosas completamente opuestas a las convicciones íntimas para protegerse contra las sospechas, se llamaba en los países del Islam donde no había, parece, musulmanes absolutos, el "Ketman".

El Ketman era considerado una actividad. Era prueba de habilidad y cuestión de vida o muerte. En las democracias populares el Ketman se practica de modo universal. Permite además crear, en hombres que no tienen centro de vida interior, un centro o por lo menos la impresión de que existe algo parecido. Aquél que practica el Ketman sufre por el obstáculo que encuentra, pero se realiza a sí mismo al concentrar su vida espiritual contra algo; si el obstáculo llegase a desaparecer súbitamente, se encontraría frente al vacío lo que le sería quizá mucho más desagradable.

Las "leyes de la historia" dicen que la muerte de Occidente está inscripta ya en los hechos. La evolución que se cumple en las democracias populares es considerada como la prefiguración de un destino que llegará a ser común en los franceses, italianos, ingleses y americanos. Tal es el juego subjetivo de los intelectuales: todo sucede como si la victoria del Stalinismo estuviera decidida. Se inclinan con todo a mirar hacia el Oeste con un gesto de esperanza, particularmente ávidos de las noticias susceptibles de probar que el fatalismo histórico puede romperse. Sin un artículo, un libro o una conferencia los conmueve, este acontecimiento es para ellos, durante meses tema de discusión. Pero el Occidente, visto desde el Este da la impresión de un completo desierto intelectual y sus consignas de libertad los dejan indiferentes por anticuadas e irreales.

La paradoja de la situación consiste en que en las Democracias Populares encontraríamos pocas personas que tengan una simpatía sincera por el sistema en que viven pero que estan prontas al mismo tiempo para imponer al mundo entero una Dictadura que para ellas, sus hijos y sus nietos no tiene salida, porque el totalismo moderno tiene medios harto poderosos para hacer ilusoria toda revolución. Estas masas están prontas a marchar tras un Dios nuevo: La Historia. Dios cruel y sanguinario cuyos ojos están construídos de tal modo que tienen un poder magnético. En aquellos que han conocido su poder magnético y no se han sometido a él —porque creen que el hombre mismo puede formar su historia— recae un especial deber.

La importancia que el artículo de Milocz tiene para comprender la posición de los intelectuales del otro lado de la cortina de hierro y el juicio crítico sobre el valor del sistema que exponen los hechos por él referidos, nos han llevado a efectuar la precedente reseña, quizás un poco más extensa que lo común en esta sección.

Eduardo Roca, Bs. As.

1900-1950. Etapas sociales católicas

LA prestigiosa revista **Chronique Sociale de France**, órgano de las Semanas Sociales, acaba de cumplir su 60º aniversario. Recientemente publicamos los sentimientos de aprobación y aliento que el Santo Padre dirigió a su director en carta autógrafa (CRITERIO, Nº 1157, pág. 488).

Consagra su cuaderno bimestral Nº 2 del corriente año, a la historia de los principales aspectos del movimiento católico social en Francia, en lo que va del medio siglo actual (1900-1950) que, según intención de la dirección de la revista, quiere ser un homenaje "a aquél que fué su más grande iniciador, Marius Gonin, y también a todos los precursores, pensadores, hombres de acción, militantes conocidos o anónimos que, durante medio siglo han trabajado, luchado y sufrido para que los principios de justicia y caridad, de los que la Iglesia es inmortal guardiana, se apliquen y se encarnen en la realidad histórica de Francia, de Europa y del mundo entero".

Con su artículo **Medio siglo de vida católica en Francia**, Joseph Hours ensaya hacer el balance de la acción religiosa cumplida durante ese período. André Latreille escribe sobre **Las etapas de la historia del catolicismo social**

(1830-1950). Joseph Folliet hace un notable y meduloso **Ensayo sobre la evolución de las ideas en el movimiento católico social en Francia**. Henri Rollet, con su **Ensayo sobre los trabajos legislativos de los católicos sociales**, no hace una simple enumeración de las leyes inspiradas por los católicos sociales, ni una historia de sus tareas legislativas, sino que muestra la amplitud, el sentido de lo real y la riqueza de su contribución a la legislación francesa. El canónigo Pierre Tiberghien, profesor de las Semanas Sociales y conocido comentarista de las encíclicas, en **Mis cincuenta años de vida social**, da un testimonio precioso de la evolución de las ideas y de las obras, en las cuales él mismo ha participado. Gaston Tessier, que desde 1908 desempeña funciones de dirigente en el sindicalismo cristiano y es el actual presidente de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos, en **Recuerdos y retratos**, pasa revista a muchos sucesos y fundaciones. En su breve artículo **Los pasos en la huella**, Joseph Zamanski, el antiguo vicepresidente de la A. C. J. F. y maestro de las Semanas Sociales, con el relato de dos sucesos personalmente vividos, nos enseña que es necesario perseverar para triunfar y que marchar por la huella de los predecesores exige una cierta virtud. La conferencia de René Pinon sobre **Henri Lorin, apóstol y teórico del catolicismo social**, evoca la figura del primer presidente de las Semanas Sociales. Lo mismo hace con Don Luigi Sturzo, el discurso de Guido Gonella, que la revista transcribe como un homenaje al célebre sociólogo italiano.

Tres realizaciones ocupan la parte final de este número de la revista. El Padre Joseph Vandaele-Podvin hace la historia de **Una realización social en 1900**, el Institut Populaire de l'Abbé Podvin en Roubaix. El R. P. Villain, director adjunto de la **Action Populaire** señala sintéticamente el nacimiento, desarrollo y fecundidad de esta obra consagrada a difundir el pensamiento social de la Iglesia. **La fisonomía actual de los Secretariados Sociales**, del P. Edmond Lordonné muestra la estructura y funcionamiento de estos organismos que nacieron con el siglo.

En crónica de actualidades, Gaston Lecordier en **¿Dónde están los debates sobre "el catolicismo social"?** hace examen profundo (balance 1952) de la intensa actividad intelectual católica en materia social.

Para nuestro medio, donde la acción social no siempre se ha desarrollado en suficiente contacto con el movimiento social cristiano del mundo, destacamos en especial, los artículos de André Latreille y de Joseph Folliet.

El método *de* María Montessori

EL pensamiento, o mejor dicho el método pedagógico de María Montessori, la conocida educadora italiana que acaba de fallecer, ha sido siempre muy discutido. Una apreciación de la obra realizada, que se ha traducido en gran cantidad de publicaciones y, sobre todo de escuelas, publica **L'Osservatore Romano** (16-V-1952) firmada por N. Z.

Señala que en los comienzos de su actuación en el mundo de la cultura, en razón de ciertos conceptos, su nombre fué clasificado entre los partidarios de la pedagogía naturalista posrousseauista. Esta posición no puede ser ya sostenida después que María Montessori —siempre creyente y de una vida cristiana muy elevada— ha publicado la importante monografía sobre la vida de los niños en la Iglesia (para no citar la "Vie dans le Christ" que publicó en 1931 y la "Santa Misa vivida opr los niños", de 1936).

Se advierte después, que no se quiere decir que "una educación fideita —aun retocada con originalidad y filtrada a través del método montessoriano— sea el contrapeso de la educación "naturalista", aparentemente más característica y más innovadora". Lo que el autor quiere es encontrar en el pensamiento de María Montessori su verdadero sello, lo que la diferencia del naturalismo pedagógico.

Su método didáctico y su regla de educación ha sido precisado por sus escritos y por su actividad personal. Quería dirigir las jóvenes conciencias hacia un "Orden", llevarlas a dejarse "guiar por un orden". Se recuerda a continuación el juicio que mereció la educación montessoriana al pedagogo P. Barbera, S. J., que afirma que el método en cuestión no es de libertad absoluta, ni elimina la dirección educativa. "La dirección de la educadora, en lugar de intervenir siempre directamente, está "virtualmente" contenida en el ambiente y en los medios de educación, preparados por ella, de manera de armonizar allí la gradual toma de conciencia del niño, es decir, la verdadera libertad de su espíritu".

"Lo que debe ponerse de relieve del pensamiento pedagógico de María Montessori y que constituye su genial originalidad y su fructuosa afirmación es precisamente su método didáctico. Este método nació del amor por los niños, sobre todo por los más débiles y más desgraciados". Ha de recordarse que la pedagogía montessoriana nació, en efecto, del encuentro de la joven mujer, médica y profesora, con un niño de tres años absorbido en la solución de lo que para su inteligencia era un problema: colocar en su lugar las piezas de un juego de maderas. Lo que dió lugar al examen ponderado, científico de ese fenómeno de la "atención" que el azar puso en su camino. Y así comenzó ella a encontrar —o a reencontrar— el valor de la "atención" en el acto autoeducativo y, por consecuencia, en la educación, pues esta última no es otra cosa que auto-educación.

De allí el valor que María Montessori dió a todas estas manifestaciones de la "atención", que la psicología positivista, entonces de moda, había examinado, clasificado y subrayado casi exclusivamente desde el punto de vista patológico y, en consecuencia, entre los valores negativos. "El gran éxito de su pedagogía, concluye el articulista, puede igualmente explicarse por este otro mérito de María Montessori: haber llevado de la pesadilla de la clínica a la serenidad de la escuela ese misterioso don de Dios que es la "atención", tomada en su pleno ejercicio: virgen y vibrante todavía del sello divino".

CRITERIO

Aparece dos veces al mes

AÑO XXV — 14 de agosto de 1952 — Nº 1169

TARIFA DE SUSCRIPCION (Renovación)		SUSCRIPCIONES DE AYUDA	
Anual	$ 45.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 30.—	De protección ..	500 anuales
Número suelto ..	„ 2.50		
Número atrasado ..	„ 4.—		

Abono especial de solidaridad $ 60 ó 100 por este año (Renovación)
Suscripción NUEVA .... $ 100.— por año

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien se estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 18.30

ALSINA 840 — BUENOS AIRES — T. E. 34-1309

CORREO Argentino Central (B) FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 476

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. mín. 50.000.—
... 860 - U. T. 34-1300 - Bs. As.

$ 2.50

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2806 esq. Paso
14 AGOSTO DE 1952